SAGRADA BIBLIA

Josué

Libro completo

«Yo y mi casa serviremos al Señor»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 6

Antes de empezar 8

Veinticuatro palabras hebreas 16

Josué en la liturgia 18

1 «Esfuérzate y ten buen ánimo» 19

2 Rahab y los exploradores 28

3 El paso del Jordán 36

4 Las doce piedras de Gálgala 41

5 Gálgala: la circuncisión y la Pascua 50

6 La caída de Jericó 59

7 El pecado de Acán 69

8 La toma de Hai y el altar del monte Hebal 77

9 El engaño de los gabaonitas 85

10 El sol de Gabaón 95

11 Asor y la campaña del norte 108

12 Los reyes vencidos 117

13 La tierra que queda 121

14 Caleb recibe Hebrón 128

15 La heredad de Judá 132
16 La heredad de Efraín 144
17 La heredad de Manasés 148
18 Silo: el reparto de las siete tribus 153
19 Las otras seis tribus; la heredad de Josué 162
20 Las ciudades de refugio 168
21 Las ciudades de los levitas 172
22 El altar del testimonio 182
23 Los consejos de Josué anciano 189
24 La alianza de Siquem 196

PARA PROFUNDIZAR

1 «Josué, que quiere decir Salvador»: Josué y Jesús 24
2 Rahab, la cananea que creyó 32
4 El paso del Jordán y el bautismo 46
5 Gálgala: la primera Pascua en la tierra 55
6 Jericó y Hai: lo que dice la arqueología 65
7 El pecado de Acán: uno peca, todos sufren 73
9 Los gabaonitas: la palabra dada 90
10 «Sol, no te muevas»: Josué, Galileo y el lenguaje de la Biblia 104
11 Las guerras del Señor: cómo leer hoy la conquista 113

15 Listas de nombres: ¿para qué? 139
18 La tierra como herencia..... 158
21 Los levitas: el Señor es su herencia 178
23 El descanso que Josué no pudo dar 192
24 «Yo y mi casa serviremos al Señor»: la alianza de Siquem ...205

CUADROS

1 Josué, nuevo Moisés..... 23
4 Dos pasos del agua: el mar Rojo y el Jordán 45
5 Del Jordán a la Pascua 54
6 Jericó, Hai y Gabaón ante la arqueología..... 64
8 Mandado en el Deuteronomio, cumplido en Josué 83
9 Gabaón en la historia de Israel..... 90
10 Las campañas del sur y del norte..... 102
10 «Sol, no te muevas»: de Josué a Galileo 103
11 El lenguaje de las victorias en el antiguo Oriente.....112
13 La tierra prometida y la tierra repartida 126
15 Las ciudades de Judá por regiones..... 138
15 El reparto de la tierra entre las tribus 139
18 Echar suertes en la Biblia 157
21 Las cuarenta y ocho ciudades levíticas 177
24 La alianza de Siquem y los tratados antiguos 202

24 Josué en el Nuevo Testamento 203
24 Siquem en la historia de la salvación 204
Repaso 209
Notas personales 215
Sobre esta edición 216

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Jos 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como Josué, nuevo Moisés, los dos pasos del agua, Jericó y Hai ante la arqueología, «Sol, no te muevas» de Josué a Galileo o el reparto de la tierra entre las tribus. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

La entrada en la tierra

El libro de Josué es el sexto de la Biblia. Lleva el nombre de su protagonista, en hebreo *Yehoshúa*, «el Señor salva», que Moisés había dado a su ayudante Oseas (Nm 13,16). Es el mismo nombre que, en la forma breve *Yeshúa* y en griego *Iesús*, llevará Jesús de Nazaret: en la traducción griega de los Setenta, Josué se llama «Jesús, hijo de Navé», y Torres Amat explica que Josué significa «Salvador dado por Dios, o Dios Salvador».

En la Biblia judía, Josué abre los «Profetas anteriores» (Josué, Jueces, Samuel y Reyes), que cuentan la historia de Israel desde la entrada en Canaán hasta el destierro de Babilonia. En la cristiana es el primero de los libros históricos y continúa el Pentateuco sin interrupción: el Deuteronomio terminaba con la muerte de Moisés, y este libro empieza «después de la muerte de Moisés, siervo del Señor». La promesa hecha a Abrahán (Gn 12,7; 15,18) se cumple ahora: Israel cruza el Jordán, conquista la tierra (1 – 12), la reparte entre las tribus (13 – 21) y renueva la alianza (22 – 24). Una frase resume el libro: «Ni una sola palabra de todo lo que prometió darles quedó sin efecto» (21,45).

LA CONQUISTA

1	Dios da el mando a Josué: «esfuérzate y ten buen ánimo»
2	Rahab esconde a los exploradores en Jericó
3 – 4	El paso del Jordán; las doce piedras de Gálgala
5	La circuncisión, la Pascua y el príncipe del ejército del Señor
6	La caída de Jericó
7 – 8	El pecado de Acán; la toma de Hai; el altar del monte Hebal
9	El engaño de los gabaonitas
10	La campaña del sur: «Sol, no te muevas»
11 – 12	La campaña del norte; la lista de los reyes vencidos

13	La tierra que queda; las tribus del otro lado del Jordán
14 – 15	Caleb recibe Hebrón; la heredad de Judá
16 – 17	Las tribus de José: Efraín y Manasés
18 – 19	En Silo, las siete tribus restantes; la heredad de Josué
20 – 21	Las ciudades de refugio y las ciudades de los levitas
22	El altar del testimonio junto al Jordán
23	Los consejos de Josué anciano
24	La alianza de Siquem; la muerte de Josué

Quién lo escribió

Según el Talmud, Josué escribió su libro, y Eleazar y Finees añadieron los versículos que cuentan su muerte (Baba Batra 15a); el propio texto dice que Josué escribió las palabras de la alianza de Siquem (24,26). Torres Amat sigue esta opinión, pero admite que más tarde se añadieron «varios nombres de lugares, y algunas noticias» posteriores. De hecho, una docena de veces el narrador dice que algo dura «hasta el día de hoy» (4,9; 7,26; 15,63), como quien mira desde lejos.

Muchos estudiosos ven en Josué la primera parte de una obra mayor, la llamada «historia deuteronomista», que llega hasta el segundo libro de los Reyes y juzga la historia de Israel con los criterios del Deuteronomio: fidelidad a un solo Dios y a su ley (ver el ensayo del capítulo 31 del Deuteronomio). Según esta hipótesis, tradiciones antiguas, como los relatos del santuario de Gálgala o las listas de fronteras y ciudades, se reunieron en tiempos del rey Josías, en el siglo VII a. C., y se completaron en el destierro. La traducción griega es algo más breve que el hebreo y pone algún pasaje en otro lugar, como el altar del monte Hebal (8,30-35). Los detalles se discuten mucho. La Iglesia acoge estos estudios y confiesa que Dios es el autor de la Escritura, que se valió de autores humanos verdaderos (*Dei Verbum*, n. 11; ver «Antes de empezar» en el Génesis).

¿Ocurrió así la conquista? El libro dice a veces que fue rápida y total: «Conquistó, pues, Josué toda la tierra» (11,23). Pero él mismo reconoce que quedaba «una tierra dilatadísima» por conquistar (13,1) y que los cananeos siguieron en Jerusalén, en Gazer y en otras ciudades (15,63; 16,10; 17,12), como confirma el libro de los Jueces (Jue 1). Las excavaciones no han encontrado en Jericó ni en Hai ciudades amuralladas en el siglo XIII a. C., la época que se suele asignar a Josué; Asor, en cambio, sí fue destruida entonces, aunque no se sabe por quién. Hacia el 1208 a. C., una

estela del faraón Merneptah nombra ya a un pueblo llamado Israel en Canaán. Muchos arqueólogos piensan que Israel se formó en buena parte con gentes de la propia Canaán, a las que se unieron grupos venidos de fuera con la memoria del éxodo; otros dan más peso al recuerdo de campañas militares. La Pontificia Comisión Bíblica advierte que estos relatos «no ofrecen las características de una crónica histórica»: «en una guerra real, las murallas de una ciudad no se derrumban al sonido de las trompetas» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 127). Su verdad es la que Dios quiso enseñar «para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, n. 11).

Cómo leerlo

Josué no es una crónica de guerra, sino una predicación sobre la fidelidad de Dios. Su mensaje cabe en el encargo del primer capítulo: Dios da la tierra, pero Israel solo la conserva si medita «de día y de noche» el libro de la ley y lo cumple (1,7-8). Por eso las victorias se cuentan casi como liturgias, con el arca, los sacerdotes y las trompetas, y la derrota llega por el pecado de un solo hombre (cap. 7). La tierra se reparte «por suerte», delante del Señor, porque es un don y no un botín (14,2), y el libro termina con una alianza que cada generación debe hacer suya: «yo y mi casa serviremos al Señor» (24,15). Llama la atención que la primera en confesar en Canaán la fe en el Dios de Israel

sea una extranjera, Rahab (2,11), y el primer castigado, un israelita de Judá, Acán.

Para los cristianos, Josué es figura de Jesús «no solo en sus hechos, sino también en su mismo nombre», como escribió san Jerónimo (*Carta* 53,8). Orígenes predicó veintiséis homilías sobre este libro y leyó sus batallas como el combate del cristiano contra el pecado. El paso del Jordán prefigura el bautismo, por el que se recibe la tierra prometida, «imagen de la vida eterna» (Catecismo, n. 1222). El Nuevo Testamento recuerda la fe de Rahab, antepasada de Jesús (Mt 1,5; Heb 11,31; Sant 2,25), y advierte que Josué no dio a Israel el descanso definitivo, que sigue abierto para el pueblo de Dios (Heb 4,8-9).

Hay en el libro páginas muy duras: el anatema o *jérem*, que entrega a la destrucción ciudades enteras «sin dejar alma viviente» (10,28-40), la muerte de Acán con su familia (7,24-25), los reyes colgados de un madero (8,29; 10,26). Las notas no las esquivan ni las justifican: explican su contexto y el lenguaje bélico de la época, que exageraba las victorias; recuerdan que el propio libro pone a su lado el perdón de Rahab y de los gabaonitas; y las leen como la Iglesia, que reconoce en el Antiguo Testamento «elementos imperfectos y pasajeros» dentro de una pedagogía divina (Catecismo, n. 122). La Pontificia Comisión Bíblica pide leer la epopeya de la conquista como «una especie de pará-

bola» y rechazar «sin medias tintas» su uso para justificar la violencia contra otros pueblos (n. 127). El ensayo del capítulo 7 del Deuteronomio, sobre el anatema, sirve también para este libro.

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas. Explica con glosas unidas por «o» las palabras difíciles: «enaceos o gigantes» (11,21), «el mar grande o Mediterráneo» (9,1), «el anatema o hurto sacrílego» (7,13), «el Deuteronomio o recopilación de la ley» (8,32). En cambio, los «esto es» que traducen nombres de lugar suelen ser de la propia Vulgata: «Cariat-Sefer, esto es, ciudad de las letras» (15,15). A veces interpreta: los cananeos tienen «carros armados de hoces o hierros afilados» (17,16), donde la Vulgata, como el hebreo, habla de carros de hierro, y en 10,14 suaviza con un «por decirlo así» la frase según la cual el Señor obedeció a la voz de un hombre. En 14,15 la Vulgata entendió que en Hebrón estaba enterrado Adán; Torres Amat, con el hebreo, traduce «Arbe, el hombre mayor entre los enaceos».

La numeración de los versículos es la de las Biblias modernas y difiere de la Vulgata en tres lugares, como explica el colofón. Algunos nombres que la transcripción digital ha-

bía leído mal, como el del rey Jabín (11,1), se han corregido con la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: Josué figura de Jesús, la fe de Rahab, el paso del Jordán y el bautismo, Jericó ante la arqueología, el pecado de Acán, «Sol, no te muevas» y el caso Galileo, las guerras del Señor, la tierra como herencia, el descanso que Josué no pudo dar o la alianza de Siquem. Todos aparecen en el índice.

Veinticuatro palabras hebreas

Las palabras clave de Josué en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

יְהוֹשֻׁעַ	**Yehoshúa** · Josué, «el Señor salva»; en griego, *Iesús* 1,1
מְשָׁרֵת	**mesharét** · ministro, ayudante: «ministro de Moisés» 1,1
חֲזַק וֶאֱמָץ	**jazaq ve-emats** · «sé fuerte y valiente»; esfuérzate y ten buen ánimo 1,6.9.18
הָגָה	**hagá** · meditar musitando; la ley, «de día y de noche» 1,8
הֵנִיחַ	**heníaj** · dar reposo, hacer descansar 1,13; 21,44; 23,1
זוֹנָה	**zonah** · mujer pública; algunos entendieron «posadera» 2,1
חֶסֶד	**jésed** · lealtad, misericordia; la de Rahab y la que le juran 2,12.14
תִּקְוָה	**tiqvá** · cuerda; la misma palabra significa «esperanza» 2,18
אֲרוֹן הַבְּרִית	**arón ha-berit** · el arca de la alianza 3,3.6
יַרְדֵּן	**Yardén** · el Jordán; probablemente, «el que baja» 3,1
גִּלְגָּל	**Guilgal** · Gálgala, «círculo» de piedras; el texto juega con *galal*, «quitar rodando» 5,9
שַׂר צְבָא יְהוָה	**sar tsebá YHWH** · príncipe del ejército del Señor 5,14
שׁוֹפָר	**shofar** · cuerno de carnero; las «trompetas del jubileo» 6,4

חֵרֶם	**jérem** · anatema: lo consagrado a Dios por la destrucción 6,17-18
מַעַל	**máal** · infidelidad, sacrilegio 7,1; 22,16.20
עָכַר	**ajar** · turbar; de ahí el valle de Acor 7,25-26
כִּידוֹן	**kidón** · jabalina; Torres Amat, con la Vulgata, «broquel» 8,18
שֶׁמֶשׁ דּוֹם	**shémesh dom** · «sol, detente», o «calla» 10,12
סֵפֶר הַיָּשָׁר	**séfer ha-yashar** · el libro del Justo; en la Vulgata, «de los justos» 10,13
נַחֲלָה	**najalá** · herencia, heredad 11,23; 13,14
גּוֹרָל	**goral** · suerte; la piedrecilla con que se sorteaba 14,2; 18,6
עָרֵי מִקְלָט	**arei miqlat** · ciudades de refugio 20,2
עֵד	**ed** · testigo, testimonio 22,27; 24,22.27
עָבַד	**abad** · servir, y también dar culto 24,14-15

Josué en la liturgia

El Leccionario romano lee poco este libro: dos domingos y tres ferias. Pero las lecturas están bien escogidas: la primera Pascua en la tierra prometida y la elección de Siquem.

Domingos

Celebración	Lectura
4.º domingo de Cuaresma, ciclo C	Jos 5,9a.10-12 (la Pascua en Gálgala y el fin del maná), con la parábola del hijo pródigo (Lc 15,1-3.11-32)
21.er domingo del tiempo ordinario, ciclo B	Jos 24,1-2a.15-17.18b («yo y mi casa serviremos al Señor»), con Jn 6,60-69 («Señor, ¿a quién iremos?»)

Otros momentos

Celebración	Lectura
Jueves de la 19.ª semana del tiempo ordinario, año impar	Jos 3,7-10a.11.13-17 (el paso del Jordán), con el Salmo 114
Viernes de la misma semana	Jos 24,1-13 (Dios recuerda lo que ha hecho por su pueblo), con el Salmo 136
Sábado de la misma semana	Jos 24,14-29 (la alianza y la muerte de Josué), con el Salmo 16
17 de diciembre	La genealogía de Jesús (Mt 1,1-17), que nombra a Rahab (Mt 1,5)

En las ferias del año impar, el Leccionario pasa del Deuteronomio a los Jueces y se detiene tres días en Josué. En todas estas lecturas la numeración coincide con la de esta edición. La Liturgia de las Horas no toma cánticos de este libro.

1

«Esfuérzate y ten buen ánimo»

Moisés ha muerto, y Dios habla a su ayudante. El capítulo es casi todo palabra: el encargo de Dios a Josué (vv. 1-9), las órdenes de Josué a los jefes del pueblo (vv. 10-11) y a las tribus que ya tienen su tierra al otro lado del Jordán (vv. 12-15), y la respuesta de estas (vv. 16-18). Cuatro veces suena el mismo mandato, «esfuérzate y ten buen ánimo», y una sola condición: meditar y cumplir el libro de la ley. Dios no promete a Josué una tarea fácil, sino su compañía: «como estuve con Moisés, así estaré contigo».

Dios da el mando a Josué

1 Y sucedió que después de la muerte de Moisés, siervo del
Señor [1], habló el Señor a Josué, hijo de Nun, ministro de
Moisés [2], y le dijo: 2 Mi siervo Moisés ha muerto: anda y
pasa ese Jordán [3] tú y todo el pueblo contigo, para entrar
en la tierra que yo daré a los hijos de Israel. 3 Todo el lugar
de ella que pisare la planta de vuestro pie [4], os lo entrega-
ré, como lo dije a Moisés. 4 Vuestros términos serán desde
el desierto y desde el Líbano hasta el gran río Eufrates [5]:
toda la tierra de los heteos hasta el mar grande que cae al
poniente será vuestra. 5 Ninguno de esos pueblos podrá re-

sistiros en todo el tiempo de tu vida: como estuve con Moisés, así estaré contigo [6]: no te dejaré ni te desampararé.

[6] Esfuérzate y ten buen ánimo [7]; porque tú has de repartir por suerte [8] a este pueblo la tierra que juré a sus padres que les daría. [7] Anímate, pues, y ármate de gran fortaleza para guardar y cumplir toda la ley que te prescribió mi siervo Moisés; no te desvíes de ella ni a la diestra ni a la siniestra [9]; así obrarás prudentemente. [8] Tu boca hable de continuo del libro de esta ley [10], y medita de día y de noche lo que en él se contiene, a fin de guardar y cumplir todas las cosas en él escritas; con lo cual irás por el recto camino, y procederás sabiamente. [9] Mira que yo soy el que te lo mando [11]; buen ánimo y sé constante. No temas ni desmayes; porque contigo está el Señor Dios tuyo a cualquier parte que vayas.

Josué prepara el paso

[10] Poco después mandó Josué a los príncipes del pueblo [12], diciendo: Recorred el campamento y comunicad esta orden al pueblo y decidle: [11] Haced provisión de víveres [13], porque después de tres días de levantado el campo, habéis de pasar el Jordán y entrar en posesión de la tierra que os ha de dar el Señor Dios vuestro.

[12] Dijo asimismo a los hijos de las tribus de Rubén y de Gad, y a los de la media tribu de Manasés [14]: [13] Acordaos del

mandato que os dio Moisés, siervo del Señor, cuando os
dijo: Dios vuestro Señor os ha concedido reposo [15], y os ha
dado toda esta tierra. [14] Vuestras mujeres e hijos y vuestros
ganados se quedarán en este territorio que os entregó Moi-
sés del Jordán acá; pero todos los más esforzados y ague-
rridos pasad armados [16] a la frente de vuestros hermanos,
y pelead a favor de ellos, [15] hasta tanto que el Señor dé re-
poso a vuestros hermanos, como os lo ha dado a vosotros y
posean también ellos la tierra que el Señor Dios vuestro
les ha de dar: y entonces os volveréis al territorio cuya po-
sesión se os ha dado y habitaréis en el lugar que os señaló
Moisés, siervo del Señor, a esta parte del Jordán, hacia el
oriente.

[16] Ellos respondieron a Josué y dijeron: Haremos todo
cuanto nos has mandado [17], e iremos a doquiera que nos
enviares; [17] así como hemos obedecido a Moisés en todo,
del mismo modo te obedeceremos también a ti; solamente
deseamos que el Señor tu Dios sea contigo [18], como fue
con Moisés. [18] El que contradijere tus palabras y no quisie-
re obedecer tus órdenes, muera [19]. Tú por tu parte anima-
te y obra varonilmente, que nosotros te seguiremos por
todo.

¿Sabías que?

En la Biblioteca Vaticana se conserva el llamado Rollo de Josué (Pal. gr. 431), una tira de pergamino de unos diez metros pintada en Constantinopla, probablemente en el siglo X. Ilustra en un friso continuo, como una columna triunfal romana desenrollada, los capítulos 2 a 10 de este libro, con breves extractos del texto griego. Josué aparece vestido de general bizantino, y las ciudades y el río están personificados al modo del arte clásico. Es probablemente la copia de un modelo más antiguo, y su fecha todavía se discute.

Josué, nuevo Moisés

Josué	Moisés	Sentido
1,1-9	Dt 31,7-8.23	La investidura: «esfuérzate», «no te dejaré»
1,5; 3,7	Éx 3,12	«Como estuve con Moisés, así estaré contigo»
2	Nm 13 – 14	Exploradores: de doce, diez siembran miedo; los dos de Josué vuelven con fe
3 – 4	Éx 14 – 15	Las aguas se detienen y el pueblo pasa en seco
4,14	Éx 14,31	El pueblo teme al jefe como temió a Moisés
5,2-11	Éx 4,25; 12,43-48	Cuchillos de pedernal; la circuncisión antes de la Pascua
5,15	Éx 3,5	«Quítate el calzado», porque el lugar es santo
7,6-9	Éx 32,11-13; Nm 14,13-19	Intercesión tras el pecado: «¿qué será de la gloria de tu excelso Nombre?»
8,18.26	Éx 17,11-12	El brazo extendido hasta la victoria
13 – 21	Nm 32; 34	El reparto: Moisés al este del Jordán, Josué al oeste
23 – 24	Dt 1 – 33	Los discursos de despedida
24,25-26	Éx 24,4-8	La alianza puesta por escrito, con estelas o una gran piedra por testigo
24,29	Dt 34,5	Muere el «siervo del Señor»: Moisés a los 120 años, Josué a los 110

El narrador dibuja a Josué con los rasgos de Moisés para que el lector vea que guía al pueblo el mismo Dios: «En aquel día engrandeció el Señor a Josué... como habían temido a Moisés» (4,14). La Carta a los Hebreos marca la diferencia entre el siervo fiel y el Hijo (Heb 3,5-6) y recuerda que Josué no dio el descanso definitivo (Heb 4,8).

PARA PROFUNDIZAR

«*Josué, que quiere decir Salvador*»: *Josué y Jesús*

El primer libro que sigue a la Ley lleva el nombre de un hombre que se llamaba como Jesús. Moisés cambió el nombre de su ayudante Oseas por el de Yehoshúa, «el Señor salva» (ver nota a 1,1); después del destierro se usó la forma breve Yeshúa, que el libro de Nehemías aplica al mismo Josué (Neh 8,17), y en griego las dos se escriben Iesús. Por eso los Hechos y la Carta a los Hebreos llaman sencillamente «Jesús» al sucesor de Moisés (Hch 7,45; Heb 4,8). Cuando el ángel anuncia a José que el hijo de María se llamará Jesús, «pues él es el que ha de salvar a su pueblo», explica el nombre en el mismo sentido (Mt 1,21; Catecismo, n. 430).

Antes de este libro, Josué ya tiene una historia, y es la de un segundo. Aparece de improviso al frente de los guerreros contra Amalec, mientras Moisés ora con los brazos en alto (Éx 17,8-16). Acompaña a Moisés en la subida al Sinaí (Éx 24,13; 32,17), se queda guardando la tienda del encuentro (Éx 33,11), y cuando defiende con demasiado celo a su maestro recibe una corrección (Nm 11,28-29). Es uno de los dos exploradores que confían en Dios cuando los demás siembran el miedo (Nm 14,6-9), y Moisés le impone las manos delante de toda la comunidad (Nm 27,18-23; Dt 34,9). El Eclesiástico lo llama, en la versión de Torres Amat, «sucesor de Moisés en el don de la profecía», «grande, como denota su nombre», y «más que grande en salvar a los escogidos de Dios» (Eclo 46,1); el primer libro de los Macabeos resume: «Josué, por su obediencia, llegó a ser caudillo de Israel» (1 Mac 2,55).

Los Padres vieron en todo esto una figura de Cristo. San Justino, a mediados del siglo II, se pregunta por qué Oseas pasó a llamarse Jesús, y responde: no fue Moisés, sino el que se llamaba Jesús, quien introdujo al pueblo en la tierra santa y se la repartió por suertes; del mismo modo, Cristo dará a cada uno la tierra buena, no como herencia pasajera, sino como posesión eterna (*Diálogo con Trifón* 113). Orígenes, que predicó veintiséis homilías sobre este libro, observa que nadie antes de él llevó ese nombre, ni Abel, ni Noé, ni Abrahán, ni siquiera Moisés, y que aparece por primera vez cuando Josué dirige el combate contra Amalec (*Homilías sobre Josué* 1,1); por eso, dice, este libro no nos muestra tanto las hazañas del hijo de Nun como los misterios de Jesús, su Señor (1,3). Torres Amat, en su advertencia, recoge la misma tradición y llama a Josué «viva y animada imagen del otro divino Josué», que vino a cumplir «lo que Moisés predijo y prefiguró con la Ley».

La figura tiene una lógica precisa. Moisés, el hombre de la Ley, muere a la vista de la tierra; quien hace pasar el Jordán es Josué. Orígenes llegó a leer «Moisés ha muerto» (1,2) como «la Ley ha cesado». Hay que entenderlo bien: Jesús no vino a abolir la Ley, sino a darle cumplimiento (Mt 5,17), y el propio libro exige a Josué meditar día y noche el libro de Moisés (1,8). La Ley acompaña hasta el umbral; el paso es un don. San Pablo lo dice a su manera: «la ley fue nuestro maestro que nos condujo a Cristo» (Gál 3,24).

Conviene no forzar la figura. La lectura tipológica es una lectura de fe, hecha a la luz de Cristo muerto y resucitado; no pretende que el autor de Josué pensara en Jesús de Nazaret, y no quita al Antiguo Testamento su valor propio (Catecismo, nn. 128-130).

Las diferencias enseñan tanto como las semejanzas. Josué conquista con la espada y reparte una tierra que se puede volver a perder; Jesús vence en la cruz y abre un descanso que nadie quita. La Carta a los Hebreos lo dice expresamente: si Josué hubiera dado al pueblo el descanso, la Escritura no hablaría después de otro día; luego «resta todavía un solemne descanso» para el pueblo de Dios (Heb 4,8-9).

Queda una enseñanza sencilla. Josué fue «ministro» antes de ser jefe, y la Escritura le reserva el título de «siervo del Señor» para su muerte (24,29). Su valentía no es carácter, sino respuesta a una promesa: «como estuve con Moisés, así estaré contigo» (1,5). El cristiano tiene también su Josué, que lo hace pasar por el agua hacia la tierra prometida (ver el ensayo del capítulo 4).

PAUSA

1. Dios no prometió a Josué una tarea fácil, sino su compañía. ¿Qué tarea tienes delante en la que necesitas oír «no temas, yo estoy contigo»?
2. Josué fue ministro antes de ser jefe. ¿A quién estás llamado a servir hoy, y de quién estás aprendiendo?
3. «Medita de día y de noche». ¿Qué lugar real tiene la Palabra de Dios en tu jornada?

Para orar. *Señor, que me fíe de tu compañía más que de mis fuerzas, y que tu palabra no se aparte de mi boca.*

2

Rahab y los exploradores

El primer episodio de la conquista no es una batalla, sino una visita nocturna a casa de una mujer de mala fama. Dos exploradores entran en Jericó y Rahab los esconde y despista a los enviados del rey (vv. 1-7); de noche, en el terrado, confiesa su fe en el Dios de Israel y obtiene un juramento que salvará a su familia (vv. 8-21); los espías vuelven con la noticia de que el país tiembla (vv. 22-24). Los papeles se invierten: los exploradores apenas hacen nada, y quien ve, cree y salva es una cananea. La conquista empieza con un acto de fe y de misericordia.

Rahab esconde a los exploradores

1 Entretanto Josué, hijo de Nun, había enviado secretamente desde Setim dos hombres [1] por exploradores, diciéndoles: Id y reconoced bien el terreno, y la ciudad de Jericó. Los cuales, partiendo del campamento, llegaron a
Jericó y entraron en casa de una mujer pública, llamada
Rahab [2], y se hospedaron en ella. 2 Y se dio aviso al rey de
Jericó [3], y fuele dicho: Mira que unos hombres israelitas
han entrado aquí de noche para reconocer el terreno.
3 Con esta noticia el rey de Jericó mandó decir a Rahab:
Saca fuera esos hombres [4] que han venido a ti, y están me-

tidos en tu casa; porque son espías que han venido a reconocer todo el país.

4 Pero la mujer, habiéndolos escondido, respondió: Es verdad que vinieron a mi casa; mas yo no sabía de dónde eran [5], 5 y se salieron, siendo ya de noche, cuando se iban a cerrar las puertas [6], sin que yo sepa a dónde marcharon; corred aprisa en su seguimiento, que los alcanzaréis. 6 Empero la mujer había hecho subir a los huéspedes al terrado de su casa, y los cubrió con haces de lino [7] que allí había. 7 Los hombres enviados fueron tras ellos por el camino que lleva al vado del Jordán [8], y luego que salieron, al punto se cerraron las puertas de la ciudad.

La confesión de Rahab y el juramento

8 Aún no dormían los que estaban escondidos, cuando he aquí que la mujer sube a ellos y les dice: 9 Yo sé que el Señor vuestro Dios os ha entregado el dominio de esta tierra; porque el terror de vuestro nombre se ha apoderado de nosotros [9], y todos los habitantes del país están amilanados. 10 Hemos oído que el Señor secó las aguas del mar Rojo para daros paso, cuando salisteis de Egipto; y la manera con que tratasteis a los dos reyes de los amorreos, que habitaban al otro lado del Jordán, Sehón y Og, a los cuales habéis muerto [10]. 11 Estas nuevas nos han consternado; ha desmayado nuestro corazón y así que habéis llegado, hemos quedado sin aliento a vuestra entrada: porque el Se-

ñor Dios vuestro es el mismo Dios que reina arriba en los cielos y acá bajo en la tierra [11].

[12] Esto por supuesto, juradme ahora por el Señor que así como yo he usado de misericordia con vosotros [12], así también la usaréis vosotros con la casa de mi padre, y me daréis una contraseña de seguridad, [13] con que salvéis a mi padre y madre, a mis hermanos y hermanas [13], y todos sus bienes, y nos libréis de la muerte. [14] Ellos le respondieron: A costa de nuestra vida salvaremos la vuestra, con tal que tú no nos hagas alguna traición; y cuando el Señor nos habrá entregado esta tierra, usaremos contigo de misericordia y cumpliremos fielmente nuestra promesa [14].

[15] Con esto los descolgó con una cuerda desde la ventana, pues estaba su casa pegada al muro [15]. [16] Pero antes les dijo: Marchaos hacia el monte [16]; no sea que a la vuelta den con vosotros; y estad allí escondidos por tres días, hasta que hayan vuelto vuestros perseguidores, y entonces tomaréis vuestro camino.

[17] Le dijeron ellos: Nosotros cumpliremos fielmente el juramento que nos has exigido, [18] si cuando entráremos en la tierra estuviere por contraseña esta cinta de color de grana [17], atada a la ventana por donde nos has descolgado, y hubieres tenido cuidado de reunir en tu casa a tu padre y madre y hermanos, y toda tu parentela. [19] Mas si alguno se saliere o estuviere fuera de la puerta de tu casa [18], a él, y

no a nosotros deberá imputarse su muerte; pero respecto de todos los que contigo estuvieren dentro de tu casa, recaerá su sangre sobre nuestras cabezas, si alguno los tocare. 20 Pero si tú nos hicieres traición, y das a conocer este convenio, quedaremos desobligados del juramento que has exigido de nosotros. 21 A lo que respondió ella: Como lo habéis dicho, así se hará. Y luego que los despidió y se fueron, colgó la cinta color de grana en la ventana [19].

El regreso de los exploradores

22 Ellos caminaron hasta llegar al monte, donde se detuvieron tres días, hasta que hubieron vuelto los que habían ido en su seguimiento; los cuales después de haberlos buscado por todo el camino, no los hallaron. 23 Luego que éstos entraron en la ciudad, descendieron del monte los exploradores y se volvieron; y repasando el Jordán, llegaron a Josué, hijo de Nun, y le contaron todo cuanto les había sucedido, 24 y le dijeron: El Señor ha puesto en nuestras manos toda esta tierra [20], y todos sus moradores están amilanados con el terror de nuestro nombre.

¿Sabías que?

Dante coloca a Rahab en el Paraíso. En el canto IX de la *Divina comedia*, en el cielo de Venus, el trovador Folquet de Marsella le muestra un alma que centellea «como rayo de sol en agua pura»: es Rahab, la primera de las almas de ese cielo que Cristo llevó consigo en su triunfo, cuando sacó a los justos del lugar de los muertos. La razón que da el poeta es que ella favoreció «la primera gloria de Josué en la Tierra Santa», y aprovecha para lamentar que esa tierra le importe tan poco al papa de su tiempo.

PARA PROFUNDIZAR

Rahab, la cananea que creyó

De todos los personajes de este libro, Rahab es quizá el más inesperado. Es mujer, extranjera, cananea, de una ciudad condenada, y ejerce un oficio despreciado. El hebreo la llama zonah, prostituta, y aunque algunos antiguos prefirieron entender «posadera» (Josefo, *Antigüedades* V,1,2; el Targum; Torres Amat en su nota), el Nuevo Testamento no suaviza la palabra (Heb 11,31; Sant 2,25). Precisamente por eso su historia dice tanto: la primera persona que en Canaán confiesa la fe en el Dios de Israel y la primera que se salva es la que nadie habría elegido.

Su confesión (2,9-11) es lo más importante del capítulo. Rahab no ha visto ningún milagro: ha oído hablar del mar Rojo y de la derrota de Sehón y Og, y saca la conclusión que muchos israelitas no sacaron: el Señor es «el mismo Dios que reina arriba en los

cielos y acá bajo en la tierra», casi las palabras de Moisés en Dt 4,39. La Primera carta de Clemente, escrita en Roma a finales del siglo I, dice que se salvó «por su fe y su hospitalidad», y que en ella hubo no solo fe, sino profecía (1 *Clemente* 12,1.8). Orígenes desarrolla la idea: la que era ramera se convierte en profetisa, porque confiesa lo pasado, cree lo presente y anuncia lo que vendrá (*Homilías sobre Josué* 3,4).

Entre Rahab y los espías se establece un pacto de jésed, de lealtad generosa (2,12-14), sellado con un juramento y una señal: la cinta escarlata en la ventana. La tradición cristiana vio en ella, desde muy pronto, la sangre de Cristo. Clemente dice que con esa señal «manifestaron que por la sangre del Señor habrá redención para todos los que creen y esperan en Dios» (1 *Clemente* 12,7); san Justino, que por esa sangre se salvan los que antes eran rameras e injustos de todas las naciones (*Diálogo con Trifón* 111); san Ireneo la relaciona con la sangre del cordero pascual (*Contra las herejías* IV,20,12). Orígenes ve en la casa de Rahab a la Iglesia, fuera de la cual nadie se salva, y en la ventana, la encarnación, por la que vemos la luz de Dios (*Homilías sobre Josué* 3,5). Torres Amat añade en su nota que san Agustín aplicaba a Rahab el Salmo 87,4, «me acordaré de Rahab»; pero en ese salmo Ráhab es otra palabra hebrea, un nombre poético de Egipto: la aplicación es una lectura espiritual, no el sentido literal del salmo.

Queda la mentira de 2,4-5. San Agustín, que enseñó que nunca es lícito mentir, la examinó despacio: en Rahab, como en las parteras de Egipto, Dios premió la misericordia, no el engaño; su hospitalidad, su riesgo y su fe deben imitarse, su mentira no; y Dios, que guardó a los espías después de la mentira, podía haberlos

guardado sin ella (*Contra la mentira*, nn. 32-34). Santo Tomás aplica el mismo principio a las parteras (*Suma teológica* II-II, q. 110, a. 3, ad 2). El Catecismo enseña que la mentira es por naturaleza contraria a la verdad (nn. 2482-2486), y añade que el derecho a conocer la verdad no es incondicional: nadie está obligado a revelarla a quien no tiene derecho a conocerla, y la seguridad del prójimo puede pedir callar o usar un lenguaje discreto (nn. 2488-2489). Esto no convierte la mentira en virtud; explica por qué Rahab, que no tenía la luz del Evangelio, es alabada por lo que hizo de bueno.

El Nuevo Testamento la recuerda tres veces. La Carta a los Hebreos la pone en la lista de los héroes de la fe (Heb 11,31); Santiago, como ejemplo de que la fe se demuestra en las obras (Sant 2,25): las dos cartas la miran desde dos lados de una misma verdad. Y san Mateo la incluye en la genealogía de Jesús como madre de Booz (Mt 1,5), junto a Tamar, Rut y la mujer de Urías; la cronología es difícil, porque entre Salmón y David caben pocas generaciones para tantos años, pero la intención es clara: en la familia del Mesías hay extranjeras y pecadoras. La tradición judía, por su parte, cuenta que Rahab se convirtió y se casó con Josué, y que de ella descendieron ocho profetas que eran también sacerdotes, entre ellos Jeremías, y la profetisa Juldá (Talmud, Meguilá 14b). Jesús lo dijo a quienes se creían justos: «los publicanos y las rameras os precederán y entrarán en el reino de Dios» (Mt 21,31).

PAUSA

1. Rahab sacó fe de las mismas noticias que llenaron de miedo a otros. ¿Qué has oído de las obras de Dios que todavía no has dejado que te cambie?
2. La cinta colgada en la ventana era una esperanza a la vista de todos. ¿Qué señal visible de tu fe mantienes en medio de tu ambiente?
3. Dios no juzgó a Rahab por su pasado. ¿A quién sigues juzgando tú por lo que fue?

Para orar. *Señor, Dios arriba en los cielos y acá bajo en la tierra, ábreme la puerta de tu casa y no permitas que me quede fuera.*

3

El paso del Jordán

El paso del Jordán se cuenta como una gran procesión. Tres días de espera junto al río y las instrucciones de los heraldos (vv. 1-6); la palabra de Dios a Josué y la de Josué al pueblo, que anuncia la señal (vv. 7-13); y el prodigio: cuando los pies de los sacerdotes tocan el agua, el río crecido se detiene, y todo Israel pasa en seco mientras el arca permanece en medio del cauce (vv. 14-17). El protagonista no es un caudillo con su ejército, sino el arca del «Señor de toda la tierra». El narrador avanza despacio, repite y anticipa, como quien celebra.

Tres días junto al río

1 Josué, pues, levantándose antes del día [1], movió el campo y saliendo de Setim llegaron al Jordán él y todos los hijos de Israel, y se detuvieron allí tres días. 2 Pasados los cuales dieron los heraldos una vuelta por medio del campamento, 3 y comenzaron a publicar en alta voz: Luego que viereis moverse el Arca del Testamento del Señor Dios vuestro [2], y que marchan los sacerdotes del linaje de Leví, que la llevan, levantad también vosotros el campo, y marchad en pos de ellos. 4 Mas haya entre vosotros y el Arca el espacio de dos mil codos [3], a fin de que la podáis ver de lejos y saber el camino por donde habéis de pasar, pues no

habéis andado antes por él: pero mirad que no os acerquéis al Arca.

5 Y dijo Josué al pueblo: Santificaos [4]; porque mañana ha de obrar el Señor maravillas entre vosotros. 6 Y a los sacerdotes les dijo: Tomad el Arca del Testamento, e id delante del pueblo [5]. Los cuales haciendo lo que se les mandaba, la tomaron, y se pusieron en marcha delante de ellos.

Dios ensalza a Josué

7 Entonces el Señor dijo a Josué: Hoy comenzaré a ensalzarte a vista de todo Israel [6], para que vean que así como fui con Moisés, así también soy contigo. 8 Tú, pues, manda a los sacerdotes que llevan el Arca del Testamento, y diles: Luego que hubiereis puesto el pie en una parte de las aguas del Jordán, parad allí.

9 Y a los hijos de Israel les dijo Josué: Llegaos acá, y oíd las palabras del Señor Dios vuestro [7]. 10 Y añadió: En esto conoceréis que el Señor Dios vivo está en medio de vosotros [8], y que exterminará a vuestra vista al cananeo, y al heteo, y al heveo, y al ferezeo, al gergeseo también, al jebuseo y al amorreo [9]. 11 Mirad: el Arca del Testamento del Señor de toda la tierra [10] irá delante de vosotros por medio del Jordán para abriros el paso. 12 Tened prevenidos doce varones de las tribus de Israel, uno de cada tribu; 13 y luego que los sacerdotes que llevan el Arca del Señor Dios

de toda la tierra, hubieren puesto las plantas de sus pies en las aguas del Jordán, las aguas de la parte de abajo proseguirán corriendo; mas las que vienen de arriba, se pararán amontonándose [11].

Las aguas se detienen

[14] Salió, pues, el pueblo de sus tiendas [12], para pasar el Jordán: y los sacerdotes que llevaban el Arca del Testamento marchaban delante de él. [15] Y luego que éstos entraron en el Jordán, y comenzaron sus pies a mojarse [13] en parte del agua (es de advertir que siendo el tiempo de la siega, el Jordán había salido de madre [14]), [16] las aguas que venían de arriba se pararon en un mismo lugar, y elevándose a manera de un monte, se descubrían a lo lejos desde la ciudad llamada Adom hasta el lugar de Sartán [15]: mas las que iban corriendo hacia abajo fueron a desembocar en el mar del desierto (que ahora se llama Muerto) [16] hasta desaparecer enteramente. [17] Mientras tanto el pueblo iba marchando hacia Jericó, y los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza del Señor, estaban a pie quieto y a la orden del Señor [17], sobre el suelo enjuto, en medio del Jordán, y todo el pueblo iba pasando por el álveo del río, que había quedado en seco.

¿Sabías que?

A unos diez kilómetros al sureste de Jericó, una tradición muy antigua reúne en un mismo vado del Jordán tres acontecimientos: el paso de Israel con el arca, el último viaje de Elías y Eliseo, que dividieron las aguas con el manto (2 Re 2,8.14), y el bautismo de Jesús. En la orilla occidental, el lugar se llama Qasr al-Yahud, «el castillo de los judíos»; en la oriental, en Jordania, al-Maghtas, «el lugar de la inmersión», que la UNESCO declaró patrimonio de la humanidad en 2015 con el nombre de «Betania al otro lado del Jordán» (Jn 1,28). El mapa en mosaico de Madaba, del siglo VI, ya señala junto al río a Betabara, «el lugar del bautismo de san Juan». En torno a la Epifanía, miles de peregrinos bajan cada año a sus aguas.

PAUSA

1. Los sacerdotes tuvieron que mojarse los pies antes de que el río se detuviera. ¿Qué paso te pide Dios dar antes de ver el camino abierto?
2. El pueblo debía seguir el arca a distancia para «saber el camino», porque nunca había andado por él. ¿Qué te ayuda a no perder de vista a Dios cuando el camino es nuevo?
3. «Santificaos, porque mañana ha de obrar el Señor maravillas». ¿Cómo te preparas para lo que Dios quiere hacer en tu vida?

Para orar. *Señor de toda la tierra, ve tú delante de mí, y dame valor para meter los pies en el agua.*

4

Las doce piedras de Gálgala

El capítulo vuelve sobre el paso del Jordán desde otro ángulo: el recuerdo. Doce hombres sacan del cauce doce piedras, y Josué levanta otras doce en medio del río (vv. 1-9); el pueblo termina de pasar, las tribus de oriente van delante armadas, y cuando los sacerdotes salen con el arca, el río vuelve a correr (vv. 10-18); en Gálgala, el día diez del mes primero, Josué erige las piedras y enseña a los padres qué deben responder a sus hijos (vv. 19-24). El narrador no sigue el orden de los hechos: repite y anticipa, para que el lector, como los hijos, entienda su sentido.

Las piedras sacadas del río

1 Luego que acabaron de pasar, dijo el Señor a Josué:
2 Escoge doce varones, uno de cada tribu [1];
3 y mándales que tomen del medio del Jordán, donde estuvieron parados los sacerdotes, doce piedras solidísimas [2] que colocaréis en el lugar del campamento, en que plantaréis esta noche las tiendas.

4 Llamó, pues, Josué a los doce varones que había elegido de entre los hijos de Israel, uno de cada tribu,
5 y les dijo: Id delante del Arca del Señor Dios vuestro al medio del Jordán; y traed de allí una piedra cada uno sobre vuestros

hombros, conforme al número de las tribus de los hijos de Israel, 6 para que sirvan de monumento entre vosotros; y cuando el día de mañana os preguntaren vuestros hijos, diciendo: ¿Qué significan esas piedras? [3] 7 les habéis de responder: Desaparecieron las aguas del Jordán a vista del Arca del Testamento del Señor, cuando iba ella pasándolo; por esto se pusieron esas piedras para eterno monumento de los hijos de Israel [4]. 8 Hicieron, pues, los hijos de Israel lo que les ordenó Josué, trayendo del medio de la madre del Jordán doce piedras, como el Señor le había mandado a Josué, conforme al número de las tribus de los hijos de Israel, hasta el sitio en que acamparon, y las colocaron allí. 9 Levantó también Josué otras doce piedras en medio de la madre del Jordán [5], donde estuvieron parados los sacerdotes que llevaban el Arca del Testamento, y allí permanecen hasta el día de hoy.

El pueblo pasa y vuelven las aguas

10 Entre tanto los sacerdotes, que llevaban el Arca, estaban parados en medio del Jordán [6], mientras que se ejecutaban todas las cosas que el Señor había mandado a Josué que comunicara al pueblo, y que le había dicho Moisés. Y el pueblo se dio prisa a pasar el río. 11 Pasado que hubieron todos, pasó también el Arca del Señor, y los sacerdotes marchaban con ella delante del pueblo. 12 Así mismo los hijos de Rubén y de Gad, y la media tribu de Manasés iban

armados a la frente de los hijos de Israel [7], como les había
mandado Moisés. [13] Y estos combatientes, en número de
cuarenta mil [8], iban delante, ordenados en filas y colum-
nas, por las llanuras y campos de la ciudad de Jericó. [14] En
aquel día engrandeció el Señor a Josué delante de todo Is-
rael, para que lo temiesen o respetasen [9], como habían te-
mido a Moisés mientras vivió.

[15] Y les había dicho el Señor [10]: [16] Manda a los sacerdotes
que llevan el Arca del Testamento, que salgan del Jordán.
[17] Josué se lo mandó, diciendo: Salid del Jordán. [18] Y luego
que salieron llevando el Arca del Testamento, y comenza-
ron a pisar la ribera, volvieron las aguas a su madre [11], y
corrieron como solían antes.

El memorial de Gálgala

[19] Salió el pueblo del Jordán el día diez del mes primero [12],
y sentó el campamento en Gálgala [13], que cae al Oriente de
la ciudad de Jericó. [20] Colocó asimismo Josué en Gálgala
las doce piedras [14] que habían tomado del fondo del Jor-
dán.

[21] Y dijo a los hijos de Israel: Cuando preguntaren el día de
mañana vuestros hijos a sus padres y les dijeren: ¿Qué sig-
nifican esas piedras? [22] Los instruiréis y diréis que a pie en-
juto pasó Israel ese Jordán [15], [23] secando el Señor Dios
vuestro sus aguas a vuestra vista, hasta que hubisteis pa-

sado; a la manera que primero lo había hecho en el mar Rojo [16], al cual secó hasta que nosotros pasamos [17]; [24] para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la mano todopoderosa del Señor [18], y vosotros asimismo temáis en todo tiempo al Señor Dios vuestro.

¿Sabías que?

En la Puerta del Paraíso del baptisterio de Florencia, que Lorenzo Ghiberti fundió en bronce dorado entre 1425 y 1452, uno de los diez relieves está dedicado a Josué. En un mismo cuadro se ven el pueblo que cruza el Jordán, las doce tiendas del campamento, una por tribu, y, en lo alto, al fondo, la procesión con el arca y los muros de Jericó que caen al son de las trompetas, como lo describe el propio Ghiberti en sus *Comentarios*. Según una anécdota que cuenta Vasari, fue Miguel Ángel quien dijo que aquellas puertas merecían ser las del Paraíso. Los relieves originales, restaurados, se conservan hoy en el Museo dell'Opera del Duomo; en el baptisterio hay una copia.

Dos pasos del agua: el mar Rojo y el Jordán

Éxodo 14 – 15	**Josué 3 – 4**
«Creyó al Señor y a su siervo Moisés» (14,31)	«Hoy comenzaré a ensalzarte» (3,7); «lo temiesen o respetasen» (4,14)
Moisés extiende la vara sobre el mar (14,16.21)	Los sacerdotes llevan el arca delante del pueblo (3,6.13)
Un viento recio sopla toda la noche (14,21)	Basta que los pies de los sacerdotes toquen el agua (3,15-16)
Las aguas, «como por muro»; en hebreo, «como un montón» (נֵד, ned) (14,22; 15,8)	Las aguas «se pararán amontonándose»: «en un solo montón» (נֵד) (3,13.16)
«A pie enjuto», «en seco» (14,16.22.29)	«Sobre el suelo enjuto» (3,17); «a pie enjuto» (4,22)
De noche, huyendo de un ejército	De día, en procesión, con el río crecido (3,15)
Sale de Egipto la generación de los padres	Entran los hijos, nacidos en el desierto (5,4-7)
El memorial es un cántico (15,1-21)	El memorial son doce piedras y la pregunta de los hijos (4,6-7.20-24)
«Se quedaron yertos los moradores todos de Canaán» (15,15)	Rahab y los reyes de Canaán desmayan (2,9-11; 5,1)
«El mar lo vio, y echó a huir…	…el Jordán volvió hacia atrás» (Sal 114,3); «a la manera que… en el mar Rojo» (4,23)

San Pablo ve en el paso del mar una figura del bautismo (1 Cor 10,1-2), y el Catecismo añade el Jordán: el mar es la liberación de la esclavitud; el Jordán, la entrada en la herencia, «imagen de la vida eterna» (nn. 1221-1222). Entre los dos queda el desierto.

PARA PROFUNDIZAR

El paso del Jordán y el bautismo

Más que una operación militar, el paso del Jordán es una liturgia. El arca va delante, llevada por los sacerdotes; el pueblo la sigue a dos mil codos, para ver el camino (3,3-4); la víspera todos se han «santificado» (3,5), y Josué anuncia lo que va a pasar antes de que pase (3,9-13). El prodigio empieza cuando los pies de los sacerdotes tocan el agua, y ellos permanecen firmes en medio del cauce hasta que pasa el último (3,15-17; 4,10). Todo el relato está pensado para ser recordado y celebrado.

El narrador quiere que se lea a la luz del mar Rojo. Lo dice expresamente (4,23) y lo sugiere con las palabras: las aguas se paran «en un montón», como en el cántico de Moisés; Israel pasa «en seco»; Josué es ensalzado como Moisés (ver el cuadro de este capítulo). El Salmo 114 junta los dos prodigios en un solo verso: «El mar lo vio, y echó a huir; el Jordán volvió hacia atrás». Pero las diferencias también hablan. El mar se cruzó de noche, huyendo de un enemigo, gracias a un viento recio que sopló toda la noche (Éx 14,21); el Jordán se cruza de día, en procesión, sin viento, en plena crecida. El mar fue la salida de la esclavitud; el Jordán es la entrada en la herencia.

¿Pudo tener el prodigio una causa natural? En 1895 se dio a conocer en Europa, gracias al orientalista francés Charles Clermont-Ganneau, un relato del historiador árabe al-Nuwayri, del siglo XIV: en la noche del 7 al 8 de diciembre de 1267, mientras los obreros del sultán Baibars reparaban un puente sobre el Jordán cerca de Damiya, la antigua Adam (3,16), un alto talud de la orilla

se desplomó sobre el río y lo cortó desde la medianoche hasta media mañana. Durante el terremoto que sacudió Palestina en 1927 se informó de otro corte del río en la misma zona. Muchos lectores creyentes han pensado que Dios pudo servirse de un hecho así; otros prefieren no buscar mecanismos. En todo caso, el texto no se interesa por el cómo: subraya el momento, la palabra que lo anuncia y el arca del «Señor de toda la tierra» (3,11-13). Lo que el narrador quiere enseñar es quién abre el camino.

El Jordán vuelve a abrirse en la Biblia. Elías y Eliseo lo dividen con el manto, cerca de Jericó, antes de que Elías sea arrebatado al cielo (2 Re 2,8.14): el profeta sale por donde el pueblo entró. Naamán el sirio se lava siete veces en él, y su carne queda «como la carne de un niño tierno» (2 Re 5,14). Juan bautiza «en Betania, la que está a la otra parte del Jordán» (Jn 1,28), y allí, donde la tradición sitúa el paso de Israel, Jesús se hace bautizar. «Todas las prefiguraciones de la Antigua Alianza culminan en Cristo Jesús», que comienza su vida pública en el Jordán (Catecismo, n. 1223). El nuevo Josué no hace que el río se retire: entra en él.

La Iglesia ve en este paso una figura del bautismo. El Catecismo lo dice con claridad: «Finalmente, el Bautismo es prefigurado en el paso del Jordán, por el que el pueblo de Dios recibe el don de la tierra prometida a la descendencia de Abraham, imagen de la vida eterna» (n. 1222). Orígenes lo predicaba a sus catecúmenos como el final de un camino: dejar la idolatría es salir de Egipto; el tiempo de escuchar la ley es el desierto; el bautismo es cruzar el Jordán y entrar en la tierra prometida, donde, después de Moisés, Jesús recibe al creyente y se hace guía de su nuevo camino (*Homilías sobre Josué* 4,1). Y así como san Pablo dijo que los padres

fueron bautizados «en Moisés» en el mar (1 Cor 10,2), Orígenes se atreve a decir que todos los que cruzaron el Jordán fueron bautizados «en Jesús» (5,1).

Orígenes sacó también una advertencia. Una parte del agua siguió su curso y se perdió en el mar Salado (3,16): le pareció la imagen de los bautizados que vuelven a la amargura del pecado, mientras la parte que se detuvo y conservó su dulzura representa a los que guardan el don recibido (4,2). El bautismo no es el final del camino. Por eso la Carta a los Hebreos invita a no endurecer el corazón «hoy» y a esforzarse por entrar en el descanso que queda (Heb 4,7-11).

PAUSA

1. Las piedras de Gálgala estaban puestas para provocar preguntas. ¿Qué «piedras» de tu historia con Dios podrías contar a los más jóvenes?
2. Josué dijo «nosotros pasamos» de un prodigio que muchos no habían visto. ¿Vives la historia de la salvación como algo que también es tuyo?
3. Una parte del agua se perdió en el mar Salado. ¿Qué te ayuda a conservar la gracia de tu bautismo?

Para orar. *Señor, que hiciste pasar a tu pueblo por el Jordán, no permitas que olvide nunca lo que has hecho por mí.*

5

Gálgala: la circuncisión y la Pascua

Ya en la tierra, antes de dar un solo golpe, Israel se detiene. El capítulo reúne tres escenas en Gálgala: la circuncisión de la generación nacida en el desierto, que quita «el oprobio de Egipto» (vv. 1-9); la primera Pascua en Canaán y el fin del maná, cuando el pueblo come por primera vez el fruto de la tierra (vv. 10-12); y el encuentro de Josué con un guerrero misterioso, el príncipe del ejército del Señor, que le manda descalzarse como a Moisés ante la zarza (vv. 13-15). Antes de conquistar, Israel tiene que ser marcado, alimentado y puesto en su sitio ante Dios.

La circuncisión en Gálgala

1 Luego que todos los reyes de los amorreos que habitaban
a la otra parte del Jordán hacia el Poniente, y todos los re-
yes de los cananeos que poseían los países vecinos al mar
grande o Mediterráneo [1], oyeron que el Señor había seca-
do las aguas del Jordán, al presentarse los hijos de Israel,
hasta que hubieron pasado, desmayó su corazón, y no que-
dó aliento en ellos [2], temiendo la entrada de los hijos de
Israel.

2 En este tiempo, pues, dijo el Señor a Josué: Hazte unos
cuchillos de pedernal [3] y restablece otra vez la

circuncisión [4] entre los hijos de Israel. [3] Hizo Josué lo que el Señor le había mandado, y circuncidó a los hijos de Israel en el collado llamado por eso de la Circuncisión [5].

[4] He aquí, pues, la causa de la segunda circuncisión: todos los varones del pueblo salidos de Egipto, los hombres todos de guerra, murieron en el desierto [6], durante aquel larguísimo viaje de tantos rodeos. [5] Y todos ellos estaban circuncidados. Mas no lo estaban los que habían nacido en el desierto; [6] los cuales anduvieron cuarenta años por aquella vastísima soledad, disponiéndolo así Dios hasta que hubieron muerto todos los que no habían obedecido a la voz del Señor, a quienes juró de antemano que no les dejaría ver la tierra que mana leche y miel [7]. [7] Los hijos de éstos sucedieron en el lugar y derechos de sus padres, y fueron circuncidados por Josué; pues estaban incircuncisos, así como habían nacido, no habiéndolos circuncidado ninguno durante el camino [8]. [8] Después que todos fueron circuncidados, se mantuvieron acampados en el mismo sitio, hasta quedar curados [9]. [9] Dijo entonces el Señor a Josué: Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto [10], y se llamó el nombre de aquel sitio Gálgala [11], hasta el presente día.

La primera Pascua en la tierra

[10] Se detuvieron, pues, los hijos de Israel en Gálgala: y celebraron la Pascua el día catorce del mes, a la tarde [12], en la

llanura de Jericó; [11] y al otro día comieron panes ázimos hechos de trigo del país y harina del mismo año [13]. [12] Y luego que ya comieron de los frutos de la tierra, faltó el maná [14]; ni usaron más los hijos de Israel de tal manjar, sino que se alimentaron de los frutos que había producido aquel año la tierra de Canaán.

El príncipe del ejército del Señor

[13] Mientras Josué se hallaba en los alrededores de la ciudad de Jericó, alzó los ojos, y viendo delante de sí un varón que estaba en pie con la espada desenvainada [15], se encaminó a él y le dijo: ¿Eres tú de los nuestros, o de los enemigos? [16] [14] El cual respondió: No soy lo que piensas: sino que soy el príncipe o caudillo del ejército del Señor [17], que acabo de llegar. Se postró Josué en tierra, sobre su rostro y adorando a Dios [18], dijo: ¿Qué es lo que ordena mi Señor a su siervo? [15] Quítate, le dijo, el calzado de tus pies [19]; pues el lugar que pisas es santo. Y lo hizo Josué como se lo había mandado.

¿Sabías que?

En la tradición bizantina, el título que da aquí la traducción griega, archistrátegos, «general en jefe», se convirtió en el sobrenombre del arcángel Miguel, «el Arquistratega», cuya gran fiesta se celebra el 8 de noviembre. En Occidente, el papa León XIII compuso en 1886 la oración que se rezaba al final de la misa rezada, «San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha», donde se llama a Miguel «príncipe de la milicia celestial»: un eco del «príncipe del ejército del Señor» que se aparece a Josué.

Del Jordán a la Pascua

Fecha	Qué pasa	Cita
Mes 11, día 1	Año cuarenta: Moisés habla al pueblo en Moab	Dt 1,3
Treinta días	Luto por Moisés en las llanuras de Moab	Dt 34,8
«Tres días»	Josué manda preparar provisiones para pasar el río	Jos 1,10-11
Tres días	Los exploradores, escondidos en el monte	2,16.22
Tres días	De Setim al Jordán; espera junto a la orilla	3,1-2
Mes 1, día 10	Paso del Jordán y campamento en Gálgala; el día en que se escogía el cordero pascual	4,19; Éx 12,3
Días 11 – 13	Circuncisión; el pueblo reposa hasta sanar	5,2-8
Día 14, tarde	La Pascua en la llanura de Jericó	5,10; Éx 12,6
Día 15	Ázimos y grano tostado de la tierra, «al otro día de la Pascua», como la salida de Egipto	5,11; Nm 33,3
Entonces	Cesa el maná, que había empezado el mes 2.º del primer año	5,12; Éx 16,1.35
Sin fecha	El príncipe del ejército del Señor, junto a Jericó	5,13-15
Siete días	Seis vueltas a Jericó, una por día; el séptimo, siete	6,3-4.15

El mes primero es el de abib o nisán (Éx 13,4). El texto no da la fecha de la circuncisión; los días 11 a 13 son una deducción. Las tres menciones de «tres días» no encajan bien entre sí: Torres Amat explica que la orden de 1,11 «está puesta aquí por anticipación». Lo que el narrador sí subraya es que la entrada en la tierra es una Pascua: las fechas son tanto teología como cronología.

PARA PROFUNDIZAR

Gálgala: la primera Pascua en la tierra

Israel ya ha cruzado el Jordán, y Jericó está a la vista. Cualquier jefe militar habría atacado enseguida. Josué, por orden de Dios, hace lo contrario: circuncida a todos los varones, que quedan varios días sin poder luchar (5,8), celebra la Pascua y espera. Antes de conquistar la tierra, el pueblo tiene que recobrar su identidad. Gálgala, el primer campamento en Canaán, es un umbral: allí terminan los cuarenta años del desierto y empieza la vida en la tierra.

La circuncisión era la señal de la alianza con Abrahán (Gn 17,10-14), y la Ley exigía que ningún incircunciso comiera la Pascua (Éx 12,48): por eso el rito va primero. La generación nacida en el desierto no la había recibido (5,5-7). Con cuchillos de pedernal, como el de Séfora (Éx 4,25), Josué da a los hijos lo que los padres habían descuidado, y Dios declara: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto» (5,9). La Escritura entendió pronto que la señal en la carne apuntaba al corazón: «Circuncidad, pues, las pasiones de vuestro corazón» (Dt 10,16; ver 30,6; Jer 4,4). San Pablo dirá que la verdadera circuncisión «es la del corazón que se hace según el espíritu» (Rom 2,29), y que los cristianos han sido circuncidados «con la circuncisión de Cristo», sepultados con él por el bautismo (Col 2,11-12).

Los Padres leyeron la «segunda circuncisión» con esta clave. San Justino la aplica a los cristianos, circuncidados por segunda vez, no con hierro, sino con cuchillos de piedra, que son las palabras de Cristo, la piedra angular, y que cortan del corazón la idolatría

y toda maldad (*Diálogo con Trifón* 113-114). Orígenes distingue dos etapas: la ley de Moisés aparta de los ídolos, y el Evangelio, por medio de la piedra que es Cristo (1 Cor 10,4), quita los vicios que todos llevamos dentro, el verdadero «oprobio de Egipto» (*Homilías sobre Josué* 5,5-6).

Viene después la Pascua, el día catorce por la tarde (5,10), la tercera que cuenta la Biblia, después de la de Egipto y la del Sinaí (Nm 9,1-5). Al día siguiente, el pueblo come ázimos y grano tostado de la tierra (5,11), y el maná cesa (5,12). El hebreo lo dice con una expresión muy cuidada, «al día siguiente de la Pascua», la misma con que los Números cuentan la salida de Egipto (Nm 33,3): el éxodo, que empezó el día después de la primera Pascua, termina el día después de esta. El pan del cielo, que fue un regalo para el camino (Éx 16,35), deja paso al pan de la tierra, fruto de la cosecha y del trabajo. Dios no prolonga los prodigios cuando bastan sus dones ordinarios.

La Iglesia lee este pasaje el cuarto domingo de Cuaresma del ciclo C, el domingo «Laetare», junto a la parábola del hijo pródigo (Lc 15,1-3.11-32) y a la palabra de san Pablo: «si alguno está en Cristo ya es una criatura nueva» (2 Cor 5,17). La relación es hermosa: el hijo que vuelve a casa cubierto de vergüenza recibe vestido, anillo y banquete, porque «estaba muerto, y ha resucitado» (Lc 15,24); Israel, libre del «oprobio», celebra la fiesta en la tierra que el Padre le da.

El maná, dice el Catecismo, prefiguraba la Eucaristía, «el verdadero Pan del Cielo» (n. 1094). Jesús establece el contraste: los padres comieron el maná y murieron; quien coma del pan que él da

vivirá eternamente (Jn 6,49-51). Pero la Eucaristía es a la vez pan del camino y pan de la tierra: alimento del peregrino que todavía no ha llegado y, como canta la antigua antífona O *sacrum convivium*, «prenda de la gloria futura» (n. 1402). Orígenes añade una advertencia práctica: cruzado el río, el maná cesa, y cada uno debe llevar sus provisiones, que son las obras, el viático fiel que nos acompaña hacia el camino futuro (*Homilías sobre Josué* 1,4).

El capítulo termina con un encuentro que pone todo en su sitio (5,13-15). Josué pregunta al guerrero de la espada desenvainada si es de los suyos o de los enemigos, y recibe un «no»: el príncipe del ejército del Señor no viene a sumarse al bando de Israel, sino a mandar (ver nota a 5,14). Josué cae rostro en tierra y se descalza, como Moisés ante la zarza. Antes de Jericó, Israel ha sido marcado, alimentado y puesto en su lugar: no es dueño de la guerra ni de la tierra, sino siervo del Señor.

PAUSA

1. Antes de conquistar, Israel se detuvo a renovar la alianza y a celebrar la Pascua. ¿Qué necesitas renovar ante Dios antes de emprender tu próxima tarea?
2. El maná cesó cuando hubo pan de la tierra. ¿Sabes reconocer a Dios también en sus dones ordinarios, en el trabajo y en la cosecha de cada día?
3. «¿Eres de los nuestros?», preguntó Josué, y oyó un «no». ¿Buscas que Dios esté de tu lado, o estar tú del lado de Dios?

Para orar. *Señor, quita de mí todo oprobio, aliméntame con tu pan y enséñame a descalzarme ante ti.*

6

La caída de Jericó

Jericó cae sin una sola batalla. Durante seis días, el pueblo da una vuelta a la ciudad en silencio, detrás de los sacerdotes con sus cuernos y del arca; el séptimo día da siete vueltas, suenan las trompetas, el pueblo grita y los muros se derrumban. El capítulo tiene cuatro partes: la promesa y la orden del Señor (vv. 1-5), los seis días de procesión (vv. 6-14), el séptimo día con el anatema y la toma de la ciudad (vv. 15-21), y la salvación de Rahab con la maldición sobre Jericó (vv. 22-27). Más que una batalla, es una liturgia: la tierra no se conquista, se recibe.

La promesa del Señor

[1] Entre tanto Jericó estaba cerrada y bien pertrechada [1]
por temor de los hijos de Israel, y nadie osaba salir ni entrar. [2] Mas el Señor dijo a Josué: Mira: yo he puesto en tu
mano a Jericó [2] y a su rey y a todos sus valientes. [3] Dad la
vuelta a la ciudad una vez al día [3] todos los hombres de armas. Y haréis esto por espacio de seis días. [4] Y al séptimo,
tomen los sacerdotes siete trompetas de las que sirven
para el jubileo [4], y vayan delante del Arca del Testamento,
y en esa forma daréis siete vueltas a la ciudad, tocando los
sacerdotes sus trompetas. [5] Y cuando se oiga su sonido más
continuado, y después más cortado [5] e hiriere vuestros oí-

dos, todo el pueblo gritará a una con grandísima algazara, y caerán hasta los cimientos los muros de la ciudad por todas partes, y cada uno entrará por la que tuviere delante.

Seis días alrededor de la ciudad

6 Con esto Josué, hijo de Nun, convocó a los sacerdotes y les dijo: Tomad el Arca del Testamento [6], y otros siete sacerdotes tomen siete trompetas de las del jubileo, y vayan delante del Arca del Señor. 7 Dijo asimismo al pueblo: Id y dad vuelta a la ciudad armados, yendo delante del Arca del Señor. 8 Luego que Josué acabó de dar sus órdenes, comenzaron los sacerdotes a tocar las siete trompetas delante del Arca del Testamento del Señor, 9 y todo el ejército armado marchaba en la vanguardia: el resto de la gente seguía detrás del Arca [7], y las trompetas resonaban por todas partes.

10 Mas Josué había mandado al pueblo, diciendo: No gritaréis, ni se oirá vuestra voz [8], ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta tanto que llegue el día en que os diga: Gritad y dad voces. 11 De esta manera el Arca del Señor rodeó la ciudad una vez el primer día, y volviéndose al campamento se mantuvo allí.

12 Al día siguiente levantándose Josué muy temprano, tomaron los sacerdotes el Arca del Señor, 13 y siete de ellos siete trompetas, de que se sirven en el jubileo, e iban de-

lante del Arca del Señor andando y tocando las trompetas, precedidos de la gente armada; mas el resto del pueblo seguía detrás del Arca, y resonaban las trompetas. [14] De esta suerte rodearon la ciudad una vez el segundo día, y se retiraron a los campamentos. Así lo hicieron seis días.

El séptimo día

[15] Pero al día séptimo, levantándose muy de mañana, dieron siete vueltas a la ciudad, según estaba ordenado. [16] Y cuando los sacerdotes a la séptima vuelta tocaron las trompetas, dijo Josué a todo Israel: Alzad el grito [9]: porque el Señor os ha entregado la ciudad, [17] y sea esta ciudad y todo lo que hay en ella, anatema sacrificado al Señor [10]. Sólo Rahab, la ramera [11], quede viva con todos los que estén en su casa por cuanto ocultó los exploradores que enviamos.

[18] Ahora vosotros, guardaos de tocar cosa chica ni grande, contraviniendo las órdenes dadas; para no haceros reos de prevaricación, y no envolver a todo el campamento de Israel en la culpa, y llenarle de turbación [12]. [19] Mas todo lo que se hallare de oro y plata y de utensilios de cobre y hierro, sea consagrado a Dios, y guardado en sus tesoros [13].

[20] Levantando, pues, el grito todo el pueblo, y resonando las trompetas, luego que la voz y el estruendo de ellas penetró los oídos del gentío, de repente cayeron las

murallas [14] y subió cada cual por la parte que tenía delante de sí; y se apoderaron de la ciudad, [21] y pasaron a cuchillo a todos cuantos había en ella [15], hombres y mujeres, niños y viejos: matando hasta los bueyes y las ovejas, y los asnos.

Rahab salvada, Jericó maldita

[22] Y dijo Josué a los dos hombres que fueron enviados por exploradores: Entrad en la casa de aquella mujer pública, y sacadla con todas las cosas que son suyas, como se lo prometisteis con juramento [16]. [23] Y habiendo ellos entrado sacaron fuera a Rahab, y a sus padres, hermanos, y a todos sus muebles y alhajas, y a toda la parentela, y los aposentaron fuera del campamento [17] de Israel. [24] Después abrasaron la ciudad y cuanto en ella había, menos el oro y la plata, y los muebles de cobre y de hierro, que fueron consagrados para el erario del Señor.

[25] Mas Josué salvó la vida de Rahab la ramera, y a toda la familia de su padre, y a todos los suyos, y permanecieron en medio de Israel, como se ve en el día de hoy [18]; por haber ella escondido a los exploradores enviados a reconocer a Jericó. En aquel tiempo fulminó Josué esta imprecación, diciendo: [26] Maldito sea del Señor quien levantare y reedificare la ciudad de Jericó [19]: muera su primogénito cuando eche sus cimientos, y perezca el postrero de sus hijos

así que asiente las puertas. [27] El Señor, pues, estuvo con Josué y su nombradía se divulgó por toda la tierra [20].

¿Sabías que?

La caída de Jericó ha inspirado a músicos muy distintos. Georg Friedrich Händel compuso en 1747 el oratorio *Josué*, estrenado en Londres al año siguiente. Uno de sus coros, «See, the conqu'ring hero comes» («Mirad, llega el héroe vencedor»), gustó tanto que Händel lo añadió después a otro oratorio, *Judas Macabeo*, y Beethoven escribió variaciones sobre su melodía. En el siglo XIX, los esclavos afroamericanos del sur de Estados Unidos cantaban el espiritual «Joshua fit the battle of Jericho»: Josué libró la batalla de Jericó, «y los muros se vinieron abajo». En la ciudad que cae al son de las trompetas veían la promesa de su propia libertad.

Jericó, Hai y Gabaón ante la arqueología

Lugar	Qué dice Josué	Qué han hallado las excavaciones
Jericó	Ciudad amurallada; los muros caen y arde (6,1.20.24)	Torre de piedra de hacia el 8000 a. C.; la ciudad fuerte cae hacia el 1550 (Kenyon, 1952–1958); en el siglo XIII, casi nada
Jericó: debate	«De repente cayeron las murallas» (6,20)	Garstang (1930–1936) fechó unos muros caídos hacia el 1400; B. Wood (1990) volvió a esa fecha, en minoría
Hai (et-Tell)	«Un montón de escombros» para siempre (8,28)	Ciudad destruida hacia el 2400 a. C. y vacía mil años; aldea sin murallas hacia el 1200 (Callaway, 1964–1972)
Maqatir	Otra candidata a ser Hai	Pequeño fortín del Bronce Reciente; propuesta minoritaria
Betel (Beitín)	Sus hombres salen tras Israel (8,17)	Destrucción del siglo XIII (Albright, Kelso); identificación discutida
Gabaón (el-Jib)	«Una de las ciudades reales» (10,2)	Asas con el nombre gb'n (Pritchard, 1956–1962); del Bronce Reciente, solo tumbas
Amarna	El Canaán de antes de Israel	Hacia 1360–1330 a. C.: reyezuelos vasallos de Egipto; quejas contra los apiru
Merneptah	Israel ya en la tierra	Hacia 1208 a. C.: primera mención de «Israel» como pueblo
Aldeas	Las tribus en la montaña (17,15-18)	Siglos XII–XI: cientos de aldeas nuevas, sin murallas

Hay cuatro modelos para explicar los orígenes de Israel: una conquista (W. F. Albright), una instalación pacífica (A. Alt), una revuelta campesina (G. Mendenhall, N. Gottwald) o un surgimiento desde la propia Canaán (I. Finkelstein, W. G. Dever). La Pontificia Comisión Bíblica pide leer la conquista como «una especie de parábola» (2014, n. 127).

PARA PROFUNDIZAR

Jericó y Hai: lo que dice la arqueología

¿Cayeron así los muros de Jericó? La pregunta es legítima, y la fe no tiene por qué temerla. Jericó y Hai han sido durante un siglo los grandes casos de prueba de la arqueología bíblica, y las respuestas han cambiado varias veces.

Jericó es Tell es-Sultan, junto al manantial de Ain es-Sultan, y es una de las ciudades más antiguas del mundo: hacia el 8000 a. C. sus habitantes levantaron ya una torre de piedra de más de ocho metros, que sigue en pie. Entre 1930 y 1936, el británico John Garstang creyó haber encontrado las murallas de Josué, derrumbadas e incendiadas hacia el 1400 a. C. Pero entre 1952 y 1958 Kathleen Kenyon, con un método de excavación más riguroso, mostró que aquellas murallas eran un milenio más antiguas y que la ciudad fortificada había sido destruida hacia el 1550 a. C. Después hubo, como mucho, un pequeño asentamiento en el siglo XIV, y en el XIII, la época que suele atribuirse a Josué, casi nada. En 1990 Bryant Wood volvió a defender la fecha de 1400 a partir de la cerámica, pero su propuesta es minoritaria: el radiocarbono, que fecha la destrucción entre el 1617 y el 1530 a. C., y la misión italo-palestina que trabaja allí desde 1997, dirigida por Lorenzo Nigro, confirman en general la cronología de Kenyon; esta misión piensa, eso sí, que en el Bronce Reciente hubo una ciudad algo mayor, con la vieja muralla reparada, y que las nivelaciones posteriores borraron casi todo lo del siglo XIII. Desde 2023, Tell es-Sultan es patrimonio mundial de la UNESCO.

Con Hai sucede algo parecido, y más claro. Se identifica con et-Tell, junto a Betel. Judith Marquet-Krause (1933–1935) y Joseph Callaway (1964–1972) hallaron una gran ciudad amurallada destruida hacia el 2400 a. C. y abandonada durante más de mil años; hacia el 1200 a. C. se instaló sobre sus ruinas una pequeña aldea sin murallas. Cuando llegó Israel, Hai ya era lo que dice su nombre: «la ruina». Por eso Albrecht Alt y Martin Noth propusieron que el relato nació para explicar aquel enorme montón de escombros, visible «hasta el día de hoy» (8,28-29); W. F. Albright pensó que conservaba el recuerdo de la toma de Betel, la ciudad vecina, y otros buscan Hai en otro lugar, como Khirbet el-Maqatir, una propuesta minoritaria.

El contexto ayuda. Las cartas de Amarna (hacia 1360–1330 a. C.) muestran una Canaán de pequeñas ciudades vasallas de Egipto, cuyos reyes se quejaban de los apiru, gentes marginales y armadas; su relación con los hebreos se discute. Hacia el 1208 a. C., la estela de Merneptah nombra ya a «Israel» como un pueblo de Canaán, y en los siglos XII y XI aparecen en la montaña central cientos de aldeas nuevas, pobres y sin murallas, que muchos consideran el primer Israel. Los estudiosos han propuesto cuatro modelos: la conquista militar (Albright); la instalación pacífica y gradual de pastores (Alt, 1925); la revuelta de campesinos cananeos contra las ciudades (George Mendenhall, 1962; Norman Gottwald, 1979), y el surgimiento de Israel desde dentro de la población de Canaán, al que se unirían grupos venidos de fuera con la memoria del éxodo (Israel Finkelstein, William Dever). Ninguno lo explica todo, y muchos combinan elementos de varios (ver el cuadro de este capítulo).

¿Queda entonces la Biblia en entredicho? No, porque la Iglesia nunca ha pedido leer estos libros como un parte de guerra. El Concilio enseña que hay que atender a los géneros literarios, porque «la verdad se propone y se expresa de maneras diversas» en los textos históricos, proféticos o poéticos (*Dei Verbum*, n. 12). La Pontificia Comisión Bíblica precisa que los libros históricos no son «una historiografía en el sentido moderno», sino una lectura de la historia que quiere mostrar la fidelidad de Dios (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, n. 70), y que la conquista debe leerse como una especie de parábola (n. 127). Probablemente el libro reúne recuerdos de luchas locales, tradiciones de santuarios como Gálgala y explicaciones de ruinas famosas, ordenados siglos después para predicar a un pueblo que había perdido la tierra o temía perderla.

Lo que permanece no depende de la fecha de un muro. Jericó cae sin un solo golpe, al ritmo de una liturgia: la tierra es un don, y la victoria es de Dios. La Carta a los Hebreos no alaba la estrategia de Josué, sino la fe de un pueblo que dio vueltas siete días a unas murallas (Heb 11,30), y Orígenes vio en ellas los muros de este mundo, que caen al sonido de la predicación apostólica (ver nota a 6,20). La pregunta moral que plantean estos relatos se trata en el ensayo del capítulo 11.

PAUSA

1. Israel rodeó Jericó seis días sin ver ningún resultado. ¿Qué «muralla» de tu vida rodeas con oración desde hace tiempo, sin ver todavía nada?
2. El pueblo tuvo que callar hasta el momento de gritar. ¿Cuándo te pide Dios silencio, y cuándo te pide alzar la voz?
3. Los exploradores devolvieron a Rahab la misericordia que habían recibido de ella. ¿A quién debes tú una lealtad que todavía no has devuelto?

Para orar. *Señor, que confíe en tu palabra aunque parezca absurda, y que los muros caigan cuando tú lo dispongas.*

7

El *pecado de Acán*

Después de la victoria, la primera derrota. El lector sabe desde el primer versículo lo que Josué ignora: un hombre, Acán, se ha quedado con parte del anatema de Jericó, y por su culpa todo Israel huye ante la pequeña Hai. El capítulo avanza en cuatro tiempos: el pecado y la derrota (vv. 1-5), la súplica de Josué y la respuesta de Dios (vv. 6-15), la suerte que descubre al culpable y su confesión (vv. 16-21), y el castigo en el valle de Acor (vv. 22-26). Plantea preguntas difíciles sobre la culpa compartida, que se tratan en el ensayo.

La derrota ante Hai

1 Pero los hijos de Israel quebrantaron el mandamiento, y
se apropiaron algo del anatema [1]. Porque Acán, hijo de
Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zaré [2], de la tribu de Judá,
tomó alguna cosa de lo destinado al anatema; por lo cual
se enojó el Señor contra los hijos de Israel.

2 Despachó Josué desde Jericó algunos hombres hacia Hai,
que está junto a Betaven, al oriente de la villa de Betel [3],
diciéndoles: Andad y reconoced la tierra. Los cuales en
cumplimiento de la orden, reconocieron a Hai; 3 y a la
vuelta le dijeron: No es menester que se mueva todo el

ejército, basta que dos o tres mil hombres marchen [4] y arrasen la ciudad; ¿para qué se ha de fatigar inútilmente todo el pueblo contra poquísimos enemigos? [4] Marcharon, pues, tres mil combatientes: los que volviendo al punto las espaldas, [5] fueron batidos por los de la ciudad de Hai, quedando muertos treinta y seis hombres y siendo perseguidos de los contrarios desde la puerta de Hai hasta Sabarín, y acuchillados al huir cuesta abajo; con lo que se intimidó el corazón del pueblo y se disolvía como agua [5].

La súplica de Josué

[6] Entonces Josué rasgó sus vestidos [6], y estuvo postrado pecho por tierra delante del Arca del Señor hasta la tarde, así él como todos los ancianos de Israel y cubrieron de cenizas sus cabezas. [7] Y exclamó Josué: ¡Ah Señor Dios! ¿Por qué has querido hacer pasar a este pueblo el río Jordán para entregarnos en manos del amorreo y exterminarnos? ¡Ojalá nos hubiésemos quedado como estábamos al otro lado del Jordán! [7] [8] Señor Dios mío, ¿qué diré viendo a Israel volver las espaldas delante de sus enemigos? [9] Lo oirán los cananeos y todos los moradores de esta tierra, y coligados entre sí nos cercarán y borrarán nuestro nombre de la tierra; y entonces ¿qué será de la gloria de tu excelso Nombre? [8]

[10] Y dijo el Señor a Josué: Levántate, ¿por qué yaces postrado en tierra? [9] [11] Israel ha pecado y violado mi pacto [10]:

han tomado de lo destinado al anatema; han robado y faltado a la fidelidad, y lo han escondido entre su equipaje.
12 Ya no podrá Israel hacer frente a sus enemigos, sino que
huirá de ellos; por haberse contaminado reservándose
algo del anatema [11]: no estaré más con vosotros hasta que
exterminéis al que es reo de esta maldad.

13 Levántate, pues, santifica al pueblo, y diles: Santificaos
para mañana. Porque esto dice el Señor Dios de Israel:
¡Oh, Israel!, el anatema o hurto sacrílego [12] está en medio
de ti; no podrás contrarrestar a tus enemigos, hasta que
sea exterminado de en medio de ti el que se ha contaminado con este sacrilegio. 14 Y así mañana os presentaréis delante del Señor cada uno en vuestras tribus: y la tribu que
saliere por suerte [13], se presentará por sus parentelas y la
parentela por casas, y cada casa por sus individuos, todo
por suerte. 15 Y quien quiera que fuere hallado culpado de
esta maldad será quemado en el fuego con todos sus haberes: por cuanto ha violado el pacto del Señor, y cometido
un crimen detestable en Israel [14].

La suerte cae sobre Acán

16 Levantándose, pues, Josué muy de mañana, hizo que se
presentara Israel por sus tribus y cayó la suerte sobre la
tribu de Judá. 17 Sorteadas las familias o parentelas de ésta,
salió la familia de Zaré: sorteada ésta por casas, salió la
casa de Zabdi; 18 y sorteados los individuos varones de esta

casa, uno por uno, se descubrió ser Acán, hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zaré, de la tribu de Judá.

19 Dijo, pues, Josué a Acán: Hijo mío, da gloria al Señor
Dios de Israel, y confiesa [15] y declárame qué has hecho: no
me lo encubras. 20 Respondió Acán a Josué y le dijo: Verda-
deramente yo he pecado contra el Señor Dios de Israel [16];
y he aquí lo que he hecho: 21 Vi entre los despojos una capa
de grana muy buena [17], y doscientos siclos de plata, y una
barra de oro de cincuenta siclos [18]; y llevado de codicia, lo
tomé y escondí [19] debajo de tierra en medio de mi tienda,
y enterré el dinero en un hoyo.

El valle de Acor

22 Con esto Josué envió ministros, los cuales corriendo a la
tienda de Acán, lo hallaron todo escondido en aquel mis-
mo sitio, junto con el dinero. 23 Y sacando fuera de la tien-
da todas estas cosas, las presentaron a Josué y a todos los
hijos de Israel, y las arrojaron delante del Señor.

24 Tomando, pues, Josué y los hijos de Israel a Acán, hijo
de Zaré, y con él el dinero y el manto y la barra de oro, con
sus hijos también, y sus hijas [20], bueyes y asnos, y ovejas,
y la misma tienda, y todo cuanto tenía, lo llevaron al valle
llamado por eso de Acor, 25 donde dijo Josué: Ya que tú nos
has llenado de turbación, te extermine el Señor en este
día [21]. Y le apedreó todo Israel [22], y fue consumido de las

llamas su cuerpo y todo cuanto poseía. [26] Y arrojaron sobre él un gran montón de piedras, que permanecen hasta el día de hoy. Con eso la ira del Señor se apartó de ellos: y hasta hoy día se llama aquel lugar Valle de Acor [23].

¿Sabías que?

Entre los manuscritos del mar Muerto hay uno muy extraño: dos láminas de cobre enrolladas, halladas en 1952 en la cueva 3 de Qumrán, que solo pudieron leerse años después, cortándolas en tiras. Es una lista de sesenta y cuatro escondites de tesoros, con cantidades fabulosas de oro, plata y objetos sagrados. La primera línea dice: «En la ruina que está en el valle de Acor, debajo de los escalones que van hacia el oriente, a cuarenta codos: un cofre de plata y sus utensilios». Nadie ha encontrado ninguno de esos tesoros, y no se sabe si existieron. El rollo de cobre se conserva en Amán, en Jordania. El valle que recordaba a un hombre que enterró un tesoro robado quedó así como el primer escondite de un tesoro sagrado.

PARA PROFUNDIZAR

El *pecado de Acán: uno peca, todos sufren*

El capítulo empieza con una frase desconcertante: «los hijos de Israel quebrantaron el mandamiento», y enseguida aclara que fue uno solo, Acán. Dios dice a Josué «Israel ha pecado» (7,11); treinta y seis hombres mueren en Hai sin saber por qué, y al final la familia de Acán es llevada con él al valle de Acor. Para un lec-

tor de hoy, acostumbrado a que la culpa sea personal, la página resulta difícil. Hay que entender su lógica antes de juzgarla.

Esa lógica tiene dos caras. La primera es que el anatema es contagioso: quien toma lo consagrado «se hace anatema» y contagia a todo el campamento (6,18; 7,12; Dt 7,26). La segunda es que Israel se ve como un solo cuerpo. En los años treinta del siglo pasado, el biblista inglés H. Wheeler Robinson llamó a esto «personalidad corporativa»: el individuo y el grupo se representan mutuamente. Hoy la expresión se usa con más cautela, porque Israel conocía también la responsabilidad individual, pero describe bien un rasgo del mundo antiguo: la familia y el pueblo comparten la bendición y la culpa, el honor y la vergüenza.

El relato describe además la anatomía del pecado: «vi, codicié, tomé, escondí» (7,21), los mismos pasos de Eva (Gn 3,6) y de David (2 Sam 11,2-4). Nada parece grave: un manto, un poco de plata, un lingote, enterrados en un rincón de la tienda. Pero el pecado escondido debilita a todos, y Dios lo saca a la luz por suertes, de la tribu a la familia y de la familia al hombre. Josué no insulta al culpable: lo llama «hijo mío» y le pide que dé gloria a Dios confesando (7,19). La Misná puso esta confesión como modelo para todo condenado y concluyó que a Acán le valió la vida eterna (Sanedrín 6,2).

Lo más duro es la suerte de sus hijos (7,24-25). La ley prohibía hacer morir a los hijos por los padres (Dt 24,16), y así lo aplicó el rey Amasías (2 Re 14,6); Ezequiel lo convirtió en principio (Ez 18,20). La tradición lo ha explicado de varias maneras: la familia sabía lo que estaba enterrado bajo su tienda y calló (Torres Amat, en

nota), o los hijos fueron llevados al valle solo para ver y escarmentar (Talmud, Sanedrín 44a; Rashi). San Agustín, que entendió que murieron, distingue: la ley que prohíbe castigar a uno por otro obliga a los jueces humanos; Dios, con un designio oculto, puede permitir una muerte temporal, pero nadie sufre la condenación eterna por el pecado ajeno (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VI,8-9). Lo honrado es reconocer que el relato refleja una lógica antigua que la misma Biblia fue superando. La cuestión de la violencia de estas páginas se trata en el ensayo del capítulo 11.

Lo que el relato intuye sigue siendo verdad. La Iglesia enseña que el pecado es un acto personal (Catecismo, n. 1868), y Juan Pablo II escribió que en cada hombre no hay nada tan personal e intransferible como la responsabilidad de la culpa; pero añadió que existe una «comunión del pecado», porque «no existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto», que afecte solo a quien lo comete (*Reconciliatio et paenitentia*, n. 16). Los pecados acumulados generan «estructuras de pecado» (Catecismo, n. 1869). Orígenes aplicaba el capítulo a los pastores que, por no parecer duros, toleran el escándalo: perdonar a uno y poner a todos en peligro no es misericordia; aunque precisaba que no se debe apartar a nadie por una falta leve, sino después de corregirlo una y otra vez (*Homilías sobre Josué* 7,6).

El Nuevo Testamento tiene su propio Acán. En los comienzos de la Iglesia, Ananías y Safira se quedan con parte del precio que decían entregar, y Lucas usa el mismo verbo raro que la versión griega de Jos 7,1 (Hch 5,1-11); Dante nombra a Acán y, en el verso siguiente, a Safira con su marido entre los ejemplos de avaricia de su *Purgatorio* (canto XX). Pero la Biblia no termina en el mon-

tón de piedras. El valle de Acor será «puerta de esperanza» (Os 2,17), y la solidaridad que en Acán transmite la ruina, en Cristo transmite la gracia: «así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos» (Rom 5,19).

PAUSA

1. Acán «vio, codició, tomó y escondió». ¿En cuál de esos pasos sueles caer tú, y en cuál podrías detenerte antes?
2. Un pecado escondido debilitó a todo el pueblo. ¿Qué pecado «privado» tuyo afecta, aunque no lo veas, a tu familia o a tu comunidad?
3. Josué llamó «hijo mío» al culpable antes de pedirle que confesara. ¿Cómo corriges tú a quien ha fallado?

Para orar. *Señor, saca a la luz lo que escondo, y haz de mis valles de turbación una puerta de esperanza.*

8

La toma de Hai y el altar del monte Hebal

Quitado el pecado, Dios vuelve a hablar, y Hai cae con la misma táctica que había causado la derrota: Israel finge huir, la ciudad se vacía y una emboscada la toma por la espalda. El capítulo tiene dos partes muy distintas. La primera es militar: la orden y el plan (vv. 1-9), la emboscada (vv. 10-23) y el fin de Hai y de su rey (vv. 24-29). La segunda es litúrgica: en el monte Hebal, Josué levanta un altar, escribe la ley sobre piedras y la lee ante todo el pueblo (vv. 30-35). La tierra se conquista con las armas, pero solo se conserva escuchando la Palabra.

Dios vuelve a hablar

[1] Dijo después el Señor a Josué: No temas ni te
acobardes [1]: toma contigo toda la gente de guerra, y puesto en marcha sube a la ciudad de Hai; sábete que tengo
entregado en tus manos su rey y el pueblo, y la ciudad y su territorio. [2] Y tratarás a la ciudad de Hai y a su rey como trataste a Jericó y al rey de ella: bien que os repartiréis entre
vosotros el botín y todos los animales [2]. Para el intento
pondrás una emboscada [3] detrás de la ciudad.

[3] Partió, pues, Josué y con él todo el ejército de los combatientes, y se dirigieron contra Hai; y destacó de noche

treinta mil soldados escogidos [4] de los más valientes; [4] y
les dio orden, diciendo: Poned una emboscada a espaldas
de la ciudad; vosotros no os alejéis mucho de ella, y mante-
neos todos sobre las armas; [5] que yo y la demás gente que
tengo conmigo nos acercaremos por la parte opuesta de la
ciudad, y en saliendo ellos contra nosotros, echaremos a
huir, como antes hicimos [5], volviendo las espaldas;
[6] hasta que persiguiéndonos se alejen mucho de la ciudad,
creyendo, como creerán que huimos al modo que la vez
primera. [7] Entonces mientras nosotros vamos huyendo y
ellos siguiéndonos al alcance, saldréis de la emboscada y
saquearéis la ciudad, la cual el Señor Dios vuestro pondrá
en vuestras manos. [8] Y apoderados de ella, le pegaréis fue-
go, ejecutándolo todo puntualmente como lo he mandado.
[9] Así los despachó; y marcharon al sitio de la emboscada, y
se apostaron entre Betel y Hai [6], a la parte occidental de la
ciudad de Hai. Josué pasó aquella noche en medio del ejér-
cito;

La emboscada

[10] y levantándose al romper el día, pasó revista a su gente,
y se puso en marcha con los ancianos del pueblo al frente
del ejército, sostenido del grueso de sus valientes tropas.
[11] Llegados que fueron, y subiendo por frente a la ciudad,
hicieron alto a la parte del norte, mediando un valle entre
ellos y la ciudad. [12] Había Josué escogido cinco mil hom-

bres, y puéstolos en emboscada entre Betel y Hai, al poniente de esta ciudad. 13 Todo el resto del ejército marchaba formado en batalla con dirección al norte, de tal manera que sus últimas filas tocaban al lado occidental de la ciudad. Habiendo, pues, marchado Josué al fin de aquella noche, se apostó en medio del valle.

14 Lo cual como viese el rey de Hai, salió de mañana a toda prisa de la ciudad con todo su ejército, y encaminó sus tropas hacia el desierto, sin saber que dejaba una emboscada a las espaldas. 15 Josué y todo Israel fueron cediendo el terreno, fingiendo miedo, y echando a huir por el camino del desierto. 16 Con lo cual los de Hai alzando a una el grito, y animándose mutuamente, los fueron persiguiendo. Y cuando estuvieron lejos de la ciudad, 17 sin que hubiese quedado ni siquiera un hombre en Hai y en Betel [7] que no fuera al alcance de los israelitas (dejando abiertas las puertas por donde salieron de tropel),

18 dijo el Señor a Josué: Levanta el broquel que tienes en tu mano [8] contra la ciudad de Hai, porque voy a entregártela. 19 Alzado que hubo el broquel contra la ciudad, de repente salieron al ver esta señal los que estaban ocultos en la emboscada y encaminándose hacia la ciudad, la tomaron y pegaron fuego a varios edificios [9]. 20 Entonces los de Hai que iban persiguiendo a Josué, volviendo la cabeza y viendo el humo de la ciudad que subía hasta el cielo [10], no

tuvieron arbitrio para escapar por ningún lado; sobre todo cuando los que aparentaron huir y encaminarse hacia el desierto, atacaron con el mayor denuedo a los que los iban persiguiendo. 21 Viendo, pues, Josué y todo Israel, con esta seña, que la ciudad había sido tomada, y cómo iba subiendo el humo de ella, volviendo atrás, hicieron cara a los de Hai, y los pasaron a cuchillo.

22 Porque al mismo tiempo, los que habían tomado e incendiado la ciudad, saliendo también de ella para unirse con los suyos, comenzaron a acuchillar a los enemigos, los cuales cogidos en medio, fueron de tal suerte destrozados por ambas partes, que de tanta muchedumbre ninguno pudo salvarse [11]. 23 También prendieron vivo al mismo rey de la ciudad de Hai, y le presentaron a Josué.

El fin de Hai

24 Muertos así todos los que fueron persiguiendo a Israel camino del desierto, y pasados a cuchillo en el mismo sitio, volvieron los hijos de Israel, y asolaron la ciudad. 25 Los que perecieron en esta jornada entre hombres y mujeres, fueron doce mil, vecinos todos de la ciudad de Hai. 26 Josué sin embargo no bajó la mano [12] con que había levantado en alto el broquel, hasta que fueron pasados a cuchillo todos los moradores de Hai. 27 Mas las bestias y demás botín de la ciudad se lo repartieron entre sí los hijos de Israel, como el Señor había ordenado a Josué; 28 el cual

puso fuego al resto de la ciudad, y la redujo para siempre a
un montón de escombros [13]. 29 Colgó también de un patí-
bulo a su rey hasta la tarde al ponerse el sol, en que por
mandato de Josué descolgaron el cadáver de la cruz [14], y lo
arrojaron en la misma entrada de la ciudad, levantando
sobre él un gran montón de piedras, que permanecen has-
ta el día de hoy.

El altar del monte Hebal

30 Entonces edificó Josué un altar al Señor Dios de Israel
en el monte Hebal [15], 31 según lo había mandado Moisés,
siervo del Señor, a los hijos de Israel, y está escrito en el li-
bro de la ley de Moisés: el altar se hizo de piedras sin la-
brar, a que no había tocado hierro alguno; y ofreció sobre
él holocaustos al Señor, y sacrificó víctimas pacíficas [16].
32 Asimismo escribió sobre piedras el Deuteronomio o re-
copilación de la ley de Moisés [17], que Moisés había expli-
cado delante de los hijos de Israel.

33 Y todo el pueblo, tanto los extranjeros como los natura-
les, y los ancianos, y los caudillos y jueces, estaban en pie
al uno y al otro lado del Arca, en frente de los sacerdotes
que llevaban en hombros el Arca del Testamento del Se-
ñor. La mitad de ellos junto al monte Garizim, y la otra mi-
tad junto al monte Hebal [18], como lo había ordenado Moi-
sés, siervo del Señor. Y ante todas cosas Josué bendijo al
pueblo de Israel. 34 Después de esto, leyó todas las palabras

de bendición y de maldición [19], y todas las cosas escritas en el libro de la ley. [35] Ninguna cosa omitió de las que Moisés había mandado; sino que una por una las repitió todas delante de toda la muchedumbre de Israel, de las mujeres y de los niños, y de los extranjeros que moraban entre ellos [20].

¿Sabías que?

La palabra hebrea tel, «montículo de ruinas» (8,28), sobrevive en muchos nombres de lugar de Oriente Medio. El más famoso es Tel Aviv. En 1902, el escritor Najum Sokolov tradujo al hebreo la novela de Theodor Herzl *Altneuland* («Vieja tierra nueva») con el título *Tel Aviv*, el nombre de un lugar de Babilonia donde vivían los desterrados (Ez 3,15). Sokolov vio en él una síntesis del libro: tel, la colina de ruinas antiguas, y aviv, la espiga nueva de la primavera, que da nombre al mes de Abib (Éx 13,4). En 1910, los fundadores de un barrio nuevo junto a Jafa, la antigua Joppe, adoptaron el nombre. Hai quedó como «un tel para siempre»; Tel Aviv quiso decir lo contrario: sobre las ruinas, la primavera.

Mandado en el Deuteronomio, cumplido en Josué

Lo que manda Moisés (Deuteronomio)	Lo que hace Josué (8,30-35)
«Pasado que hubieres el Jordán» (Dt 27,2.4)	Después de Hai (8,30); el Talmud lo pone el mismo día del paso (Sotá 36a)
Un altar en el monte Hebal, «de piedras que no haya tocado el hierro» (Dt 27,4-6; ver Éx 20,25)	«El altar se hizo de piedras sin labrar, a que no había tocado hierro alguno» (8,30-31)
Holocaustos y hostias pacíficas (Dt 27,6-7)	Ofreció holocaustos y sacrificó víctimas pacíficas (8,31)
Piedras encaladas con las palabras de la ley (Dt 27,2-3.8)	Escribió sobre piedras «el Deuteronomio o recopilación de la ley» (8,32)
Seis tribus en Garizim para bendecir, seis en Hebal para maldecir (Dt 11,29; 27,12-13)	La mitad junto a Garizim, la mitad junto a Hebal, con el arca en medio (8,33)
Los levitas proclaman las maldiciones (Dt 27,14-26); bendiciones y maldiciones (Dt 28)	Josué bendice primero al pueblo y lee «todas las palabras de bendición y de maldición» (8,33-34)
Leer la ley ante hombres, mujeres, niños y extranjeros (Dt 31,10-13)	Ante «las mujeres y los niños, y los extranjeros que moraban entre ellos» (8,35)
Guardar «todos los mandamientos que te comunico hoy» (Dt 27,1)	«Ninguna cosa omitió de las que Moisés había mandado» (8,35)

El hebreo y la Vulgata ponen el pasaje después de la toma de Hai; la versión griega, después de 9,2; un manuscrito de Qumrán parece situarlo en Gálgala, antes de 5,2. Al narrador le importa que Josué cumple a la letra lo mandado: la tierra se recibe con la ley en la mano. Sobre la estructura hallada en el Hebal por Adam Zertal, ver el recuadro de Dt 27.

PAUSA

1. Después de la derrota, Dios dijo a Josué: «No temas». ¿Qué misión te devuelve Dios después de un fracaso?
2. Acán no supo esperar: en Hai el botín habría sido suyo. ¿Qué bien te estás tomando antes de tiempo?
3. Josué leyó la ley ante todos, mujeres, niños y extranjeros. ¿Quién queda fuera cuando se lee y se explica la Palabra en tu comunidad?

Para orar. *Señor, escribe tu ley en mi corazón y léemela tú, para que sepa escucharla.*

9

El engaño de los gabaonitas

Los reyes de Canaán se unen contra Israel, pero una ciudad elige otro camino. Los gabaonitas, vecinos disfrazados de viajeros llegados de lejos, consiguen que Israel les jure la paz. El capítulo se mueve en cuatro escenas: la coalición (vv. 1-2), el engaño y el pacto (vv. 3-15), el descubrimiento y el juramento mantenido (vv. 16-21), y la sentencia de Josué, que los hace leñadores y aguadores para la casa de Dios (vv. 22-27). Israel, que venció en Hai con astucia, es ahora engañado; pero cumple su palabra, y unos cananeos salvan la vida.

El ardid de Gabaón

1 Divulgados estos sucesos, todos los reyes de la otra parte
del Jordán adonde había pasado Israel, que vivían en las
montañas, y en los llanos y en la costa del mar grande o
Mediterráneo [1], como también los que habitaban junto al
Líbano, el heteo, y el amorreo, el cananeo, y el ferezeo, y el
heveo, y el jebuseo [2], 2 se reunieron todos de común
acuerdo [3] y consejo para pelear contra Josué y contra Is-
rael.

3 Pero los habitantes de Gabaón [4], oyendo todo lo que Jo-
sué había hecho en Jericó y en Hai, 4 discurrieron un

ardid [5]: se proveyeron de vituallas, cargaron sobre sus jumentos unos costales viejos, y pellejos de vino rotos y recosidos; [5] se pusieron un calzado muy usado y lleno de remiendos en prueba de que era viejo, y se vistieron de ropas también muy usadas: llevando asimismo unos panes consigo, como para el camino, duros y hechos pedazos [6].

[6] De este modo vinieron a presentarse a Josué, que a la sazón se hallaba en el campamento de Gálgala, y le dijeron a él y a todo Israel juntamente: Venimos de luengas tierras [7] con el deseo de hacer paz con vosotros. A lo que los de Israel respondieron y dijeron: [7] Cuidado que no seáis tal vez moradores de la tierra [8] que nos pertenece como herencia nuestra, y nos esté prohibido hacer alianza con vosotros. [8] Mas ellos respondieron a Josué: Siervos tuyos somos [9]. Les preguntó Josué: ¿Quiénes sois vosotros? y ¿de dónde habéis venido? [9] Respondieron: De un país remotísimo han venido tus siervos en nombre del Señor Dios tuyo [10]; por cuanto hemos oído la fama de su poder, todo lo que hizo en Egipto, [10] y con los dos reyes de los amorreos, que reinaron a la otra parte del Jordán, Sehón, rey de Hesebón, y Og, rey de Basán, que estaba en Astarot.

[11] Por lo cual nos dijeron nuestros ancianos y todos los moradores de nuestra tierra: Tomad provisiones para un larguísimo viaje, e id a encontrarlos y decidles: Siervos vuestros somos: haced alianza con nosotros. [12] Observad los pa-

nes que tomamos calientes de nuestras casas para venir hacia vosotros, cómo se han secado ya y desmenuzado de puro añejos. 13 Estos pellejos que llevamos de vino eran nuevos, y ahora están ya rotos y descosidos: la ropa que vestimos, y el calzado que traemos en los pies se han gastado, y casi se han consumido a causa de lo prolijo de tan largo viaje.

14 Tomaron, pues, de sus vituallas y no consultaron el oráculo del Señor [11]. 15 Y Josué, tratándolos como amigos, hizo con ellos alianza, y les prometió que no les quitaría la vida [12], y lo mismo les juraron los príncipes del pueblo.

El juramento se cumple

16 Mas tres días después de hecha la alianza, supieron que habitaban en la vecindad, y que iban a entrar en sus tierras. 17 Con efecto movieron el campo los hijos de Israel, y al tercer día llegaron a sus ciudades cuyos nombres son estos: Gabaón, Cafira, Berot y Cariatiarim [13].

18 Y no les hicieron ningún daño, por cuanto se lo habían jurado los príncipes del pueblo en el nombre del Señor Dios de Israel. Por lo que todo el pueblo, viéndose privado del pillaje, murmuró contra los príncipes [14]. 19 Los cuales respondieron: Se lo hemos jurado en el nombre del Señor Dios de Israel [15], y por tanto no podemos hacerles ningún daño. 20 Pero haremos esto con ellos: queden en horabue-

na salvos y con vida [16], para que no venga sobre nosotros
la ira del Señor, si perjuráremos; [21] pero vivan con la con-
dición de haber de cortar leña, y acarrear el agua para el
servicio de todo el pueblo. Mientras los caudillos decían
esto,

Leñadores y aguadores

[22] Josué convocó a los gabaonitas, y les dijo: ¿Por qué nos
habéis querido engañar con fraude [17], diciendo: Nosotros
somos de muy lejos; siendo así que habitáis en medio de
nosotros? [23] Por esta causa estaréis sujetos a la
maldición [18], y no faltará de vuestro linaje quien corte la
leña y acarree agua a la casa de mi Dios.

[24] Respondieron ellos: Llegó a noticia de nosotros tus sier-
vos que el Señor Dios tuyo tenía prometido a Moisés su
siervo, que os había de entregar toda la tierra, y que des-
truiría todos los habitantes; entramos, pues, en gran te-
mor, y mirando por nuestras vidas tomamos este partido,
compelidos del terror que nos inspirabais [19]. [25] Mas ahora
en tu mano estamos: haz de nosotros lo que te parezca
bueno y justo [20]. [26] En consecuencia Josué cumplió lo que
les había prometido, y los libró de las manos de los hijos de
Israel, para que no los matasen; [27] y determinó en aquel
mismo día que fuesen empleados en el servicio de todo el
pueblo y del altar del Señor, cortando leña, y conduciendo

agua al lugar que el Señor escogiere [21], como lo hacen hasta el presente.

¿Sabías que?

Entre 1956 y 1962, el arqueólogo estadounidense James B. Pritchard excavó el-Jib y encontró la prueba de que era Gabaón: una treintena de asas de jarras con el nombre de la ciudad, gb'n, grabado en letras hebreas antiguas. Halló también una enorme piscina excavada en la roca, de unos once metros de diámetro, con una escalera de caracol que baja, por un túnel, hasta el agua, a más de veinte metros de profundidad: quizá «la piscina de Gabaón» junto a la que se enfrentaron los hombres de Abner y los de Joab (2 Sam 2,13). Y decenas de bodegas talladas en la roca, del siglo VII a. C., donde se guardaban decenas de miles de litros de vino. De la época de Josué, en cambio, apenas aparecieron unas tumbas.

Gabaón en la historia de Israel

Cita	Qué pasa	Sentido
Jos 9	Un pacto obtenido con engaño	La palabra dada se cumple
Jos 10,1-14	Josué la socorre: «Sol, no te muevas»	El pacto obliga a defender
Jos 11,19	La única ciudad que hizo la paz	Un resto de Canaán acogido
Jos 21,17	Ciudad de Benjamín para los sacerdotes	Del enemigo al santuario
2 Sam 2,13	Lucha junto a la piscina de Gabaón	Saúl contra David
2 Sam 21	Saúl viola el juramento: hambre; Resfa	El juramento ata a las generaciones
1 Re 3,4-15	Salomón pide un corazón sabio	Empieza el reinado sabio
1 Cr 16,39	Allí está el tabernáculo de Moisés	Santuario antes del templo
Is 28,21	«Como en el valle de Gabaón»	Memoria profética de Jos 10
Jr 28,1	Ananías, falso profeta de Gabaón	La ciudad antes del destierro
Neh 3,7	Gabaonitas reconstruyen la muralla	Del pacto a la reconstrucción

Los que se salvaron con engaño y fueron condenados a cortar leña y acarrear agua para el altar (9,27) quedaron unidos al santuario y a la historia de Israel, hasta la vuelta del destierro (Neh 7,25).

PARA PROFUNDIZAR

Los gabaonitas: la palabra dada

Todos los reyes de Canaán se preparan para la guerra; Gabaón, una de las ciudades más fuertes, elige otro camino: el engaño. Sus enviados llegan a Gálgala con sandalias rotas y pan mohoso,

y dicen venir de muy lejos, porque saben que la ley de Israel solo permitía pactar con las ciudades lejanas (Dt 20,10-18). Israel prueba el pan, se fía de lo que ve y no consulta al Señor (9,14). Tres días después descubre la verdad: los forasteros eran sus vecinos. El pueblo que acababa de vencer en Hai con una emboscada cae en una trampa, y el narrador, con fina ironía, dice que los gabaonitas obraron «también ellos» con astucia (9,4).

Lo sorprendente es lo que sigue. Los príncipes habían jurado en el nombre del Señor, y deciden mantener el juramento aunque se obtuvo con fraude (9,18-20). Hoy diríamos que un pacto logrado con engaño es nulo, y san Agustín ya lo vio: los israelitas podían haber alegado que juraron a unos extranjeros, no a sus vecinos, y prefirieron perdonar; como aquel juramento se inclinaba hacia la clemencia, no desagradó a Dios. Si hubieran jurado matar, añade, no habrían debido cumplirlo, como David renunció a cumplir su juramento contra Nabal (1 Sam 25). Y observa que Dios, a quien no habían consultado, no desenmascaró a los gabaonitas, porque de algún modo quiso premiar su fe (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VI,13-14).

El juramento ató a Israel durante generaciones. En el capítulo siguiente, Josué tiene que socorrer a Gabaón contra cinco reyes, y allí pide que el sol se detenga (10,1-14). Siglos después, Saúl intentó exterminar a los gabaonitas «por celo» de Israel, y en tiempos de David un hambre de tres años se atribuyó a esa culpa; los gabaonitas exigieron siete descendientes de Saúl, que fueron ajusticiados, y Resfa, madre de dos de ellos, veló sus cuerpos durante meses (2 Sam 21,1-14). Es una página terrible, que refleja la lógica

antigua de la venganza de sangre, pero su enseñanza es clara: la palabra dada en nombre de Dios no prescribe.

El destino de los gabaonitas es singular. Son la única ciudad de Canaán que hizo la paz con Israel (11,19); Gabaón será ciudad levítica de Benjamín (21,17); allí estará el tabernáculo de Moisés en tiempos de David (1 Cr 16,39), y allí, en «el gran alto», Salomón pedirá en sueños un corazón sabio (1 Re 3,4-15). Condenados a servir, quedaron junto al altar (9,27), y entre los que volvieron del destierro y reconstruyeron la muralla de Jerusalén había hombres de Gabaón (Neh 3,7; 7,25). Con Rahab, son la prueba de que en medio de los relatos de anatema hay cananeos que se salvan porque han oído hablar del Dios de Israel y lo han temido (2,9-11; 9,9-10.24).

Orígenes comparó las dos salvaciones. A los herejes que rechazaban el Antiguo Testamento y acusaban a Josué de inhumano por imponer la servidumbre a unos suplicantes, respondía: Rahab, que creyó con toda su casa y acogió a los exploradores con plena entrega, fue incorporada del todo al pueblo; los gabaonitas, que llegaron con engaño y movidos por el miedo, recibieron la salvación según la medida de su fe, porque «la fe sin obras está muerta» (Sant 2,17). Y aplicaba el relato a su comunidad: hay cristianos que vienen a la iglesia, inclinan la cabeza ante los sacerdotes y contribuyen al adorno del altar, pero no corrigen su vida; se salvarán, decía, como los gabaonitas, con su ropa vieja. «Yo no quisiera alcanzar la salvación en el rango de los gabaonitas», concluía, sino recibir mi parte de la herencia entre los israelitas (*Homilías sobre Josué* 10,1-3).

La lección para hoy es sencilla y exigente. El Catecismo recuerda que jurar es tomar a Dios por testigo, y que no mantener lo prometido bajo juramento es una grave falta de respeto hacia el Señor, «dueño de toda palabra»; en cambio, comprometerse con juramento a hacer el mal es contrario a la santidad del nombre divino (nn. 2150-2152). Jesús pide ir más allá, a un hablar tan veraz que no necesite juramentos: «sea vuestro lenguaje: sí, sí; no, no» (Mt 5,37). Y la fidelidad de Israel a una palabra dada a quienes lo habían engañado es un reflejo de la de Dios: «si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Tim 2,13).

PAUSA

1. Israel se fió de lo que veía y no consultó al Señor. ¿Qué decisión importante estás tomando sin preguntarle?
2. Los príncipes mantuvieron su palabra aunque les costó la popularidad. ¿Qué promesa te cuesta hoy cumplir?
3. Orígenes no quería salvarse «con la ropa vieja» de los gabaonitas. ¿Qué hábito viejo sigues llevando a la iglesia sin decidirte a dejarlo?

Para orar. *Señor, que mi palabra sea sí cuando digo sí, y que no dé un paso sin preguntarte.*

10

El sol de Gabaón

El pacto con Gabaón (cap. 9) desencadena la guerra del sur. Cinco reyes amorreos, encabezados por el de Jerusalén, atacan a la ciudad que se ha pasado a Israel, y Josué acude en su auxilio. El capítulo tiene cuatro partes: la coalición (vv. 1-6); la batalla de Gabaón, con el granizo y el célebre «Sol, no te muevas» (vv. 7-15); el castigo de los cinco reyes escondidos en la cueva de Maceda (vv. 16-27), y la conquista de las ciudades del sur, contada con fórmulas que se repiten (vv. 28-43). Una frase da la clave: «el Señor peleaba por Israel» (vv. 14 y 42).

Cinco reyes contra Gabaón

1 Mas como Adonisedec, rey de Jerusalén [1], hubiese oído
que Josué había conquistado a Hai, y arrasádola (pues lo
que había hecho con Jericó y su rey, lo mismo hizo con
Hai y el rey de esta ciudad), y que los gabaonitas se habían
pasado al partido de Israel y se habían aliado con ellos,
2 entró en grandísimo temor: por cuanto la ciudad de Ga-
baón era una ciudad grande, y una de las ciudades
reales [2], y mayor que la de Hai, y muy valientes todos sus
guerreros. 3 Por lo cual Adonisedec, rey de Jerusalén, en-
vió embajadores a Oham, rey de Hebrón [3], y a Faram, rey
de Jerimot, y también a Jafia, rey de Laquis, y a Dabir, rey

de Eglón, diciendo: [4] Venid a mí y traedme socorro para conquistar a Gabaón, por haberse pasado a Josué y a los hijos de Israel. [5] Se juntaron, pues, y marcharon estos cinco reyes de los amorreos, el rey de Jerusalén, el rey de Hebrón, el rey de Jerimot, el rey de Laquis, el rey de Eglón junto con sus respectivos ejércitos, y acampando cerca de Gabaón, la sitiaron.

[6] Mas los vecinos de la sitiada ciudad de Gabaón despacharon mensajeros a Josué, que a la sazón se hallaba acampando en Gálgala, para decirle: No rehuses socorrer a tus siervos [4]. Acude presto a librarnos con tu auxilio; porque se han unido contra nosotros todos los reyes de los amorreos, que habitan en las montañas.

«Sol, no te muevas»

[7] Al punto Josué subió de Gálgala, y con él los guerreros más valientes de todo su ejército. [8] Y dijo el Señor a Josué: No los temas; pues yo los tengo entregados en tus manos, ninguno de ellos podrá resistirte. [9] Josué, pues, caminando desde Gálgala toda la noche [5], se echó sobre ellos de repente. [10] Y el Señor los desbarató a la vista de Israel, que hizo en ellos gran estrago en Gabaón, y los fue persiguiendo camino de la cuesta de Bet-Horón [6], y acuchillándolos hasta Azeca y Maceda. [11] Y mientras iban huyendo de los hijos de Israel, estando en la bajada de Bet-Horón, el Señor llovió del cielo grandes piedras sobre ellos [7] hasta Azeca:

y fueron muchos más los que murieron de las piedras del granizo, que los que pasaron a cuchillo los hijos de Israel.

12 Entonces habló Josué al Señor en aquel día en que entregó al amorreo a merced de los hijos de Israel, y dijo en presencia de ellos: Sol, no te muevas de encima de Gabaón [8];
ni tú, Luna, de encima del valle de Ayalón. 13 Y se pararon el Sol y la Luna hasta que el pueblo del Señor se hubo vengado de sus enemigos. ¿Y no es esto mismo lo que está escrito en el libro de los justos [9]? Se paró, pues, el Sol en medio del cielo [10], y detuvo su carrera sin ponerse por espacio de un día. 14 No hubo antes ni después día tan largo, obedeciendo el Señor, por decirlo así [11], a la voz de un hombre, y peleando por Israel. 15 Volvíase Josué con todo Israel al campamento de Gálgala [12].

Los reyes de la cueva de Maceda

16 Habían escapado los cinco reyes y se escondían en una cueva de la ciudad de Maceda. 17 Y dieron aviso a Josué de haber hallado los cinco reyes metidos en una cueva de la ciudad de Maceda. 18 Y mandó a los soldados que le acompañaban, diciéndoles: Haced rodar unas grandes piedras a la boca de la cueva, y dejad hombres cuidadosos para guardar a los que estarán encerrados: 19 vosotros entre tanto no paréis de perseguir a los enemigos, hiriendo siempre la retaguardia de los fugitivos, ni dejéis entrar a guarecerse en sus ciudades a los que el Señor Dios ha entregado en vues-

tras manos. 20 Habiendo, pues, hecho gran mortandad en
los enemigos, hasta el punto de no dejar casi uno con vida,
los que pudieron escapar de las manos de los israelitas se
metieron en las ciudades fuertes [13]. 21 Y se volvió todo el
ejército a Josué junto a Maceda, donde estaba entonces el
campo, salvo y sin haber perdido un solo hombre; y ni si-
quiera uno de los enemigos se atrevió a chistar [14] contra
los hijos de Israel.

22 Entonces mandó Josué diciendo: Abrid la boca de la cue-
va y traedme acá a los cinco reyes que están allí encerra-
dos. 23 Hicieron los ministros lo que se les había mandado,
y sacaron de la cueva a los cinco reyes, al rey de Jerusalén,
al rey de Hebrón, al rey de Jerimot, al rey de Laquis y al
rey de Eglón. 24 Luego que le fueron presentados, llamó a
toda la gente de Israel, y dijo a los príncipes o jefes del ejér-
cito que tenía consigo: Id y poned el pie sobre los cuellos
de esos reyes [15]. Y habiendo ellos ido y puesto los pies so-
bre los cuellos de los reyes sojuzgados, 25 les dijo Josué: No
temáis ni os acobardéis; esforzaos y mantened vuestro
brío, que así tratará el Señor a todos vuestros enemigos
contra quienes peleáis.

26 Después de esto Josué los hizo herir y quitar la vida; y
los mandó colgar en cinco maderos, en los cuales estuvie-
ron hasta la tarde. 27 Al ponerse el sol mandó a los que le
acompañaban que los quitaran de los patíbulos, y descol-

gados los echaron en la cueva donde se habían escondido, y pusieron sobre su boca grandes piedras, que permanecen hasta el presente [16].

La campaña del sur

[28] En este mismo día se apoderó Josué de Maceda, y la pasó a cuchillo, matando a su rey y a todos sus habitantes, sin dejar siquiera uno: haciendo con el rey de Maceda lo mismo que había hecho con el rey de Jericó [17]. [29] Desde Maceda marchó con todo Israel a Lebna, y comenzó a batirla. [30] Y el Señor la entregó con su rey en poder de Israel; y pasaron a cuchillo a todos sus moradores, sin dejar alma viviente. Con el rey de Lebna hicieron lo mismo que habían hecho con el rey de Jericó.

[31] De Lebna pasó a Laquis con todo Israel, y cercándola con todo el ejército, la combatió; [32] y el Señor entregó a Laquis en manos de Israel, que la tomó al segundo día [18], y la pasó a cuchillo con toda la gente que había dentro, así como lo había hecho en Lebna. [33] En este tiempo Horam, rey de Gazer [19], vino a socorrer a Laquis, mas Josué lo destrozó con todas sus tropas, sin dejar hombre con vida. [34] De Laquis pasó contra Eglón [20], y la cercó, [35] y la conquistó el mismo día, y pasó a cuchillo toda la gente que había en ella, ni más ni menos que lo había hecho en Laquis.

36 Marchó asimismo con todo Israel desde Eglón a
Hebrón [21], y combatió contra ella; 37 la tomó y la pasó a cu-
chillo con su rey; y lo mismo hizo en todos los lugares de
aquella comarca, y con todos sus moradores, sin perdonar
a nadie: como había hecho en Eglón, así hizo en Hebrón,
acabando a filo de espada con cuanto había. 38 Desde aquí
dio la vuelta a Dabir, 39 la tomó y desoló, e hizo pasar tam-
bién a cuchillo a su rey y a todos los lugares circunvecinos:
no dejó dentro alma viviente; lo que había hecho a Hebrón
y Lebna y a sus reyes, eso mismo hizo a Dabir y a su rey.

40 De esta suerte arrasó Josué todo el país montuoso, el
meridional, y el llano, y también a Asedot o los lugares
más bajos [22] con sus reyes: no dejó allí cosa con vida, sino
que mató a todo viviente (como se lo tenía mandado el Se-
ñor Dios de Israel [23]), 41 desde Cadesbarne hasta Gaza [24].
Tomó, y sin dejar la espada de la mano asoló todo el país
de Gosén hasta Gabaón, 42 y todos sus reyes y territorios;
porque el Señor Dios de Israel peleó por él [25]. 43 Y volvió
con todo Israel a Gálgala, donde estaba el campamento.

¿Sabías que?

La bajada de Bet-Horón fue escenario de batallas durante siglos. Allí derrotó Judas Macabeo, hacia el 166 a. C., al general sirio Serón (1 Mac 3,13-24), y en noviembre del año 66 d. C. los rebeldes judíos destrozaron en el mismo desfiladero al ejército romano de Cestio Galo, gobernador de Siria. Josefo cuenta que los romanos, encerrados en el paso estrecho bajo una lluvia de dardos, solo se libraron de caer todos prisioneros porque llegó la noche, y que perdieron más de cinco mil soldados de a pie (*La guerra de los judíos* II,19,8-9). En Gabaón, la noche era precisamente lo que Josué no quería que llegase.

Las campañas del sur y del norte

Ciudad	En Josué	Identificación y arqueología
Gabaón	10,1-10	el-Jib (ver el cuadro del capítulo 9)
Bet-Horón	10,10-11	Beit Ur el-Fauqa y et-Tahta, en la bajada hacia el valle de Ayalón
Azeca	10,10-11	Tell Zakariya; una de las últimas fortalezas de Judá ante Babilonia (Jer 34,7)
Maceda	10,16-28	Desconocida; se han propuesto varios lugares de la Sefelá
Lebna	10,29-30	Incierta; una propuesta es Tel Burna, entre Laquis y Get
Laquis	10,31-32	Tell ed-Duweir; ciudad cananea incendiada hacia el 1200 y de nuevo hacia el 1130 a. C.
Gazer	10,33	Tell Gezer; sigue siendo cananea en 16,10 y hasta 1 Re 9,16
Eglón	10,34-35	Incierta: Tell Aitun o Tell el-Hesi
Hebrón	10,36-37	Tell Rumeida; la conquistará Caleb (14,12-15; 15,13-14)
Dabir	10,38-39	Khirbet Rabud (antes, Tell Beit Mirsim); la conquistará Otoniel (15,15-17)
Merom	11,5-7	Unas aguas de la Alta Galilea, sin identificar
Asor	11,10-13	Tell el-Qedah; gran ciudad incendiada en el siglo XIII a. C., con estatuas mutiladas (Y. Yadin; A. Ben-Tor); se discute quién la destruyó

De sur a norte, el itinerario de los capítulos 10 y 11. Algunas identificaciones son seguras (Azeca, Laquis, Gazer, Asor); otras se discuten. Varias de estas ciudades se conquistan otra vez más adelante, y un Jabín, rey de Asor, reaparece en tiempos de Débora (Jue 4,2): el libro resume en dos campañas una historia más larga.

«Sol, no te muevas»: de Josué a Galileo

Fecha	Quién	Qué dijo
¿?	Libro de los justos	El canto del sol y la luna (Jos 10,13; 2 Sam 1,18)
Siglo VII a. C.	Habacuc	«El sol y la luna se mantuvieron en sus puestos» (Hab 3,11)
h. 180 a. C.	Ben Sirá	Por mano de Josué «un día se hizo como dos» (Eclo 46,4)
h. 94 d. C.	Josefo	Lo atestiguan los libros del templo (*Antigüedades* V,1,17)
Siglo III	Orígenes	Jesús alarga el día hasta que entren las naciones (*Homilías sobre Josué* 11,3)
h. 425	San Agustín	Un prodigio no va contra la naturaleza, sino contra lo que de ella conocemos
1539	Lutero	Josué detuvo al sol, no a la tierra (según sus comensales)
1615	Galileo	El Espíritu Santo enseña «cómo se va al cielo, y no cómo va el cielo»
1616	Congregación del Índice	El movimiento de la tierra, contrario a la Escritura
1893	León XIII	El autor sagrado «se guía por lo que aparece sensiblemente»
1943	Pío XII	Hay que atender a los géneros literarios
1992	Juan Pablo II	Los teólogos no distinguieron la Escritura de su interpretación
2017	C. Humphreys y G. Waddington	¿Un eclipse del 30 de octubre del 1207 a. C.? (hipótesis aislada)

Galileo fue condenado en 1633; en 1820 la Santa Sede autorizó obras que enseñaban el movimiento de la tierra.

PARA PROFUNDIZAR

«Sol, no te muevas»: Josué, Galileo y el lenguaje de la Biblia

Pocos versículos de la Biblia han dado tanto que hablar. Conviene leer primero lo que dicen. Hay un poema de dos versos que el narrador toma de un antiguo libro de cantos, el «libro de los justos» (ver nota a 10,13): «Sol, en Gabaón detente; luna, en el valle de Ayalón». Y hay un comentario en prosa que lo amplía: el sol se paró en medio del cielo casi un día entero, y «no hubo antes ni después día tan largo». Pero la frase final pone el acento en otra parte: lo inaudito no es la conducta del sol, sino que el Señor escuchara «la voz de un hombre» y peleara por Israel (10,14).

Las lecturas han sido muchas. La tradición judía y cristiana lo entendió como un milagro astronómico. El Eclesiástico pregunta si no se detuvo el sol por mano de Josué, de modo que «un día se hizo como dos» (Eclo 46,4; la Vulgata, en 46,5, dice «por su ira»); Josefo asegura que lo atestiguaban los libros guardados en el templo (*Antigüedades* V,1,17), y san Agustín lo cuenta entre los prodigios que no van contra la naturaleza, sino contra lo que conocemos de ella (*La ciudad de Dios* XXI,8). Muchos exegetas modernos leen en el poema el lenguaje de las teofanías, en las que el cielo entero toma parte en la batalla: «el sol y la luna se mantuvieron en sus puestos», canta Habacuc (Hab 3,11), y en el cántico de Débora las estrellas pelean contra Sísara (Jue 5,20). Otros piensan en una súplica para que la noche no llegara antes de completar la victoria, o al revés, para que el sol «callara», oculto por la tormenta de granizo (10,11), o en un presagio de los astros

como los que se consultaban en Mesopotamia. En 2017, dos científicos británicos, Colin Humphreys y Graeme Waddington, propusieron que el texto recuerda un eclipse anular de sol del 30 de octubre del 1207 a. C., una hipótesis que muy pocos siguen. El texto no pretende describir un mecanismo.

Este pasaje fue el gran argumento bíblico contra Copérnico. En 1539, según los apuntes de sus comensales, Lutero se burló del astrónomo que pretendía que la tierra gira: la Escritura, dijo, cuenta que Josué mandó detenerse al sol, no a la tierra. Galileo dedicó a Josué buena parte de su carta a Benedetto Castelli (1613) y de su *Carta a Cristina de Lorena* (1615): la Escritura no puede errar, escribía, pero sí sus intérpretes, y el Espíritu Santo, según una frase que atribuía al cardenal Baronio, quiso enseñarnos «cómo se va al cielo, y no cómo va el cielo». Llegó a sostener, con un argumento ingenioso, que el texto encajaba mejor con el sistema de Copérnico que con el de Ptolomeo. En 1616, la Congregación del Índice declaró contraria a la Escritura la doctrina del movimiento de la tierra, y en 1633 Galileo fue condenado.

La Iglesia aprendió de aquel error. León XIII recordó que los escritores sagrados no quisieron enseñar la constitución íntima de la naturaleza y que el autor sagrado, como decía santo Tomás, «se guía por lo que aparece sensiblemente» (*Providentissimus Deus*, 1893). Pío XII pidió atender a los géneros literarios y a los modos de hablar de los antiguos orientales (*Divino afflante Spiritu*, 1943), y el Vaticano II enseñó que la Escritura transmite sin error la verdad que Dios quiso consignar «para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, nn. 11-12). En 1992, san Juan Pablo II reconoció ante la Academia Pontificia de las Ciencias que la mayoría de

los teólogos de entonces no distinguía entre la Escritura y su interpretación, y que Galileo, creyente sincero, fue en esto más perspicaz que sus adversarios. La fe y la razón no pueden contradecirse, porque vienen del mismo Dios (Catecismo, n. 159; ver el ensayo del capítulo 1 del Génesis).

Seguimos diciendo que el sol sale y se pone sin negar la astronomía: es el lenguaje de la experiencia, el del poema. Lo que el texto enseña está en su última línea: Dios escucha la voz de un hombre y pelea por su pueblo. Torres Amat lo resumía en una nota: «Tal es la eficacia de la oración». Orígenes dio un paso más: Jesús, el nuevo Josué, también ha alargado el día, porque retiene el fin del mundo hasta que entren en la Iglesia todas las naciones, y mientras dura ese día no se pone en el corazón de los creyentes el «sol de justicia» (Mal 3,20; *Homilías sobre Josué* 11,3).

PAUSA

1. Josué acudió a socorrer a quienes lo habían engañado, porque había dado su palabra. ¿Cumples tus compromisos aunque te cuesten?
2. «El Señor escuchó la voz de un hombre». ¿Con qué confianza le hablas a Dios en medio de tus batallas?
3. Galileo distinguía entre la Escritura y sus intérpretes. ¿Te ayuda la fe a buscar la verdad sin miedo, también en la ciencia?

Para orar. *Señor, que peleas por tu pueblo, escucha mi voz y no dejes que se ponga en mí el sol de tu gracia.*

11

Asor y la campaña del norte

Después del sur, el norte. Jabín, rey de Asor, la ciudad más poderosa de Canaán, reúne a los reyes de Galilea y de la costa en un ejército «como la arena de las orillas del mar». El capítulo tiene tres partes: la coalición del norte (vv. 1-5), la batalla de las aguas de Merom y el incendio de Asor (vv. 6-15) y un resumen de toda la conquista, con la derrota de los enaceos (vv. 16-23). Termina con dos frases que el resto del libro matizará: «Conquistó, pues, Josué toda la tierra» y «cesó la guerra del país». El ensayo del capítulo trata de cómo leer hoy estas guerras.

La coalición de Jabín

1 Al oír esto Jabín, rey de Asor [1],
envió mensajeros a Jobab, rey de Madón,
y al rey de Semerón, y al rey de Acsaf;
2 y a los reyes del norte, que habitaban en las montañas
y en las llanuras al mediodía de Cenerot [2];
asimismo a los de las campiñas y de las regiones de Dor en la costa del mar,
3 y a los cananeos del oriente y del occidente,
y a los amorreos, y heteos, y ferezeos, y jebuseos de las montañas,
e igualmente a los heveos que habitaban en las faldas del monte Hermón [3]
en el territorio de Masfa.
4 Se pusieron todos en marcha con sus tropas,
habiéndose juntado un gentío innumerable como la arena de las orillas del

mar [4], y una multitud inmensa de caballos y carros. [5] Todos estos reyes se reunieron cerca de las aguas de Merom [5] para pelear contra Israel.

Las aguas de Merom y el incendio de Asor

[6] Dijo entonces el Señor a Josué: No los temas; porque mañana a esta misma hora yo te entregaré todos ésos para que sean pasados a cuchillo a vista de Israel: harás desjarretar sus caballos y quemar sus carros [6]. [7] Vino, pues, Josué de repente con todo su ejército contra ellos hasta las aguas de Merom, y los acometió. [8] Y el Señor los entregó en manos de los israelitas, que los acuchillaron y fueron persiguiendo hasta la gran Sidón [7], y las aguas de Maserefot, y la campiña de Masfe, que yace a su oriente. De tal suerte los destrozó, que no dejó alma viviente de ellos; [9] y ejecutó lo que le había mandado el Señor, de desjarretar los caballos y quemar los carros.

[10] Dio luego la vuelta, y tomó a Asor, y degolló a su rey. Pues Asor de tiempo antiguo tenía el principado entre todos estos reinos [8]. [11] Y pasó a cuchillo toda la gente que allí moraba, sin dejar persona viviente, sino que todo lo devastó enteramente, y a la ciudad misma la redujo a cenizas [9].

[12] Y se apoderó de todas las ciudades cercanas y de sus reyes; y las pasó a cuchillo y arrasó, como se lo había manda-

do el siervo de Dios, Moisés. 13 Quemó Israel todas las ciudades, menos las situadas en los collados y alturas [10]: de éstas solamente Asor, ciudad muy fuerte, fue abrasada del todo. 14 Y los hijos de Israel repartieron entre sí todos los despojos y los ganados de estas ciudades, después de haber quitado la vida a todos los habitantes. 15 Según el Señor lo tenía mandado a su siervo Moisés, así también Moisés se lo mandó a Josué, y éste lo cumplió todo: no omitió ni un ápice [11] de todos los mandamientos que había dado el Señor a Moisés.

Resumen de la conquista

16 Conquistó, pues, Josué todo el país montuoso meridional, y la tierra de Gosén, y la llanura, y la parte occidental, y el monte de Israel, y sus campiñas; 17 y parte de la cordillera que se levanta hacia Seir hasta Baalgad [12], sobre la llanura del Líbano, a la falda del monte Hermón; habiendo cogido, herido y quitado la vida a todos sus reyes. 18 Duró mucho tiempo la guerra de Josué contra los reyes [13]; 19 pues no hubo ciudad que de suyo se rindiese a los hijos de Israel, fuera de los heveos que habitaban en Gabaón [14]: todas las conquistó a la fuerza. 20 Porque había decretado Dios el dejar que el corazón de los ciudadanos se endureciese [15], y que peleasen contra Israel, y así fuesen destruidos, y no mereciesen clemencia alguna, sino que perecieran, como el Señor tenía mandado a Moisés.

21 Por aquel tiempo acometió Josué, y mató a los enaceos o
gigantes [16] de las montañas, y los desarraigó de Hebrón, y
Dabir, y Anab, y de todos los montes de Judá y de Israel,
asolando sus ciudades. 22 Ni uno siquiera dejó de la raza de
los enaceos en la tierra de los hijos de Israel; sino los que
quedaron en las ciudades de Gaza, y de Get y de Azoto [17].
23 Conquistó, pues, Josué toda la tierra [18], como el Señor
lo dijo a Moisés, y entregósela en posesión a los hijos de Is-
rael, repartiéndola por sus tribus. Y cesó la guerra del
país.

¿Sabías que?

Asor fue la gran excavación de los primeros años del Estado de Israel. Yigael Yadin, que había sido jefe del Estado Mayor, la dirigió entre 1955 y 1958 y de nuevo en 1968, y en ella apareció, además de la ciudad cananea incendiada, una puerta de seis cámaras como las de Meguido y Gazer, que él atribuyó a Salomón (1 Re 9,15), y un gran pozo excavado en la roca para llegar al agua. Desde 1990 dirige las excavaciones Amnon Ben-Tor, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, con la participación de la Universidad Complutense de Madrid. En 2005, la UNESCO declaró Patrimonio de la Humanidad los «tels bíblicos» de Meguido, Asor y Bersabee.

El lenguaje de las victorias en el antiguo Oriente

Texto	Lo que proclama	Lo que pasó
Ramsés II h. 1274 a. C.	En Qadesh, el faraón casi solo vence a los hititas	Batalla indecisa; Qadesh siguió siendo hitita y hacia el 1259 a. C. se firmó la paz
Merneptah h. 1208 a. C.	«Israel está asolado, su simiente ya no existe»	Israel sobrevivió; es su primera mención fuera de la Biblia
Mesa de Moab h. 840 a. C.	«Israel ha perecido para siempre»	El reino de Israel duró hasta el 722 a. C.
Senaquerib 701 a. C.	Ezequías, encerrado «como un pájaro en la jaula»	Jerusalén no fue tomada (2 Re 18–19)
Jos 10,40; 11,23	«Conquistó… toda la tierra»	Queda «una tierra dilatadísima» (13,1; 15,63; 16,10)
Jos 10,20	«No dejar casi uno con vida»	Los que escapan se refugian en sus ciudades
Jos 10,36-39	Hebrón y Dabir, arrasadas	Las conquistan Caleb y Otoniel (15,13-17)
Jue 1	Después de Josué	Lista de las ciudades que las tribus no conquistaron

Las citas traducen la versión inglesa de J. B. Pritchard (*Ancient Near Eastern Texts*). K. Lawson Younger (*Ancient Conquest Accounts*, 1990) mostró que Jos 9–12 comparte con los relatos de conquista egipcios, hititas y asirios sus fórmulas fijas y sus victorias totales: es el lenguaje de un género, no un recuento. Ver el ensayo del capítulo 11.

PARA PROFUNDIZAR

Las guerras del Señor: cómo leer hoy la conquista

Los capítulos 10 y 11 terminan con frases que hieren al lector cristiano: Josué «no dejó allí cosa con vida», «como se lo tenía mandado el Señor» (10,40); Dios endureció el corazón de los cananeos para que «fuesen destruidos» (11,20); Josué lo cumplió todo sin omitir «ni un ápice» (11,15). Sería deshonesto pasarlas por alto, y también justificarlas. El ensayo del capítulo 7 del Deuteronomio explica qué era el anatema; aquí se trata de leer el relato.

Lo primero es dejar hablar al libro entero. Apenas ha dicho que Josué «conquistó toda la tierra» (11,23), Dios le recuerda que queda «una tierra dilatadísima» (13,1-6). Los jebuseos siguen en Jerusalén y los cananeos en Gazer y en el norte (15,63; 16,10; 17,12-13), Josué advierte al despedirse contra las naciones que quedan (23,4-13), y los Jueces empiezan con la lista de lo que no se conquistó (Jue 1). Incluso en el capítulo 10, los enemigos exterminados «hasta el punto de no dejar casi uno con vida» se refugian en sus ciudades (10,20), el rey de Hebrón muere dos veces (10,26.37), y Hebrón y Dabir serán conquistadas de nuevo (15,13-17). Ya Orígenes lo había notado (ver nota a 11,23). Las fórmulas totales no son un inventario.

Son, en buena parte, el lenguaje de la guerra en el antiguo Oriente. Hacia el 1208 a. C., el faraón Merneptah proclamó que Israel estaba asolado y que su simiente ya no existía; hacia el 840 a. C., Mesa, rey de Moab, escribió que «Israel ha perecido para siempre». Los dos se equivocaban (ver el cuadro que sigue). K. Lawson Younger mostró que los capítulos 9–12 de Josué comparten con

los relatos de conquista asirios, hititas y egipcios sus fórmulas fijas, sus cifras redondas y sus victorias completas atribuidas al dios nacional. Pío XII ya pedía reconocer en la Biblia, como en los demás escritos antiguos, «ciertos modos de hablar hiperbólicos» (*Divino afflante Spiritu*, 1943). El endurecimiento de 11,20 pertenece al mismo modo de narrar, que atribuye a Dios lo que sucede en la historia para afirmar su señorío (Catecismo, n. 304; ver nota a 11,20).

La Pontificia Comisión Bíblica dedicó a estas páginas un párrafo entero (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 127). No son una crónica, dice: las murallas no caen al sonido de las trompetas, ni la tierra se reparte en paz echando suertes. La epopeya de la conquista debe leerse como «una especie de parábola», con personajes de valor simbólico: el triunfo del pequeño sobre el poderoso (Lc 1,52; 1 Cor 1,27), el juicio de Dios sobre crímenes gravísimos, como el sacrificio de los propios hijos (Dt 12,31), y Josué como «siervo del Señor» que ejecuta la justicia. Otras corrientes bíblicas corrigen esta con un «pacifismo explícito», y el conjunto debe entenderse «como una especie de símbolo», como las parábolas evangélicas del juicio (Mt 13,30.41-43). Hacer de él un programa político que justifique la violencia contra otros pueblos «debe rechazarse en cualquier caso sin medias tintas».

La enseñanza moral de la Iglesia va en la misma dirección. San Agustín formuló a propósito de este libro la definición clásica de la guerra justa, la que repara injusticias (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VI,10). El Catecismo la reduce a la legítima defensa con condiciones rigurosas (n. 2309) y enseña que «el exterminio de un pueblo, de una nación o de una minoría étnica debe ser con-

denado como un pecado mortal», y que destruir indiscriminadamente ciudades enteras con sus habitantes es «un crimen contra Dios y contra el hombre mismo» (nn. 2313-2314). El papa Francisco escribe que hoy es muy difícil hablar de una posible «guerra justa»: «¡Nunca más la guerra!» (*Fratelli tutti*, n. 258).

Cristo es la clave. Orígenes decía que Israel, antes de su venida, solo veía en estos libros guerras y sangre, pero que Cristo, nuestra paz, «nos enseña la paz con la misma lectura de las guerras» (*Homilías sobre Josué* 14,1): los enemigos que no hay que dejar con vida son la ira, la soberbia y la codicia, y las armas son las de la fe (Ef 6,10-17; 2 Cor 10,3-5). Jesús mandó volver la espada a la vaina (Mt 26,52) y reprendió a los discípulos que querían hacer bajar fuego del cielo (Lc 9,54-55). El Apocalipsis retoma la imagen del guerrero divino, pero su ropa está teñida en sangre antes del combate y su espada sale de su boca: es el Verbo de Dios, el Cordero degollado que vence muriendo (Ap 19,11-16; 5,6).

PAUSA

1. Jabín reunió un ejército innumerable contra Israel. ¿Qué enemigos interiores se coaligan contra ti, y en quién confías para vencerlos?
2. Israel debía desjarretar los caballos para no confiar en ellos. ¿Qué «carros y caballos» te dan una falsa seguridad?
3. ¿Cómo lees las páginas violentas de la Biblia: las evitas, las justificas o dejas que Cristo las ilumine?

Para orar. *Señor Jesús, que eres nuestra paz, vence en mí todo lo que se opone a ti y hazme instrumento de tu paz.*

12

Los reyes vencidos

El capítulo hace balance de la conquista con una lista: los dos reyes que Moisés venció al oriente del Jordán, Sehón y Og (vv. 1-6), y los treinta y un reyes que Josué derrotó al occidente (vv. 7-24), contados uno a uno, como en un registro. Muchos han aparecido en los capítulos anteriores; otros solo se nombran aquí, señal de que la lista recoge tradiciones más amplias que los relatos. Leída despacio, es un mapa de Canaán: la montaña, la Sefelá, los valles del norte y la costa. Y es memoria de los dones de Dios, como el salmo que canta a Sehón y a Og (Sal 136,17-22).

Los reyes vencidos por Moisés

1 Estos son los reyes a los cuales derrotaron los hijos de Israel, y cuya tierra poseyeron a la otra parte del Jordán, hacia el oriente, desde el torrente de Arnón hasta el monte Hermón, toda la región oriental que mira al desierto [1].
2 Sehón, rey de los amorreos, que habitó en Hesebón, reinó desde Aroer, ciudad situada sobre la ribera del torrente Arnón, y desde el medio del valle y mitad de Galaad hasta el torrente Jaboc [2], que parte términos con el país de los hijos de Amón; 3 y desde el desierto hasta el mar de Ceneret o Genezaret [3], hacia el oriente, y hasta el mar del desierto, que es el mar Salado o Muerto, a la parte orien-

tal, por el camino que va a Betsimot, y por la parte austral hasta Asedot, o los lugares bajos en las vertientes del Fasga.

4 El reino de Og, rey de Basán, residuo de los rafeos o gigantes [4], que habitaba en Astarot y en Edrai, se extendía
5 desde el monte Hermón y Saleca, y el distrito de Basán, hasta los términos de Gesuri y de Macati, y de la mitad de Galaad, y hasta confinar con Sehón, rey de Hesebón.
6 Moisés, siervo del Señor, y los hijos de Israel, derrotaron a los dos [5]; y Moisés entregó el dominio de sus tierras a las tribus de Rubén y de Gad y a la media tribu de Manasés.

Los treinta y un reyes de Canaán

7 Mas estos son los reyes del país, a quienes derrotó Josué, con los hijos de Israel, de esta otra parte del Jordán al poniente, desde Baalgad en la campiña del Líbano hasta la montaña, de la cual remata una parte en Seir: país que Josué repartió a las tribus de Israel por herencia, a cada una
8 su porción, tanto en los montes como en los valles y campiñas. Porque los heteos, los amorreos, los cananeos, los ferezeos, los heveos y los jebuseos habitaban en Asedot, y en el desierto, y hacia el mediodía.

9 Un rey de Jericó, un rey de Hai [6], la cual está a un lado de
10 Betel. Un rey de Jerusalén; un rey de Hebrón.
11 Un rey de Jerimot; un rey de Laquis.
12 Un rey de Eglón; un rey de

Gazer. [13] Un rey de Dabir; un rey de Gader. [14] Un rey de Herma; un rey de Hered [7]. [15] Un rey de Lebna; un rey de Odullam. [16] Un rey de Maceda; un rey de Betel [8].

[17] Un rey de Tafúa; un rey de Ofer. [18] Un rey de Afec; un rey de Sarón [9]. [19] Un rey de Madón; un rey de Asor. [20] Un rey de Semerón; un rey de Acsaf. [21] Un rey de Tenac; un rey de Mageddo [10]. [22] Un rey de Cades [11]; un rey de Jacanán del Carmelo. [23] Un rey de Dor y de la provincia de Dor; un rey de las gentes de Galgal [12]. [24] Un rey de Tersa; en todos treinta y un reyes [13].

¿Sabías que?

En 1887, unos campesinos de Tell el-Amarna, en Egipto, encontraron cerca de cuatrocientas tablillas de arcilla escritas en acadio: la correspondencia diplomática de los faraones Amenofis III y Ajenatón, hacia el 1360-1330 a. C. Muchas son cartas de los reyes de las ciudades de Canaán, varias de las cuales están en esta lista: Jerusalén, Gazer, Laquis, Asor y Mageddo. Se acusan unos a otros ante el faraón, le juran fidelidad y le piden tropas contra los apiru, gentes sin tierra que siembran el desorden. Abdi-Heba, rey de Jerusalén, se lamenta una y otra vez: «Perdidas están las tierras del rey».

PAUSA

1. La lista nombra uno a uno a los reyes vencidos. ¿Qué victorias de Dios en tu vida no quieres olvidar?
2. Muchos de esos nombres no tienen historia en el libro. ¿Qué obras de Dios en tu vida no has contado nunca a nadie?

Para orar. *Señor, que venciste por nosotros cuando nada podíamos, no dejes que olvide tus obras.*

13

La tierra que queda

Josué es ya anciano, y Dios le dice que todavía queda mucha tierra por conquistar: la costa de los filisteos, Fenicia y el Líbano (vv. 1-6). Aun así, le manda repartirla, porque el don precede a la posesión (v. 7). El resto del capítulo recuerda la heredad que Moisés había dado al oriente del Jordán (vv. 8-14): primero a Rubén (vv. 15-23), después a Gad y a la media tribu de Manasés (vv. 24-33). Dos veces se repite que Leví no recibió tierra, porque su herencia es el Señor (vv. 14 y 33). Comienza así la segunda parte del libro: el reparto de la tierra.

La tierra que queda por conquistar

[1] Era Josué anciano y de edad avanzada, cuando el Señor le
dijo: Tú estás viejo, y tienes ya muchos años; y queda por
conquistar y dividir en suertes una tierra dilatadísima [1].
[2] Es a saber, toda la Galilea [2], el territorio de los filisteos y
toda Gesuri, [3] desde el río turbio, que baña el Egipto [3],
hasta los términos de Accarón hacia el norte; la tierra de
Canaán dividida entre cinco reyezuelos de los filisteos [4], a
saber, el de Gaza, el de Azoto, el de Ascalón, el de Get y el
de Accarón. [4] (Al mediodía de los cuales están los heveos),
todo el país propiamente dicho de Canaán o la Fenicia [5], y
Maara de los sidonios hasta Afeca, y los términos de los

amorreos, [5] y sus confines; al oriente asimismo el territorio del Líbano, desde Baalgad al pie del monte Hermón hasta entrar en Emat [6]; [6] como el país de todos los que habitan en las montañas desde el Líbano hasta las aguas de Maserefot, con los sidonios todos. Yo soy el que los he de exterminar delante de los hijos de Israel [7]. Entre, pues, todo este país a ser parte de la herencia de Israel, como te lo tengo mandado. [7] Y reparte ahora la tierra que deben poseer las nueve tribus y la media tribu de Manasés.

La heredad de Moisés al otro lado del Jordán

[8] Ya que la otra mitad, y las tribus de Rubén y Gad han ocupado la tierra que les entregó Moisés, siervo del Señor, a la otra parte del río Jordán, hacia el oriente. [9] Desde Aroer, situada sobre la ribera del torrente Arnón, y en medio del valle; y la campiña toda de Medaba hasta Dibón; [10] y todas las ciudades de Sehón, rey de los amorreos, que reinó en Hesebón, hasta los términos de los hijos de Amón; [11] además Galaad, y las comarcas de Gesuri, y de Macati, y todo el monte Hermón y todo el territorio de Basán hasta Saleca; [12] todo el reino de Og en el país de Basán, el cual reinó en Astarot y en Edrai, y descendía de los rafeos o gigantes que quedaron. Porque Moisés derrotó esos pueblos, y los destruyó. [13] Verdad es que los hijos de Israel no quisieron exterminar a los de Gesuri y Macati [8]; y así han proseguido habitando en medio de Israel hasta el día presente.

14 A la tribu de Leví no le dio Moisés posesión alguna: pues
los sacrificios y las víctimas del Señor Dios de Israel son su
propia herencia [9], como el mismo Señor se lo había di-
cho.

Rubén

15 Moisés, pues, dio su porción correspondiente a la tribu
de los hijos de Rubén, según sus familias. 16 Y le fue señala-
do el territorio desde Aroer (situada sobre la ribera del to-
rrente Arnón, y en medio del valle en que está el mismo
torrente), toda la llanura que llega hasta Medaba; 17 y He-
sebón con todas sus aldeas esparcidas por la campiña; e
igualmente Dibón, y Bamot-Baal, y la ciudad de
Baalmaón [10], 18 y Jassa, y Cedimot, y Mefaat, 19 y Caria-
taim, y Sabama y Saratasar en el monte del valle;
20 Betfogor y Asedot, Fasga [11] y Betiesimot,

21 y todas las ciudades de la campiña, y los dominios todos
de Sehón rey de los amorreos, que reinó en Hesebón, a
quien destrozó Moisés, como también a los príncipes de
Madián, Hevi, y Recem, y Sur, y Hur, y Rebe, capitanes del
ejército de Sehón, y moradores de aquella tierra. 22 (Los hi-
jos de Israel pasaron también a cuchillo como a todos los
demás, al adivino Balaam, hijo de Beor [12]). 23 En fin, el río
Jordán vino a ser el término de los hijos de Rubén; esta es
la tierra y las ciudades, y aldeas que se distribuyeron a los
rubenitas, según sus familias.

Gad y la media tribu de Manasés

24 Asimismo a la tribu de Gad [13] y a sus hijos divididos en
sus familias, dio Moisés la tierra que debían poseer; cuya
partición es esta: 25 El distrito de Jaser y todas las ciudades
de Galaad, y la mitad del país de los hijos de Amón hasta
Aroer, ciudad fronteriza de Rabba; 26 y desde Hesebón has-
ta Ramot, Masfe y Betonim: y desde Manaim [14] hasta los
confines de Dabir. 27 En el valle de Betarán, y Betnemra, y
Socot, y Safón, resto del reino de Sehón, rey de Hesebón:
el Jordán es también el límite de esta partición, hasta el
cabo del mar de Ceneret o Genezaret, que está a la otra
parte del Jordán, hacia el oriente. 28 Esta es la tierra de los
hijos de Gad, sus ciudades y aldeas, repartido todo entre
sus familias.

29 Dio también Moisés a la media tribu de Manasés y a sus
hijos la tierra que debía poseer, repartida entre sus fami-
lias. 30 La cual principiando en Manaim abraza todo Ba-
sán, y todos los dominios de Og, rey de Basán, y todas las
aldeas de Jair [15] que pertenecen a Basán en número de se-
senta poblaciones. 31 Y la mitad de Galaad, y Astarot, y
Edrai, ciudades del reino de Og en Basán: todo esto fue
dado a los hijos de Maquir, hijo de Manasés, esto es, a la
mitad de los hijos de Maquir, según sus familias. 32 Estas
son las posesiones que repartió Moisés en las campiñas de
Moab a la otra parte del Jordán, en frente de Jericó, hacia

el oriente. [33] Mas a la tribu de Leví no le dio porción ninguna de tierra; porque el Señor Dios de Israel, él mismo es su herencia, como se lo tiene dicho.

¿Sabías que?

En 1996, en Tel Miqne, al suroeste de Jerusalén, los arqueólogos Seymour Gitin y Trude Dothan hallaron en las ruinas de un templo una inscripción de cinco líneas: el templo lo había construido «Aquis, hijo de Padi», gobernante de Ecrón, para su diosa. La piedra confirmó que Tel Miqne es Accarón (Ecrón), una de las cinco ciudades filisteas de 13,3. Padi es el rey de Ecrón que nombran los anales de Senaquerib en el 701 a. C., y Aquis es el nombre del rey filisteo de Get que acogió a David cuando huía de Saúl (1 Sam 27,2).

La tierra prometida y la tierra repartida

Texto	Límites	Observación
Gn 15,18-21	Del río de Egipto al Éufrates	La promesa a Abrahán
Éx 23,31	Del mar Rojo al de los filisteos, del desierto al río	Se dará «poco a poco» (23,30)
Nm 34,1-12	De Cades Barnea a Lebó-Jamat	Canaán, sin Transjordania
Dt 11,24; Jos 1,4	Del desierto y el Líbano al Éufrates y al mar	El encargo a Moisés y a Josué
Jos 13,1-6	Filistea, Fenicia, el Líbano	Lo que quedaba por conquistar
Jos 21,43-45	«Toda la tierra»	Ninguna promesa quedó sin efecto
Jue 3,1-4	Filisteos, sidonios, heveos	Dejados «para probar a Israel»
Jue 20,1	«Desde Dan hasta Bersabee»	La tierra habitada: unos 240 km
1 Re 5,1	Del Éufrates a la frontera de Egipto	El dominio de Salomón (4,21 en otras Biblias)
Ez 47,13-20	De Lebó-Jamat al torrente de Egipto	La tierra de la restauración
Heb 11,13-16	«La celestial»	La patria que buscaban los patriarcas

La tierra de la promesa es más amplia que cualquier tierra que Israel poseyó, y la Biblia la deja abierta: si Josué hubiera dado el descanso, no hablaría la Escritura de otro día (Heb 4,8-9).

PAUSA

1. Josué, ya anciano, oye que todavía queda mucho por conquistar. ¿Qué te queda a ti por entregar a Dios, tengas la edad que tengas?
2. Gesuri y Macati se quedaron porque Israel «no quiso» desalojarlos. ¿Qué tolerancias consientes que luego te pesan?
3. La herencia de Leví era el Señor mismo. ¿Es Dios tu verdadera riqueza?

Para orar. *Señor, tú eres la parte de mi herencia: que no busque otra tierra que tu voluntad.*

14

Caleb recibe Hebrón

Empieza el reparto de la tierra de Canaán. Los vv. 1-5 presentan a los que la distribuyen, el sacerdote Eleazar, Josué y los jefes de las tribus, y el método: por suertes, como el Señor lo había ordenado. Antes de que se eche la primera, se adelanta un anciano de ochenta y cinco años, Caleb, el explorador que cuarenta y cinco años atrás había confiado en Dios cuando todos temblaban, y reclama la montaña de los gigantes que Moisés le había prometido (vv. 6-15). Josué lo bendice y le entrega Hebrón. La fidelidad de un hombre recibe su herencia antes que nadie.

El reparto por suertes

1 Esto es lo que poseyeron los hijos de Israel en la tierra de
Canaán, según la repartición que hicieron el sumo sacer-
dote Eleazar, y Josué, hijo de Nun [1], y los príncipes de las
familias en cada una de las tribus de Israel:
2 distribuyéndolo todo por suerte [2] entre las nueve tribus
y media, como el Señor lo había ordenado a Moisés. 3 Pues
que a las otras dos tribus y media les tenía dado ya Moisés
su porción a la otra parte del Jordán: sin contar con los le-
vitas, quienes no recibieron porción alguna de tierra entre
sus hermanos, 4 sino que entraron en su lugar los hijos de
José, Manasés y Efraín, divididos en dos tribus [3]: ni tuvie-

ron los levitas en la tierra otra porción de ciudades para habitar, y sus ejidos o campos vecinos [4], para mantener sus bestias y ganados. [5]Como el Señor lo había mandado a Moisés, así lo ejecutaron los hijos de Israel, y se repartieron la tierra de Canaán.

La petición de Caleb

[6]Con esta ocasión se presentaron a Josué en Gálgala, los hijos de Judá, y Caleb, hijo de Jefone cenezeo [5], le habló de esta manera: Tú sabes lo que acerca de mí y de ti dijo el Señor en Cadesbarne a Moisés, varón de Dios [6]. [7]Cuarenta años tenía yo cuando me envió Moisés, siervo del Señor, desde Cadesbarne a reconocer la tierra, y le referí lo que me parecía verdad [7]. [8]Pero mis hermanos, los que fueron conmigo, desanimaron al pueblo. Eso no obstante, yo seguí el partido del Señor mi Dios [8]; [9]por lo que Moisés juró en aquel día diciendo: La tierra que pisaron tus pies [9], será posesión tuya y de tus hijos perpetuamente, por cuanto has seguido al Señor Dios mío.

[10]Así el Señor me ha conservado la vida, como lo prometió, hasta el día presente. Cuarenta y cinco años ha que dio el Señor esta orden a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto: hoy tengo ochenta y cinco años [10], [11]con tan robusta salud [11] como la que tenía en aquel tiempo en que fui enviado al reconocimiento: el vigor de entonces dura en mí hasta hoy, tanto para hacer la guerra como para ca-

minar. [12] Dame, pues, esa montaña, o territorio montuoso [12], que oyéndolo tú mismo, me prometió el Señor donde hay aún enaceos o gigantes y ciudades grandes y fuertes, por ver si el Señor me ayuda, como espero, y puedo dar cabo de ellos, como me lo tiene prometido.

[13] Le bendijo entonces Josué [13], y le entregó la posesión de Hebrón. [14] Y desde aquel tiempo Hebrón fue de Caleb, hijo de Jefone cenezeo, hasta el día de hoy, por haber seguido al Señor Dios de Israel. [15] Hebrón se llamaba antiguamente Cariat-Arbe; allí está enterrado Arbe, el hombre mayor entre los enaceos [14] o gigantes. Y cesaron por entonces las guerras en la tierra de Canaán [15].

¿Sabías que?

En muchos crucifijos y cuadros de la crucifixión aparece una calavera al pie de la cruz. Es la de Adán: según una tradición antigua, que recoge ya Orígenes, el primer hombre fue enterrado en el Calvario, para que, como dice san Pablo, así como en Adán mueren todos, en Cristo todos sean vivificados (1 Cor 15,22). En la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, bajo la roca del Gólgota, se venera todavía la capilla de Adán. San Jerónimo no lo creía: la llamaba una interpretación agradable a los oídos del pueblo, pero no verdadera, porque Adán, decía, fue sepultado junto a Hebrón, «como leemos en el libro de Jesús, hijo de Nave» (*Comentario a Mateo* 27,33). Se apoyaba en su propia traducción de 14,15.

PAUSA

1. Caleb siguió al Señor «del todo» durante cuarenta y cinco años. ¿Qué parte de tu vida sigues reservando para ti?
2. A los ochenta y cinco años pidió la montaña más difícil. ¿Qué tarea te está pidiendo Dios que no te atreves a aceptar?
3. Caleb dijo «quizá el Señor esté conmigo». ¿Cómo unes en tu vida la confianza y la humildad?

Para orar. *Señor, dame un corazón como el de Caleb, que te siga del todo hasta la vejez.*

15

La heredad de Judá

Con este capítulo empieza el reparto de la tierra al oeste del Jordán, y empieza por Judá, la tribu de David. Tiene tres partes: las fronteras de Judá, trazadas como una línea que va de un mojón a otro (vv. 1-12); un relato breve y vivo, en el que Caleb conquista Hebrón y Dabir y su hija Axa le pide fuentes de agua (vv. 13-19), y la lista de ciudades por regiones, del Négueb al desierto de Judá (vv. 20-62). Termina con una confesión: los jebuseos siguieron en Jerusalén (v. 63). Detrás de cada nombre está la promesa hecha a Abrahán, que ahora tiene lugares concretos.

Las fronteras de Judá

1 Ahora, pues, la porción que tocó por suerte a los hijos de
Judá [1], según sus familias, fue esta: desde donde termina
la Idumea, el desierto de Tsin, hacia el mediodía, y hasta
la extremidad del lado meridional. 2 Su principio es desde
la punta del mar Salado, y desde la lengua de éste que mira
al mediodía [2], 3 y se extiende hacia la subida del
Escorpión [3], y pasa hasta el Sina o Tsin: de allí sube a Ca-
desbarne, y llega a Esrón, avanzándose hacia Addar, y
dando vuelta a Carcaa; 4 y de allí pasando hacia Asemona,
llega hasta el torrente de Egipto [4], y termina en el mar

grande. Estos son los límites del territorio de Judá por el lado del mediodía.

5 Por la parte oriental el principio será el mar Salado o
Muerto hasta la extremidad del Jordán; por la del norte
desde la lengua que forma el mismo mar hasta las corrien-
tes de dicho río, 6 y tocan sus confines en Bet-Hagla, y pa-
sando por el norte a Bet-Araba, suben hasta la piedra de
Boén, hijo de Rubén. 7 Y siguen caminando hasta los confi-
nes de Débera en el valle de Acor, mirando hacia el norte
contra Gálgala, la cual está enfrente de la subida de
Adommim [5] por la parte austral del torrente, y pasan di-
chos límites de Judá las aguas llamadas Fuente del Sol, y
vienen a salir a la Fuente de Rogel.

8 De aquí suben por el valle del hijo de Ennom [6], arrimán-
dose al lado meridional de los jebuseos, donde está la ciu-
dad de Jerusalén, subiendo de allí hasta la cumbre del
monte Moria [7], que está enfrente de Geennom, al occi-
dente, en la extremidad del valle de Rafaim o de los gigan-
tes, hacia el norte, 9 bajando de la cima del monte hasta la
fuente de Neftoa, y llegan hasta las aldeas del monte
Efrón; y descienden hacia Baala, que es Cariatiarim, esto
es, ciudad de los bosques [8]; 10 y desde Baala van rodeando
hacia el occidente hasta el monte Seir, y por el norte se
arriman al lado del monte Jarim hacia Queslón, de donde
descienden a Betsamés, y pasan hasta Tamna; 11 llegan has-

ta el lado septentrional de Accarón, se inclinan hacia Secrona, y pasan el monte Baala, y arribando a Jebneel, quedan cerrados por el occidente en el mar Mediterráneo. [12] Estos son por todos lados los términos de los hijos de Judá, según sus familias.

Caleb, Otoniel y Axa

[13] Mas a Caleb, hijo de Jefone, dio Josué en posesión particular en medio de los hijos de Judá, como le había mandado el Señor, la ciudad de Cariat-Arbe, padre de Enac, la misma que Hebrón. [14] Y Caleb exterminó de ella a tres hijos de Enac [9], Sesai, Ahimán y Tolmai, que habían quedado de la raza de Enac. [15] Y avanzando desde allí, llegó a los habitantes de Dabir, que antes se llamaba Cariat-Sefer, esto es, ciudad de las letras [10]. [16] Aquí dijo Caleb: A quien asaltare a Cariat-Sefer, y se apoderare de ella, yo le daré por mujer a mi hija Axa. [17] Y la tomó Otoniel, hijo de Cenez, hermano menor de Caleb [11]; y le dio éste por mujer a su hija Axa.

[18] A la cual caminando juntos, aconsejó el marido que pidiera a su padre una heredad. Axa pues, yendo sentada en su asno, dio un suspiro [12], y Caleb le dijo: ¿Qué tienes? [19] A lo que respondió ella: Dame tu bendición, y concédeme una gracia. Me has dado una tierra de secano hacia el mediodía; agrégame otra de regadío. Y Caleb le dio otra heredad, colina y vega, todo regadío [13].

Las ciudades de Judá

20 Esta es la posesión de la tribu de Judá, según sus familias.

21 Las ciudades de los hijos de Judá [14] en las extremidades
meridionales por las fronteras de Idumea, eran: Cabseel, y
Eder, y Jagur, 22 y Cina, y Dimona, y Adada, 23 y Cades, y
Asor, y Jetnam, 24 Zif, y Telem, y Balot, 25 Asor la nueva, y
Cariot, Hesrón, la misma que Asor, 26 Amán, Sama y Mola-
da, 27 Asergadda, y Hasemón, y Betfelet, 28 y Hasersual, y
Bersabee, y Baziotia, 29 y Baala, y Jim, y Esem, 30 y Eltolad,
y Cesil, y Harma, 31 y Siceleg, y Medemena, y Sensenna,
32 Lebaot, y Selim, y Aen, y Remón; entre todas veintinue-
ve ciudades y sus aldeas.

33 En las llanuras Estaol, y Sarea, y Asena, 34 y Zanoe, y En-
gannim, y Tafúa, y Enaim, 35 y Jerimot, y Adullam, Soco, y
Azeca [15], 36 y Saraim, y Aditaim, y Gedera, y Gederotaim;
catorce ciudades y sus aldeas. 37 Sanan, y Hadasa, y Mag-
dalgad, 38 Delean, y Masefa, y Jectel, 39 Laquis [16], y Bascat,
y Eglón, 40 Quebbón, y Lehemán, y Cetlis, 41 y Giderot, y
Betdagón, y Naama, y Maceda: diez y seis ciudades y sus
aldeas. 42 Labana, y Eter, y Asán. 43 Jefta, y Esna, y Nesib,
44 y Ceila, y Aczib, y Maresa: nueve ciudades y sus aldeas.

45 Accarón con sus aldeas y lugarcillos [17]. 46 Desde Accarón
hasta el mar todo el país que mira hacia Azoto con sus de-
pendencias. 47 Azoto con sus villas y cortijos. Gaza con sus

villas y alquerías hasta el torrente de Egipto, y el mar grande o Mediterráneo es su término.

48 Y en los montes: Samir, y Jeter, y Socot, 49 y Danna, y
Cariatsenna, que es Dabir, 50 Anab e Istemo, y Anim,
51 Gosén, y Olón, y Gilo: once ciudades y sus aldeas. 52 Arab,
y Ruma, y Esaán, 53 y Janum, y Bettafúa, y Afeca.
54 Atmata, y Cariat-Arbe, que es Hebrón, y Sior: nueve ciudades y sus aldeas. 55 Maón, y Carmel, y Zif, y Jota,
56 Jezrael, y Jucadam, y Zanoe, 57 Accain, Gabaa, Tamna:
diez ciudades y sus aldeas. 58 Halul, y Bessur, y Gedor,
59 Maret, y Betanot, y Eltecón: seis ciudades y sus aldeas [18]. 60 Cariatbaal, la misma que Cariatiarim, o ciudad de las selvas, y Arebba: dos ciudades y sus aldeas.

61 En el desierto, Betaraba, Meddín y Sacaca, 62 y Nebsán, y
ciudad de Sal, y Engaddi [19]: seis ciudades y sus aldeas.

63 Pero a los jebuseos que habitaban en Jerusalén, no pudieron exterminarlos los hijos de Judá [20]; y así el jebuseo prosiguió habitando en Jerusalén, con los hijos de Judá, hasta el presente.

¿Sabías que?

En lo alto de la colina de Quiryat-Yearim (v. 9), sobre el pueblo árabe de Abu Gosh, se levanta desde 1924 la iglesia de Nuestra Señora del Arca de la Alianza, construida sobre las ruinas de una basílica bizantina del siglo V, de la que se conserva parte del mosaico. Una gran estatua de la Virgen con el Niño en brazos corona el edificio. El título recoge una antigua lectura cristiana: como el arca llevaba la presencia de Dios, María llevó en su seno al Hijo de Dios, y san Lucas cuenta su visita a Isabel con ecos del traslado del arca por David (Lc 1,39-56; 2 Sam 6,9-11). Las letanías de la Virgen la invocan como «Arca de la Alianza».

Las ciudades de Judá por regiones

Región	Versículos	Ciudades destacadas
Négueb	15,21-32	Bersabee, Siceleg, Harma, Cariot
Sefelá I	15,33-36	Estaol, Sarea, Adullam, Soco, Azeca
Sefelá II	15,37-41	Laquis, Eglón, Maceda
Sefelá III	15,42-44	Labana, Ceila, Maresa
Costa filistea	15,45-47	Accarón, Azoto, Gaza
Montaña I	15,48-51	Dabir (Cariatsenna), Socot, Anab
Montaña II	15,52-54	Hebrón (Cariat-Arbe)
Montaña III	15,55-57	Maón, Carmel, Zif, Jezrael
Montaña IV	15,58-59	Halul, Bessur
Solo en griego	tras 15,59	Tecoa, Efratá «que es Belén», Etam
Montaña V	15,60	Cariatiarim, Arebba
Desierto	15,61-62	Ciudad de Sal, Engaddi

El hebreo agrupa las ciudades en once distritos, y la versión griega añade uno más (la cuenta varía según cómo se agrupen las ciudades filisteas). A. Alt (1925) vio en ellos los distritos administrativos del reino de Judá, quizá bajo Josías; otros los fechan antes. Jerusalén no figura en la lista: queda en la frontera, en manos de los jebuseos (15,8.63).

El reparto de la tierra entre las tribus

Tribu	Dónde	Cita
Rubén	Al este del mar Muerto, del Arnón a Hesebón	13,15-23
Gad	Galaad, al este del Jordán	13,24-28
½ Manasés	Al este: Basán y el norte de Galaad	13,29-31
Judá	El sur, del desierto de Tsin a Jerusalén	15
Efraín	El centro de la montaña, con Silo y Bet-Horón	16,5-10
½ Manasés	Al oeste: hasta Jezrael y el Carmelo	17,1-13
Benjamín	Entre Judá y José: Jericó, Gabaón, Jebús	18,11-28
Simeón	Dentro de Judá, en el Négueb	19,1-9
Zabulón	Baja Galilea, junto a Nazaret	19,10-16
Isacar	El valle de Jezrael y el Tabor	19,17-23
Aser	La costa, del Carmelo hacia Sidón	19,24-31
Neftalí	Alta Galilea y la orilla oeste del lago	19,32-39
Dan	Junto a Joppe; después, Lesem, al norte	19,40-48
Leví	Sin territorio: cuarenta y ocho ciudades	13,14; 21

Moisés repartió la tierra al este del Jordán (cap. 13); Josué echó las suertes de Judá y de José en Gálgala (caps. 14–17) y las de las otras siete tribus en Silo (caps. 18–19). El orden no es el de las bendiciones de Jacob y de Moisés (ver Gn 49 y Dt 33): Judá y José van primero.

PARA PROFUNDIZAR

Listas de nombres: ¿para qué?

Quien lee la Biblia de corrido se detiene aquí desconcertado. El capítulo 15 nombra más de un centenar de ciudades, y los siguientes otras tantas, con fronteras que «suben», «pasan» y «ba-

jan» de un mojón a otro. ¿Qué hacen estas páginas, que parecen un catastro, en un libro sagrado? La primera respuesta está en la promesa. Dios había dicho a Abrahán: «Esta tierra la daré a tu descendencia» (Gn 12,7). Una promesa así podía quedarse en palabras grandes; estas listas muestran que se cumplió en lugares con nombre: un pozo en Bersabee, una fuente en Rogel, un cerro sobre el valle de Ennom. La tierra no se describe como una idea, sino como un regalo recibido palmo a palmo y «por suerte» (15,1), de manos de Dios.

En estos capítulos hay dos clases de texto. Una es la descripción de fronteras, una línea que enlaza puntos del paisaje (15,1-12; 18,12-20). La otra es la lista de ciudades agrupadas por distritos, cada uno con su total (15,21-62; 18,21-28; 19). Los estudiosos piensan que proceden de documentos distintos. En 1925, el alemán Albrecht Alt observó que las ciudades de Judá forman unos doce distritos, si se cuenta el que añade la versión griega, y propuso que la lista reproducía la administración del reino de Judá en tiempos de Josías, en el siglo VII a. C.; en 1956, F. M. Cross y G. E. Wright la situaron en el siglo IX, bajo Josafat. No hay acuerdo, pero casi todos ven en ellas una ventana a la época de los reyes, que organizaban así el país para los impuestos o la leva. Las ciudades filisteas (15,45-47), que Judá no dominó nunca de verdad, recuerdan que la lista describe la tierra prometida más que la poseída.

Leídas con atención, las listas conservan huellas de su historia. Los totales no siempre cuadran: el v. 32 habla de veintinueve ciudades donde se cuentan treinta y siete nombres, y el v. 36 de catorce donde hay quince. Y falta Belén. La versión griega conserva

después del v. 59 un distrito de once ciudades, con Tecoa y «Efratá, que es Belén», que el texto hebreo perdió probablemente por un salto del copista. La ciudad de David y de Jesús (Miq 5,1; Mt 2,6) sobrevive en la lista de Judá gracias a los traductores griegos. Y el capítulo se cierra con una confesión que ningún catastro oficial haría: Jerusalén no fue conquistada (15,63).

Los Padres se hicieron la misma pregunta que el lector de hoy. Orígenes sabía que sus oyentes se aburrían con estos capítulos, y les respondió con una comparación atrevida: si, según los paganos, ciertos conjuros actúan aunque quien los oye no los entienda, mucho más los nombres de la Escritura; las potencias buenas que nos acompañan se alimentan de ellos aunque no los comprendamos, y quien llegue a la verdadera «tierra santa» entenderá el sentido de cada herencia (Homilías sobre Josué 20,1). La página se conservó también en griego, en la Filocalia de san Basilio y san Gregorio Nacianceno (cap. 12), bajo un título que lo dice todo: que no se desanime en la lectura quien no entiende lo oscuro de la Escritura. San Jerónimo vio en Josué, que reparte la tierra ciudad por ciudad, monte por monte y torrente por torrente, un dibujo de los reinos espirituales de la Jerusalén celestial, que es la Iglesia (Carta 53,8); Torres Amat recoge esa idea en su advertencia al libro.

Hoy podemos añadir otra razón. Estos nombres han guiado a peregrinos y arqueólogos desde que Eusebio de Cesarea compuso, en el siglo IV, su Onomástico de los lugares bíblicos, que san Jerónimo tradujo al latín. Muchos sobreviven, apenas cambiados, en nombres árabes de aldeas y ruinas, y han permitido identificar Laquis, Bersabee o Engaddi. Las listas anclan así la fe bíblica

en la geografía y en la historia: el Dios de Israel no actúa en un tiempo mítico, sino en lugares que se pueden visitar. La Encarnación llevará esta lógica hasta el final: el Hijo de Dios nació en Belén de Judea y creció en una aldea de Galilea.

Leer despacio estas páginas es un ejercicio de fe: enseñan que Dios cumple sus promesas en lo concreto, que el don se agradece aunque quede todavía tierra por conquistar, y que cada uno tiene su parte en la heredad del Señor: «En delicioso sitio me cupo la suerte; hermosa es, a la verdad, la herencia que me ha tocado» (Sal 16,6).

PAUSA

1. Las listas dicen que Dios cumple sus promesas en lugares concretos. ¿En qué lugares de tu vida has visto cumplirse una promesa de Dios?
2. Axa pidió sin miedo lo que necesitaba. ¿Te atreves a pedirle a Dios con esa confianza?
3. El capítulo termina reconociendo lo que no se logró. ¿Qué «jebuseos» siguen viviendo en tu corazón?

Para orar. *Señor, que reciba mi parte como un regalo tuyo y sepa pedirte también las fuentes que me faltan.*

16

La heredad de Efraín

Después de Judá, la suerte toca a «los hijos de José», que forman dos tribus: Efraín y Manasés, los hijos de José que Jacob adoptó como suyos (Gn 48,5). El capítulo da primero la frontera sur de las dos juntas, de Jericó al Mediterráneo (vv. 1-4), y después los límites de Efraín, en el centro de la montaña, el corazón del futuro reino del norte (vv. 5-9). A diferencia de Judá, no hay lista de ciudades. Y otra vez una confesión final: los cananeos de Gazer no fueron expulsados, y siguieron viviendo en medio de Efraín como tributarios (v. 10).

La frontera de los hijos de José

[1] A los hijos de José tocó por suerte [1] el territorio desde el
Jordán enfrente de Jericó y desde sus aguas [2], hacia el
oriente, hasta el desierto que sube de Jericó al monte de
Betel; [2] y su línea tira de Betel a Luza [3], y atraviesa la co-
marca de Arci [4] hacia Atarot, [3] y baja por el occidente to-
cando los términos de Jefleti hasta entrar en la comarca de
Bet-Horón de abajo [5], y de Gazer, y sus límites terminan
en el mar grande o Mediterráneo. [4] Estas son en general
las regiones que poseyeron los hijos de José, Manasés y
Efraín.

Las fronteras de Efraín

5 El distrito de los hijos de Efraín [6] repartido entre sus familias y la posesión de éstos, vino a ser hacia el oriente
desde Atarot-Addar hasta Bet-Horón de arriba; 6 y sus confines se extienden hasta el mar. La línea por Macmetat
mira al norte y da la vuelta por el oriente hacia
Tanatselo [7], y pasa desde el oriente hasta Janoé. 7 Desde
Janoé baja hasta Atarot y Naarata, y toca en Jericó, y termina en el Jordán. 8 De Tafúa pasa la línea enfrente del
mar Mediterráneo al valle del Cañaveral [8], y remata en el
mar Salado [9]. Esta es la posesión de la tribu de los hijos de
Efraín, distribuida en sus familias. 9 También fueron separadas ciudades con sus aldeas o dependencias para los hijos de Efraín, dentro de la posesión de los hijos de
Manasés [10].

10 Mas los hijos de Efraín no exterminaron al cananeo que
habitaba en Gazer [11], en medio de Efraín, y siguió viviendo entre ellos, siéndoles tributario hasta el día de hoy.

¿Sabías que?

A principios del siglo XX, el arqueólogo R. A. S. Macalister excavó en Gazer unas murallas que tomó por una fortaleza de los Macabeos, porque en una piedra apareció grabada en griego una maldición contra el palacio de Simón, el Macabeo que conquistó la ciudad (1 Mac 13,43-48). En 1957, Yigael Yadin, que excavaba Asor, se fijó en el plano publicado y reconoció la mitad de una puerta de seis cámaras igual a las que había hallado en Asor y en Meguido; y recordó que 1 Re 9,15 atribuye a Salomón obras en «Asor, Meguido y Gazer». Las excavaciones de los años sesenta sacaron a la luz la puerta entera. Hoy se discute si es del siglo X a. C. o algo posterior, pero el episodio quedó como un clásico de la arqueología bíblica.

PAUSA

1. Efraín recibió la bendición del primogénito sin serlo. ¿Qué don has recibido de Dios que no esperabas ni merecías?
2. Gazer siguió siendo cananea en medio de Efraín. ¿Qué rincón de tu vida no le has entregado todavía al Señor?

Para orar. *Señor, que la herencia que me das no tenga rincones cerrados a tu gracia.*

17

La heredad de Manasés

La otra tribu de José, Manasés, tenía ya tierras al este del Jordán, en Galaad y Basán (13,29-31). Ahora recibe su parte al oeste, al norte de Efraín, hasta el valle de Jezrael. El capítulo enumera los clanes de Manasés (vv. 1-2) y cumple una promesa hecha en el desierto: las hijas de Salfaad reciben herencia como sus parientes varones (vv. 3-6). Siguen las fronteras y las ciudades del valle que no se pudieron tomar (vv. 7-13), y una queja: la casa de José se siente estrecha, y Josué la manda a desmontar los bosques de la montaña (vv. 14-18).

Los clanes de Manasés y las hijas de Salfaad

1 Esta es la porción que tocó por suerte a la tribu de Manasés (primogénito que fue de José [1]) o a Maquir primogénito de Manasés y padre de Galaad, que fue hombre belicoso, y poseyó el país de Galaad y de Basán, 2 y también a los demás hijos de Manasés, a proporción de sus familias, a los hijos de Abiezer [2], y a los hijos de Helec, y a los hijos de Esriel, y a los hijos de Sequem, y a los hijos de Hefer, y a los de Semida: éstos son los seis hijos o nietos varones [3] de Manasés, hijo de José, cabezas de familias.

3 Mas como Salfaad, hijo de Hefer, hijo de Galaad, hijo de
Maquir, hijo de Manasés, no tenía hijos, sino solamente
hijas [4], cuyos nombres son: Maala, y Noa, y Hegla, y Mel-
ca y Tersa, 4 vinieron éstas a presentarse a Eleazar, sumo
sacerdote, a Josué, hijo de Nun, y a los príncipes, dicien-
do: El Señor ordenó por medio de Moisés [5] que se nos die-
se posesión en medio de nuestros hermanos. Les dio, pues,
Josué tierras en herencia conforme a la orden del Señor,
en medio de los hermanos de su padre. 5 Así tocaron a Ma-
nasés diez porciones en la tierra de Canaán, sin contar la
tierra de Galaad y de Basán, tras el Jordán. 6 Porque las
cinco hijas de Manasés [6] poseyeron su herencia en medio
de los hijos de esa tribu. Y la tierra de Galaad cupo en suer-
te a los otros hijos de Manasés.

Las fronteras de Manasés

7 Y fueron los términos de Manasés desde Aser y Macme-
tat, que mira a Siquem, extendiéndose a mano derecha al
lado de los que habitan en Fuente de Tafúa. 8 Porque la tie-
rra de Tafúa había caído en suerte a Manasés; mas la ciu-
dad de Tafúa, que está en los confines de Manasés, fue
dada a los hijos de Efraín. 9 Dichos confines van descen-
diendo por el valle del Cañaveral hacia el mediodía del to-
rrente de las ciudades de Efraín, que están en medio de las
de Manasés: de suerte que la frontera de Manasés pasa al
norte del torrente y va a terminar en el mar. 10 Así que la

posesión de Efraín está al mediodía y al norte la de Manasés, terminando ambas en el mar; y se encuentran con la tribu de Aser por el norte, y con la tribu de Isacar por el oriente.

11 Con efecto, Manasés tuvo por herencia, en los confines de Isacar y de Aser a Betsán [7] con sus aldeas, a Jeblaam con las suyas, a los habitantes de Dor con sus villas, y a los de Endor con sus aldeas; asimismo a los habitantes de Tenac, con sus aldeas, y a los de Mageddo [8] con las suyas, y la tercera parte de la ciudad de Nofet [9]. 12 Mas no pudieron los hijos de Manasés destruir enteramente los moradores de estas ciudades; sino que los cananeos comenzaron a repoblar su tierra junto con ellos. 13 Bien que después que los hijos de Israel cobraron fuerzas, subyugaron a los cananeos, y se los hicieron tributarios; mas no los mataron [10].

La queja de la casa de José

14 Y los hijos de José se dirigieron a Josué, y le dijeron, hablando Manasés: ¿Por qué me has dado una sola suerte y una sola parte de posesión [11], siendo así que soy un pueblo tan numeroso a quien el Señor ha colmado de bendiciones? 15 Josué les respondió: Si eres un pueblo numeroso sube a los bosques, y extiéndete, haciendo desmonte [12] en el país de los ferezeos y de los rafaimitas, ya que la posesión del monte de Efraín es para ti estrecha. 16 Le replicaron los hijos de José: No podremos ganar el país de las

montañas; porque los cananeos que habitan en la llanura
donde está Betsán y sus aldeas, y Jezrael que ocupa el me-
dio del valle, usan de carros armados de hoces o hierros
afilados [13]. [17] Dijo entonces Josué a la casa de José, Efraín y
Manasés: Pueblo crecido eres y de gran valentía: no ten-
drás una herencia sola; [18] sino que subirás a las montañas
y desmontarás [14], y limpiarás trechos de tierra para tu ha-
bitación; y podrás alargarte más y más exterminando a los
cananeos, que dices tienen carros armados de hoces o hie-
rros afilados, y que son muy fuertes.

¿Sabías que?

Pocos lugares han visto tantas batallas como Meguido (v. 11). Hacia el 1457 a. C., el faraón Tutmosis III venció allí a una coalición de reyes cananeos y sitió la ciudad durante meses; sus anales, grabados en el templo de Karnak, dicen que tomar Meguido valía tanto como tomar mil ciudades. En septiembre de 1918, el general británico Edmund Allenby derrotó a los otomanos en esta llanura, y al año siguiente recibió el título de vizconde Allenby «de Meguido». Las excavaciones han encontrado en el tell unas veinte ciudades superpuestas, y su nombre, a través del Apocalipsis, ha quedado como sinónimo de la batalla final: Armagedón.

PAUSA

1. Las hijas de Salfaad recordaron a los jefes lo que Dios había prometido. ¿Hay alguna promesa de Dios que necesites recordar hoy?
2. Josué respondió a la queja con una tarea. ¿Qué «bosque» te pide Dios desmontar en lugar de quejarte?
3. ¿Qué «carros de hierro» te parecen invencibles en tu vida?

Para orar. *Señor, que no me quede en la queja: dame fuerzas para trabajar la parte que me has confiado.*

18

Silo: el reparto de las siete tribus

El campamento se traslada de Gálgala a Silo, en el centro del país, y allí se planta el Tabernáculo, que será el santuario de Israel hasta los tiempos de Samuel. Quedan siete tribus sin tierra, y Josué les reprocha su desgana (vv. 1-3); manda que tres hombres de cada tribu recorran el país y lo describan en un libro, y echa las suertes «delante del Señor» (vv. 4-10). La primera sale para Benjamín, la pequeña tribu de Saúl y de Pablo, que queda entre Judá y José, con Jericó, Betel, Gabaón y Jebús (vv. 11-28).

La asamblea de Silo

1 Y se congregaron en Silo todos los hijos de Israel [1], y fijaron allí el Tabernáculo del Testimonio: y tenían sojuzgada
la tierra [2]. 2 Mas quedaban siete tribus de los hijos de Israel, las cuales no habían recibido todavía sus posesiones.
3 Les dijo, pues, Josué: ¿Hasta cuándo os consumiréis en la ociosidad [3], y os estaréis sin entrar a poseer la tierra que os ha dado el Señor Dios de vuestros padres?

4 Elegid tres personas de cada tribu [4] para que yo las envíe y vayan a dar una vuelta por el país, y hagan de él una demarcación conforme al número de cada gente, y me trai-

gan el plan o estado que hayan formado. 5 Dividid entre vosotros todo el país en siete partes: Judá se quedará dentro de sus límites en la región del mediodía, y la casa de José al norte. 6 La tierra intermedia [5] demarcadla en siete partes, y vendréis a mí en este lugar, para que os las sortee aquí en presencia del Señor [6] Dios vuestro. 7 Porque los levitas no tienen parte alguna entre vosotros, sino que su heredad es el sacerdocio del Señor [7]; y Gad, y Rubén, y la media tribu de Manasés ya recibieron sus posesiones al otro lado del Jordán, hacia el oriente; las cuales les dio Moisés, siervo del Señor.

8 Como, pues, estuviesen ya a punto de marchar los sujetos elegidos para demarcar la tierra, les dio Josué esta orden, diciéndoles: Rodead la tierra, y demarcadla, y volved a mí para que yo aquí en Silo, delante del Señor, eche las suertes. 9 Con esto partieron, y habiéndola reconocido la dividieron en siete partes, que las describieron en un libro o cuaderno, y se volvieron a Josué en el campamento de Silo. 10 El cual echó las suertes delante del Señor [8] allí en Silo, y dividió la tierra en siete partes entre los hijos de Israel.

La heredad de Benjamín

11 Y salió la primera suerte a los hijos de Benjamín [9], distribuidos por familias, para que poseyeran su porción de terreno entre los hijos de Judá y los hijos de José. 12 Así que

sus términos fueron por la parte del norte desde el Jordán,
tirando al lado septentrional de Jericó, y subiendo desde
allí por el occidente a las montañas llegan hasta el desierto
de Betavén [10]; [13] y pasando por el lado meridional cerca de
Luza, por otro nombre Betel, de allí bajan a la ciudad de
Atarot-Addar, cerca del monte que cae al mediodía de Bet-
Horón de abajo; [14] aquí tuercen los términos o frontera, y
dan vuelta hacia el mar por el mediodía del monte que
mira a Bet-Horón de la parte del mediodía, y vienen a pa-
rar en Cariat-Baal, llamada también Cariatiarim, ciudad
de los hijos de Judá. Este es el lado del territorio hacia el
mar por el poniente.

[15] Por el mediodía comienzan los términos desde Cariatia-
rim, hacia el mar, y llegan hasta la fuente de las aguas de
Neftoa; [16] después se dejan caer hasta el cabo del monte,
que mira al valle de los hijos de Ennom, y yace al norte en
la extremidad del valle de Rafaim, o de los gigantes: de
aquí bajan a Geennom (esto es, al valle de Ennom), tocan-
do en el lado austral del jebuseo, y llegan hasta la fuente de
Rogel [11], [17] avanzando hacia el norte, y saliendo a Ense-
mes, esto es, la fuente del Sol [12]. [18] Corren después hasta
los cerros que están enfrente de la subida de Adommim,
de donde descienden a Abenboén, esto es, a la piedra de
Boén, hijo de Rubén: y pasan por la parte del norte a la
campiña y descienden a una llanura. [19] Hacia el norte se

extienden más allá de Bet-Hagla: y rematan en la punta septentrional del mar Salado o Muerto en la embocadura del Jordán que mira al mediodía; [20] el cual es su límite por el oriente. Esta es la posesión de los hijos de Benjamín según sus familias, demarcados sus lindes por todo su alrededor.

[21] Y sus ciudades fueron Jericó [13] y Bet-Hagla, y el valle de Casis, [22] Bet-Araba, y Samaraim, y Betel, [23] y Avim, y Afara, y Ofera, [24] la ciudad de Emona, y Ofni, y Gabee: doce ciudades con sus aldeas. [25] Gabaón, y Rama [14], y Berot, [26] y Mesfe [15], y Cafara, y Amosa, [27] y Recem, Jarefel, y Tarela, [28] y Sela, Elef, y Jebús, que es Jerusalén [16], Gabaat, y Cariat: catorce ciudades con sus aldeas. Esta es la posesión de los hijos de Benjamín, según sus familias.

¿Sabías que?

La tradición rabínica calculó cuánto tiempo estuvo el santuario en cada lugar: treinta y nueve años en el desierto, catorce en Gálgala, trescientos sesenta y nueve en Silo y cincuenta y siete en Nob y Gabaón, hasta el templo de Salomón (Talmud, Zebajim 118b). La Misná añade que en Silo no había techo de madera ni de piedra, sino una construcción de piedra abajo y las cortinas del Tabernáculo encima, y llama a aquella época el «descanso» de Dt 12,9 (Zebajim 14,6). Cuando santa Paula peregrinó a Tierra Santa, hacia el año 386, todavía le mostraron en Silo un altar en ruinas (san Jerónimo, Carta 108,13).

Echar suertes en la Biblia

Cita	Para qué	Sentido
Lv 16,8	Los dos machos cabríos de la Expiación	Dios escoge la víctima
Nm 27,21	El Urim del sumo sacerdote	Consultar a Dios
Jos 7,14-18	Descubrir a Acán	Nada queda oculto a Dios
Jos 18,6-10	Repartir la tierra (Nm 26,55)	La tierra es don, no botín
1 Sam 10,20-21	Elegir rey a Saúl, en Masfa	Dios designa al rey
1 Sam 14,41-42	Descubrir la falta de Jonatán	El juramento de Saúl lo condena
Prov 16,33	«Se meten en el cántaro las suertes»	«El Señor es quien dispone de ellas»
Jon 1,7	Los marineros buscan al culpable	La suerte cae sobre Jonás
Est 3,7; 9,26	Amán echa el pur contra los judíos	De ahí la fiesta de Purim
Jn 19,24	Sortear la túnica de Jesús	Se cumple el Sal 22,19
Lc 1,9	Zacarías ofrece el incienso	Empieza el Evangelio
Hch 1,23-26	Elegir a Matías, después de orar	Última suerte del NT

En la Escritura la suerte no es azar: se echa «delante del Señor» (Jos 18,6) para recibir lo que él dispone. Orígenes lo explicaba con la elección de Matías, precedida de oración (Homilías sobre Josué 23,2). Del griego kleros, «suerte», viene «clero»: el Señor es la suerte de sus ministros (san Jerónimo, Carta 52,5).

PARA PROFUNDIZAR

La tierra como herencia

El vocabulario de estos capítulos lo dice casi todo. La tierra es najalá, «herencia»: algo que no se compra ni se arrebata, sino que se recibe. Se asigna por goral, «suerte», y se mide con el jébel, la cuerda del agrimensor. Y todo ocurre en Silo, «delante del Señor», a la puerta del Tabernáculo (18,6.8.10; 19,51). Nadie elige su parte ni se la queda por ser más fuerte: la tierra se recibe de Dios. La Pontificia Comisión Bíblica observa que no se entiende cómo podría hacerse realmente una distribución pacífica de las tierras mediante sorteo (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 127). Precisamente por eso el relato es elocuente: habla el lenguaje del don, no el del botín.

La Ley saca las consecuencias. Dios dice de la tierra: «es mía, y vosotros sois advenedizos y colonos míos» (Lv 25,23). Israel es colono de Dios. Por eso la heredad familiar no se vende para siempre y vuelve a su dueño en el jubileo (Lv 25,10-28); por eso Nabot responde al rey que quiere su viña: «Dios me libre de darte yo la heredad de mis padres» (1 Re 21,3); por eso los profetas condenan a los que juntan casa con casa y heredad con heredad (Is 5,8; Miq 2,2). Y por eso la tierra se puede perder: la alianza que la da también la condiciona (23,15-16).

En medio del reparto hay una tribu sin tierra: «los levitas no tienen parte alguna entre vosotros, sino que su heredad es el sacerdocio del Señor» (18,7; ver nota a 13,14). Su pobreza recuerda a todas las tribus que la herencia última no es un terreno, sino Dios mismo. El salmista lo hace oración: «El Señor es la parte que me

ha tocado en herencia» (Sal 16,5). De aquí explicó san Jerónimo el nombre de los clérigos, del griego kleros, «suerte» (Carta 52,5).

El Nuevo Testamento recoge la palabra y la ensancha. Jesús promete que los mansos «poseerán la tierra» (Mt 5,5; Sal 37,11). San Pedro habla de «una herencia incorruptible... reservada en los cielos» (1 Pe 1,4), y san Pablo da gracias al Padre, que nos ha hecho dignos «de participar en la suerte y herencia de los santos» (Col 1,12): el griego dice «la porción de la suerte» (meris, kleros), las dos palabras con que la versión griega cuenta el reparto de Silo (Jos 18,6-7). Somos «herederos de Dios, y coherederos con Cristo» (Rom 8,17). La Carta a los Hebreos ve a los patriarcas como «peregrinos y huéspedes sobre la tierra» que aspiraban a una patria mejor, «la celestial» (Heb 11,13-16), y recuerda que Josué no dio el descanso definitivo (Heb 4,8-9). La tierra de Josué no se anula: se vuelve figura de una herencia que ya no se puede perder.

Esta lectura no aleja de la tierra concreta, sino que enseña a mirarla con otros ojos. El Catecismo recuerda que «al comienzo Dios confió la tierra y sus recursos a la administración común de la humanidad», y que, si «la tierra está repartida entre los hombres», es «para dar seguridad a su vida, expuesta a la penuria y amenazada por la violencia»; el derecho a la propiedad privada «no anula la donación original de la tierra al conjunto de la humanidad» (nn. 2402-2403). El reparto de Josué, que cuida de cada clan y hasta de cinco huérfanas sin hermanos (17,3-6), es una lección temprana: que cada familia tenga su parte.

Queda una advertencia necesaria. La promesa bíblica de la tierra no puede convertirse en un título para despojar a otros. La Comisión Bíblica dice que hacer de los relatos de la conquista un programa de conducta política nacionalista, justificando sobre su base la violencia contra otros pueblos, «debe rechazarse en cualquier caso sin medias tintas» (n. 127). Y la Santa Sede, en sus Notas sobre la manera correcta de presentar a los judíos y el judaísmo (1985, VI,1), invita a los cristianos a comprender el apego religioso del pueblo judío a la tierra de sus padres, enraizado en la tradición bíblica, sin hacer suya ninguna interpretación religiosa particular de esa relación, y pide considerar la existencia y las opciones políticas del Estado de Israel a la luz de los principios comunes del derecho internacional. El mismo libro de Josué deja dentro de la herencia a Rahab y a los gabaonitas: la tierra recibida de Dios es un don que se comparte, no un trofeo.

PAUSA

1. Josué reprochó a las tribus su desgana. ¿Qué don de Dios estás dejando sin recibir por pereza o comodidad?
2. La tierra se repartía «delante del Señor». ¿Recibes lo que tienes como un regalo de Dios o como algo que te has ganado?
3. Los levitas tenían al Señor como herencia. ¿Qué lugar ocupa Dios entre las cosas que consideras tuyas?

Para orar. *Señor, tú eres la parte de mi herencia: que no me canse nunca de entrar en lo que me das.*

19

Las otras seis tribus; la heredad de Josué

Siguen las suertes de Silo, más o menos de sur a norte: Simeón, dentro de Judá (vv. 1-9); las cuatro tribus de Galilea, Zabulón, Isacar, Aser y Neftalí (vv. 10-39), y Dan, junto a la costa, que acabará emigrando al extremo norte (vv. 40-48). Muchos de estos nombres volverán en los evangelios: Galilea, el Tabor, Tiro y Sidón, el lago de Genesaret, Joppe. El reparto termina con un gesto sencillo: Josué recibe su parte el último, en la montaña de Efraín, y la tierra queda repartida «delante del Señor», a la puerta del Tabernáculo (vv. 49-51).

Simeón

1 La segunda suerte tocó a los hijos de Simeón [1], según sus
familias; y su herencia 2 vino a caer en medio de la posesión de los hijos de Judá: a saber, en Bersabee, llamada
también Sabee [2], y Molada, 3 y Haser-Sual, Bala, y Asem,
4 y Eltolad, Betul, y Harma, 5 y Siceleg [3], y Betmarcabot, y
Hasersusa, 6 y Betlebaot, y Sarohen: trece ciudades con sus
aldeas. 7 Ain, y Remmón, y Atar, y Asán: cuatro ciudades
con sus aldeas; 8 todos los lugarcillos alrededor de estas
ciudades hasta Baalat, y Beer-Ramat a la parte del mediodía. Esta es la herencia de los hijos de Simeón, a proporción de sus familias, 9 en la posesión y territorio de los hi-

jos de Judá; porque era este territorio demasiado grande; y por eso los hijos de Simeón recibieron su posesión en medio de la de aquéllos.

Las tribus de Galilea

10 La tercera suerte tocó a los hijos de Zabulón [4] por sus familias: los límites de su posesión se extienden por el occidente hasta Sarid. 11 Suben del mar Mediterráneo y de Merala, y llegan a Debbaset, hasta el torrente que está enfrente de Jeconam; 12 vuelven de Sared por el oriente hasta los confines de Ceselet-Tabor, salen a Daberet, y suben hacia Jafie, 13 de donde corren hasta la región oriental de Getefer [5] y Tacasín, y prosiguen con dirección a Remmón, Amtar y Noa. 14 Después dan la vuelta por el norte de Hanatón, y terminan en el valle de Jeftael, 15 e incluyen también a Catet, y Naalol, y Semerón, y Jedala, y Betlehem [6]: doce ciudades con sus aldeas. 16 Esta es la herencia de la tribu de los hijos de Zabulón, distribuida entre sus familias, con las ciudades y aldeas.

17 La cuarta suerte salió a Isacar para sus familias, 18 y comprende a Jezrael, y Casalot y Sunem [7], 19 y Hafaraim, y Seón, y Anaharat, 20 y Rabbot, y Cesión, y Abes, 21 y Ramet, y Engannim, y Enadda, y Betfeses. 22 Y sus términos se extienden hasta el Tabor [8], y Sehesima, y Betsamés, y acaban en el Jordán: diez y seis ciudades con sus aldeas.

23 Esta es la posesión de los hijos de Isacar, y las ciudades y
aldeas para sus familias.

24 La quinta suerte salió a la tribu de los hijos de Aser, se-
gún sus familias; 25 y fueron sus términos Halcat, y Cali,
Betén, y Axaf, 26 y Elmelec, y Amaad, y Mesal: y llegan has-
ta el Carmelo del mar [9], y a Sihor, y a Labanat; 27 desde
donde vuelven por el oriente hacia Betdagón; y pasan por
Zabulón y el valle de Jeftael al Norte, hasta Betemec y
Nehiel; y se extienden por la izquierda hacia Cabul, 28 y
Abrán, y Rohob, y Hamón, y Canna, hasta Sidón la
grande [10]; 29 y dan vuelta hacia Horma, hasta la ciudad
fortísima de Tiro, y hasta Hosa; y acaban en el mar junto
al territorio de Acziba, 30 e incluyen a Amma, y Afec, y
Rohob: veintidos ciudades con sus aldeas. 31 Esta es la po-
sesión de los hijos de Aser, y las ciudades y sus aldeas se-
gún sus familias.

32 La sexta suerte tocó a los hijos de Neftalí, divididos en
sus familias. 33 Y comienzan sus términos desde Helef y
Elón en Saananim y Adami, por otro nombre Neceb, y des-
de Jebnael hasta Lecum, y acaban en el Jordán; 34 y vuel-
ven los lindes por la parte del occidente hacia Azanotta-
bor, y de allí salen a Hucuca, y pasan a Zabulón por el lado
de mediodía y a Aser por el poniente, y hacia Judá por el
lado del Jordán [11] al oriente. 35 Sus ciudades muy fuertes,
son Asedim, y Ser, y Emat, y Reccat, y Ceneret [12], 36 y Ede-

ma, y Arama, y Asor, 37 y Cedes, Edrai, Enasor, 38 y Jerón, y
Magdalel, Horem, y Betanat, y Betsamés: diecinueve ciu-
dades con sus aldeas. 39 Esta es la posesión de la tribu de
Neftalí, sus ciudades y aldeas para sus familias.

Dan

40 A la tribu de Dan salió la séptima suerte para sus fami-
lias. 41 Y los lindes de su posesión fueron Sara y Estaol, e
Hirsemes, esto es, Ciudad del Sol [13], 42 Selebín, y Ayalón y
Jetela, 43 Elón, y Temna, y Acrón, 44 Eltece, Gebbetón, y
Balaat, 45 y Jud, y Bane, y Barac, y Getremón, 46 y Mejar-
cón y Arecón con la frontera que mira a Joppe [14]; 47 y aquí
rematan sus términos. Pero los hijos de Dan avanzaron, y
batieron a Lesem [15], y la tomaron; la pasaron después a
cuchillo, y la ocuparon, y habitaron en ella, llamándola
Lesem-Dan, del nombre de Dan su padre. 48 Esta es la pose-
sión de la tribu de los hijos de Dan y las ciudades y las al-
deas para sus familias.

La heredad de Josué

49 Luego que Josué, hijo de Nun, hubo acabado de repartir
la tierra por suerte a cada una de las tribus, le dieron los
hijos de Israel a él su porción en medio de ellos [16].
50 Conforme al precepto del Señor: a saber la ciudad de
Tamnat Saraa [17] en el monte de Efraín, que había pedido;
la cual ciudad reedificó, y habitó en ella. 51 Estas son las po-

sesiones que Eleazar sumo sacerdote, y Josué, hijo de Nun, y los príncipes de las familias de las tribus de los hijos de Israel distribuyeron por suerte en Silo, delante del Señor, a la puerta del Tabernáculo del Testimonio; y así repartieron la tierra de Canaán.

¿Sabías que?

En Tel Dan, la antigua Lesem o Lais (v. 47), el arqueólogo Avraham Biran sacó a la luz una puerta de adobe de hacia el 1750 a. C. con tres arcos de medio punto: es uno de los arcos de adobe más antiguos que se conocen. Los guías la llaman «puerta de Abrahán», recordando que el patriarca persiguió hasta Dan a los reyes que habían capturado a Lot (Gn 14,14); restaurada, se abrió al público en 2009. La ciudad ya figura con el nombre de Lais en textos egipcios de execración y en la lista de conquistas de Tutmosis III. En el mismo tell apareció la estela aramea que nombra la «casa de David» (ver Dt 33).

PAUSA

1. Josué recibió su parte el último. ¿Sabes esperar tu turno, o necesitas ser siempre el primero?
2. Los danitas destruyeron una ciudad confiada. ¿A quién pueden dañar tus prisas por conseguir lo tuyo?
3. Muchos de estos lugares los recorrió Jesús. ¿Por qué «Galilea» de tu vida quisieras que pasara hoy?

Para orar. *Señor Jesús, que repartiste a todos tu herencia y te quedaste el último: enséñame a servir.*

20

Las ciudades de refugio

El reparto ha terminado, y la Ley de Moisés empieza a tomar cuerpo en la geografía. Dios manda a Josué señalar las ciudades de refugio que había anunciado por medio de Moisés (Nm 35; Dt 19). El capítulo tiene dos partes: la ley y su procedimiento, con la acogida a la puerta de la ciudad y el juicio ante la comunidad (vv. 1-6), y la lista de las seis ciudades, tres a cada lado del Jordán (vv. 7-9). Antes de dar sus ciudades a los levitas, el libro abre estas puertas: en la tierra de Dios también el que ha matado sin querer tiene dónde vivir.

Un asilo para el que mató sin querer

1 Habló el Señor a Josué y le dijo: Habla a los hijos de Is-
rael, y diles: 2 Separad las ciudades para los que hayan de
refugiarse, de que os hablé por medio de Moisés [1], 3 para
que sirvan de asilo a todo el que matare a un hombre sin
querer [2]; y pueda así evadir la cólera del que es pariente
cercano del muerto, y quiere vengar su sangre [3].

4 Luego que se refugiare a una de estas ciudades, se presen-
tará en las puertas o juzgados de la ciudad [4], y expondrá a
los ancianos de ella todo lo que pueda comprobar su ino-
cencia; y después de esto le darán acogida y lugar donde

habite. [5] Y si el que quiere vengar la muerte viniere persiguiéndolo, no lo entregarán en sus manos: por cuanto no mató su prójimo a sabiendas [5], ni se prueba que hubiese sido dos o tres días atrás su enemigo [6]. [6] Así estará retirado en aquella ciudad hasta que comparezca en juicio para dar razón de su hecho [7], y después hasta que muera el sumo sacerdote que a la sazón fuere [8]. Entonces podrá volver el homicida, y entrar en su patria y casa de donde había huido.

Las seis ciudades

[7] Señalaron, pues, a Cedes [9] en la Galilea sobre el monte de Neftalí, y a Siquem en el monte de Efraín [10], y en el monte de Judá a Cariat-Arbe, por otro nombre Hebrón [11]. [8] Y de la otra parte del Jordán hacia el oriente de Jericó, destinaron a Bosor, situada en la llanura del desierto [12] de la tribu de Rubén, y a Ramot en Galaad [13], de la tribu de Gad, y a Gaulón en Basán, de la tribu de Manasés. [9] Estas ciudades fueron señaladas para todos los hijos de Israel y para los forasteros que habitaban entre ellos [14], a fin de que se retirase a ellas el que sin querer hubiese muerto a un hombre, y así no muriese a manos del pariente ansioso de vengar la sangre derramada, antes de presentarse aquél delante del juzgado del pueblo para defender su causa.

¿Sabías que?

Los rabinos se preguntaron cómo debía ser la vida en una ciudad de refugio, y lo dedujeron de una palabra del Deuteronomio: el homicida huirá a una de esas ciudades «y vivirá» (Dt 4,42). Vivir, no solo sobrevivir: por eso debían ser ciudades medianas, ni aldeas ni grandes urbes, con agua, mercado y gente; y si un discípulo tenía que refugiarse en una de ellas, su maestro iba con él, para que no le faltara el estudio de la Ley. Rabí Zeirá sacó una conclusión con humor: no hay que enseñar a un discípulo indigno, no sea que el maestro acabe desterrado por su culpa (Talmud, Macot 10a).

PAUSA

1. Las ciudades de refugio daban tiempo a la verdad antes de que actuara la venganza. ¿Ante qué ofensa necesitas tú darte ese tiempo antes de juzgar?
2. ¿Has cargado alguna vez con el daño que hiciste sin querer? ¿Dónde encontraste refugio?
3. ¿Es tu casa, o tu comunidad, un lugar donde quien ha caído puede encontrar acogida?

Para orar. *Señor, refugio mío, acoge a los que huyen de su culpa y haz de mí una casa donde encuentren amparo.*

21

Las ciudades de los levitas

La tribu de Leví no recibió territorio, pero sí un lugar donde vivir. Sus jefes reclaman ahora en Silo lo que Moisés había mandado (Nm 35,1-8): ciudades con sus pastos. El capítulo tiene tres partes: la petición (vv. 1-3), el sorteo entre los cuatro grupos de la tribu (vv. 4-8) y la lista de las cuarenta y ocho ciudades, clan por clan (vv. 9-42). Termina con un resumen solemne de todo el libro (vv. 43-45). Los servidores de Dios quedan repartidos entre todas las tribus, y el reparto se cierra con una confesión de fe: ni una sola palabra de Dios quedó sin cumplirse.

Los levitas piden sus ciudades

[1]Recurrieron los príncipes de las familias de Leví [1] a Eleazar, sumo sacerdote, y a Josué, hijo de Nun, y a los caudillos de las familias de cada tribu de los hijos de Israel; [2]y les hablaron en Silo en la tierra de Canaán, y dijeron: El Señor mandó por medio de Moisés que se nos diesen ciudades para habitar, y sus alrededores para alimentar nuestras bestias [2]. [3]Les dieron, pues, los hijos de Israel de sus posesiones, conforme al mandamiento del Señor, ciudades y sus alrededores. [4]Y salieron por suerte a la familia de Caat para los hijos del sacerdote Aarón, trece ciudades en las tribus de Judá, de Simeón y de Benjamín; [5]y a los

demás hijos de Caat, que restaban, esto es, a los levitas, tocaron diez ciudades de las tribus de Efraín, de Dan y de la media tribu de Manasés. 6 A los hijos de Gersón les salió la suerte de recibir trece ciudades de las tribus de Isacar, de Aser, y de Neftalí, y de la otra media tribu de Manasés en Basán. 7 Y a los hijos de Merari para sus familias doce ciudades de las tribus de Rubén, de Gad y de Zabulón. 8 Dieron, pues, los hijos de Israel a los levitas estas ciudades con sus alrededores, como lo mandó el Señor por medio de Moisés, distribuyéndolas a cada uno por suerte.

Las ciudades de los sacerdotes

9 Estos son los nombres de las ciudades de las tribus de Judá y de Simeón que dio Josué 10 a los hijos de Aarón de las familias de Caat, descendientes del tronco de Leví, que lograron la primera suerte: 11 Cariat-Arbe, ciudad del padre de Enac, llamada Hebrón, en el monte de Judá, y sus ejidos al contorno. 12 Sus heredades y aldeas las tenía dadas en posesión a Caleb [3], hijo de Jefone. 13 Dio, pues, Josué a los hijos de Aarón, sumo sacerdote, la ciudad de refugio Hebrón [4] y sus alrededores, y Lobna con los suyos, 14 y Jeter, y Estemo, 15 y Holón, y Dabir, 16 y Ain, y Jeta, y Betsamés con sus contornos [5]: nueve ciudades en las dos tribus, como queda dicho.

17 Y de la tribu de los hijos de Benjamín, a Gabaón y Gabae [6], 18 y Anatot [7], y Almón con sus contornos: cuatro

ciudades. 19 Todas las ciudades juntas de los hijos del sumo
sacerdote Aarón vinieron a ser trece con sus alrededores.

Las ciudades de los levitas

20 A los demás hijos de Caat, de la estirpe de Leví, repartidos en sus familias se les dieron: 21 de la tribu de Efraín la
ciudad de refugio Siquem con todos sus alrededores, en el
monte de Efraín, y Gazer, 22 y Gibsaín, y Bet-Horón con sus
alrededores: cuatro ciudades. 23 Y de la tribu de Dan, a El-
teco, y Gabatón [8], 24 y Ajalón y Getremmón con sus alre-
dedores: cuatro ciudades. 25 Y de la media tribu de Mana-
sés a Tanac y Getremmón con sus contornos: dos ciuda-
des. 26 En todo se dieron diez ciudades y sus alrededores a
los levitas, hijos de Caat, que eran de inferior grado al
sacerdotal [9].

27 También a los hijos de Gersón de la estirpe de Leví dio de
la media tribu de Manasés dos ciudades con sus alrededo-
res, a saber, Gaulón en Basán, y Bosra [10], que eran ciuda-
des de refugio. 28 Y de la tribu de Isacar, a Cesión y Dabe-
ret, 29 y Jaramot, y Enganín con sus alrededores: cuatro
ciudades. 30 De la tribu de Aser, a Masal, y Abdón, 31 y Hel-
cat, y Rohob con sus alrededores: cuatro ciudades. 32 De la
tribu de Neftalí las ciudades de refugio, Cedes en Galilea, y
Hamot-Dor, y Cartán con sus alrededores: tres ciudades.
33 Todas las ciudades dadas a las familias de Gersón fueron
trece con sus contornos.

34 Asimismo a los hijos de Merari, levitas de inferior grado, se les dieron según sus familias, Jecnán, y Carta, 35 y Damna, y Naalol: cuatro ciudades de la tribu de Zabulón con sus alrededores. 36 De la tribu de Rubén [11], a la otra parte del Jordán enfrente de Jericó, a Bosor en el desierto llamado Misor [12], y a Jaser, 37 y Jetsón y Mefaat: cuatro ciudades de refugio con sus alrededores [13]. 38 De la tribu de Gad, las ciudades de asilo Ramot en Galaad, y Manaín, 39 y Hesebón, y Jaser, cuatro ciudades con sus alrededores. 40 Todas las ciudades de los hijos de Merari para sus familias y casas fueron doce.

41 Así las ciudades de los levitas en medio de la posesión de los hijos de Israel fueron en todas cuarenta y ocho, 42 con sus alrededores, distribuidas a proporción de las familias [14].

Ni una sola palabra quedó sin efecto

43 De este modo dio el Señor Dios a Israel toda la tierra que había prometido con juramento a sus padres [15] que se la daría; y en efecto los israelitas la poseyeron y habitaron. 44 Y les dio paz con todas las naciones del contorno, y ninguno de los enemigos osó resistirles, sino que todos se sujetaron a su dominio. 45 Ni una sola palabra de todo lo que prometió darles quedó sin efecto [16]; sino que todo se verificó puntualmente.

¿Sabías que?

El Nuevo Testamento nombra pocas veces a los levitas, pero de modo memorable. Uno es el de la parábola del buen samaritano, que bajaba de Jerusalén a Jericó y pasó de largo ante el herido (Lc 10,32); según el Talmud, la mitad de cada turno de sacerdotes del templo vivía en Jericó y subía desde allí a Jerusalén (Taanit 27a). Otros levitas acompañan a los sacerdotes que van a interrogar a Juan el Bautista (Jn 1,19). Y el más conocido es Bernabé, «levita, natural de Chipre», que vendió un campo y puso el dinero a los pies de los apóstoles (Hch 4,36-37).

Las cuarenta y ocho ciudades levíticas

Clan	Tribu	Ciudades
Aarón (13)	Judá y Simeón (9)	**Hebrón**, Lobna, Jeter, Estemo, Holón, Dabir, Ain, Jeta, Betsamés (21,13-16)
	Benjamín (4)	Gabaón, Gabae, Anatot, Almón (21,17-18)
Caat (10)	Efraín (4)	**Siquem**, Gazer, Gibsaín, Bet-Horón (21,21-22)
	Dan (4)	Elteco, Gabatón, Ajalón, Getremmón (21,23-24)
	Manasés, al oeste (2)	Tanac, Getremmón (21,25)
Gersón (13)	Manasés, en Basán (2)	**Gaulón**, Bosra (21,27)
	Isacar (4)	Cesión, Daberet, Jaramot, Engannín (21,28-29)
	Aser (4)	Masal, Abdón, Helcat, Rohob (21,30-31)
	Neftalí (3)	**Cedes**, Hamot-Dor, Cartán (21,32)
Merari (12)	Zabulón (4)	Jecnán, Carta, Damna, Naalol (21,34-35)
	Rubén (4)	**Bosor**, Jaser, Jetsón, Mefaat (21,36-37)
	Gad (4)	**Ramot**, Manaín, Hesebón, Jaser (21,38-39)
Total	Doce tribus	Cuarenta y ocho ciudades con sus pastos (21,41-42; Nm 35,7)

Los sacerdotes, hijos de Aarón, pertenecían al clan de Caat; «Caat» designa aquí a los demás caatitas (ver el cuadro de Nm 3). En negrita, las seis ciudades de refugio (20,7-8). La lista paralela de 1 Cr 6,39-66 (en otras Biblias 6,54-81) cambia algunos nombres y omite otros: no nombra Jeta ni Gabaón, y pone Astarot donde aquí se lee Bosra. Getremmón aparece dos veces, quizá por un error antiguo de copia (1 Cr 6,55 dice Bilaam). De Anatot, ciudad de sacerdotes, era el profeta Jeremías (Jr 1,1).

PARA PROFUNDIZAR

Los levitas: el Señor es su herencia

Leví fue la única tribu que no recibió una porción de la tierra: «el Señor Dios de Israel es su herencia» (13,33; ver nota a 13,14; Nm 18,20; Dt 10,9). Pero no quedó a la intemperie. Moisés había mandado darle cuarenta y ocho ciudades con sus pastos (Nm 35,1-8), y este capítulo las enumera, por lo general cuatro por tribu, de Judá a Neftalí y de Efraín a Rubén. El resultado es un mapa singular: los servidores del santuario no viven juntos, sino dispersos entre todos. Jacob había anunciado esa dispersión como un castigo, «los dispersaré en Israel» (Gn 49,7); la bendición de Moisés la convierte en misión: «enseñarán tus juicios a Jacob y tu ley a Israel» (Dt 33,10). Una tribu repartida por todo el país lleva a cada rincón la memoria de la alianza.

¿Describe la lista una situación real? Tiene un paralelo en 1 Cr 6,39-66 (en otras Biblias 6,54-81), con diferencias de nombres y de orden, y algunos datos chocan con el propio libro: Gazer, ciudad levítica en el v. 21, siguió en manos cananeas (16,10) y solo pasó a Israel cuando el faraón la regaló a su hija, esposa de Salomón (1 Re 9,16). W. F. Albright pensó, en 1945, que la lista reflejaba la administración del reino en tiempos de David y Salomón, cuando todas esas ciudades estaban por fin bajo Israel; otros la sitúan en la época de Josías, o ven en ella un programa ideal escrito más tarde. La cuestión sigue abierta. Lo que no se discute es la intención: también los servidores de Dios reciben su lugar «por suerte», ante el Señor (21,4.8). Orígenes, que dedicó a este capítulo su homilía 25 sobre Josué, empieza así: todos los hijos de Israel reci-

bieron su suerte en la tierra, pero «a los levitas, en herencia, les basta solo Dios».

Un salmo pone esa herencia en primera persona: «El Señor es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sostienes mi suerte. Me ha tocado un lote hermoso» (Sal 16,5-6). Los cristianos aplicaron muy pronto estas palabras a sus ministros. San Jerónimo, escribiendo hacia el año 394 al joven sacerdote Nepociano, explica el nombre de «clérigo»: en griego, kleros significa «suerte» o «heredad», y los clérigos se llaman así porque son la suerte del Señor, o porque el Señor es su suerte; y añade que quien tiene al Señor por porción no puede aferrarse a nada fuera de él (*Carta* 52,5). Durante siglos, el joven que entraba en el clero recibía la tonsura mientras recitaba el verso del salmo en latín: «Dominus pars hereditatis meae et calicis mei». Pablo VI suprimió la primera tonsura en 1972, y desde entonces se entra en el estado clerical con el diaconado (*Ministeria quaedam*, I); pero el sentido permanece.

El Concilio Vaticano II lo recordó al hablar de la vida de los presbíteros: puesto que el Señor es su «porción y herencia» (Nm 18,20), deben usar los bienes temporales solo para los fines legítimos, con «el corazón despegado de las riquezas» (*Presbyterorum ordinis*, n. 17). Y el desprendimiento no es solo cosa de clérigos. El Catecismo enseña que «el precepto del desprendimiento de las riquezas es obligatorio para entrar en el Reino de los cielos» (n. 2544). La situación de Leví se vuelve así una parábola para todo el pueblo de Dios: lo que se posee es para vivir y servir, y la única herencia que no se pierde es Dios mismo.

Por eso tiene sentido que el reparto termine con los levitas y con una confesión de fe: «Ni una sola palabra de todo lo que prometió darles quedó sin efecto» (21,45). La frase no ignora lo que el libro dice en otros lugares, que quedaba mucha tierra por conquistar (ver nota a 13,1) y que los cananeos siguieron en varias ciudades. Dios ha cumplido su parte; la posesión de Israel, en cambio, seguirá siendo incompleta y condicionada a su fidelidad, como advertirá Josué (23,12-16). La herencia de Leví, el Señor, es la única que ningún enemigo puede arrebatar.

PAUSA

1. Los levitas no tenían tierra, pero tenían a Dios. ¿Cuánta de tu seguridad pones en lo que posees, y cuánta en el Señor?
2. «Me ha tocado un lote hermoso» (Sal 16,6). ¿Puedes decir lo mismo de tu vida tal como es hoy?
3. Recuerda una promesa de Dios que hayas visto cumplirse. ¿Se lo has agradecido?

Para orar. *Señor, tú eres la parte de mi herencia y mi copa: que no me aferre a nada fuera de ti.*

22

El altar del testimonio

Las tribus del otro lado del Jordán, Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, han cumplido su palabra (1,12-18) y vuelven a casa con la bendición de Josué. Pero al llegar al Jordán levantan un gran altar, y el resto de Israel, temiendo una apostasía, se reúne en Silo para hacerles la guerra. El capítulo tiene cuatro momentos: la despedida (vv. 1-9), el altar y la alarma (vv. 10-20), la respuesta de los acusados (vv. 21-29) y la reconciliación (vv. 30-34). Una guerra entre hermanos se evita escuchando antes de atacar.

Josué despide a las tribus del oriente

1 Por este tiempo convocó Josué a los rubenitas y gaditas, y
a la media tribu de Manasés [1], 2 y les dijo: Habéis cumpli-
do todo lo que os mandó Moisés, siervo del Señor; y a mí
también me habéis obedecido en todo; 3 ni en tan largo
tiempo hasta el día de hoy habéis desamparado a vuestros
hermanos [2], observando el mandamiento del Señor Dios
vuestro. 4 Ahora, pues, que ya el Señor Dios vuestro ha
dado sosiego y paz a vuestros hermanos [3] como lo prome-
tió, volveos e id a vuestras casas, y a la tierra de vuestra
posesión, que os entregó Moisés, siervo del Señor, a la otra
parte del Jordán. 5 Solamente os encargo que guardéis

atentamente y pongáis por obra el mandamiento de la ley
que os comunicó Moisés, siervo del Señor, que es de amar
al Señor Dios vuestro [4], y seguir todos sus caminos, obser-
var todos sus mandamientos y estar con él unidos, y ser-
virle con todo el corazón, y con toda vuestra alma. [6] Con
esto les dio Josué su bendición, y los despachó, y se volvie-
ron a sus casas.

[7] Moisés había dado a la media tribu de Manasés su pose-
sión en Basán; por eso a la otra mitad restante le dio Josué
la herencia entre los demás hermanos suyos en este lado
del Jordán, al poniente. En fin, al remitirlos a sus casas,
después de bendecirlos, [8] les dijo: Vosotros volvéis a vues-
tras casas con mucho caudal y riquezas, cargados de plata
y oro, de cobre y de hierro, y de toda suerte de vestidos: re-
partid con vuestros hermanos el botín de los enemigos [5].
[9] Con esto los hijos de Rubén, y los hijos de Gad, y la media
tribu de Manasés se separaron de los hijos de Israel que es-
taban en Silo, en el país de Canaán, y se pusieron en ca-
mino para volver a Galaad, país que poseían, y que les ha-
bía señalado Moisés, conforme al mandamiento del Se-
ñor.

El altar junto al Jordán

[10] Llegados que fueron a las cercanías del Jordán [6] en tie-
rra de Canaán, edificaron a la orilla de dicho río un altar
de grandísima magnitud [7]. [11] Lo que oído por los hijos de

Israel, y recibidas noticias ciertas de que los hijos de Rubén y de Gad, y la media tribu de Manasés habían edificado un altar en la tierra de Canaán en las cercanías del Jordán, enfrente de los demás hijos de Israel, [12] se congregaron todos en Silo para ir a hacerles la guerra [8].

[13] Entretanto enviaron hacia ellos a tierra de Galaad a Finees, hijo de Eleazar [9], sumo sacerdote, [14] y con él a diez de los principales jefes, uno de cada tribu; [15] los cuales fueron a los hijos de Rubén, y de Gad, y a los de la media tribu de Manasés en la tierra de Galaad, y les dijeron:

[16] Esto nos manda deciros todo el pueblo del Señor: ¿Qué prevaricación es la vuestra? [10] ¿Cómo habéis abandonado al Señor Dios de Israel, erigiendo un altar sacrílego y apostatando de su culto? [17] ¿Os parece aún poco el haber pecado con adorar a Beelfegor [11], y el que permanezca hasta hoy día entre nosotros la mancha de este delito, después de haber costado la vida a tantos de nuestro pueblo? [18] Hoy habéis vosotros abandonado al Señor, y mañana se ensañará su ira contra todo Israel. [19] Que si creéis que es inmunda la tierra de vuestra posesión [12], mudaos a la nuestra en que está el Tabernáculo del Señor y venid a morar entre nosotros; mas no desertéis del Señor y de nuestra comunión, alzando un altar contra el altar del Señor Dios vuestro. [20] ¿No es así que por haber Acán, hijo de Zaré [13], traspasado el mandato del Señor, descargó su ira sobre

todo el pueblo de Israel? Y él era un solo hombre, y ojalá hubiese perecido él solo por su atentado.

Un altar para testimonio

21 Respondieron los hijos de Rubén, y de Gad, y los de la
media tribu de Manasés a los principales de Israel envia-
dos a ellos: 22 El muy fuerte Señor Dios, Dios el Señor
fortísimo [14] sabe muy bien nuestra intención; y también
Israel podrá conocerla: si es que con ánimo de apostatar
hemos levantado este altar, no nos ampare el Señor, antes
nos castigue al momento; 23 y si lo hemos hecho con el de-
signio de ofrecer sobre él holocaustos, sacrificios y víctimas pacíficas, el mismo Señor nos lo demande y lo juzgue.
24 Muy al contrario: el pensamiento y designio que hemos
tenido ha sido porque podrá suceder que algún día digan
vuestros hijos a los nuestros: ¿Qué tenéis vosotros que ha-
cer con el Señor Dios de Israel? [15] 25 El Señor puso por lin-
des entre nosotros y vosotros, oh hijos de Rubén y de Gad,
el río Jordán: y por tanto vosotros no tenéis parte en el Se-
ñor. Y con esta ocasión podrían vuestros hijos retraer a los
nuestros del temor del Señor. Así que habiendo meditado
sobre eso,

26 dijimos: Levantemos un altar, no para ofrecer holocaus-
tos ni víctimas; 27 sino para testimonio entre nosotros y
vosotros [16], entre nuestra posteridad y la vuestra, de que
también somos nosotros siervos del Señor, y tenemos de-

recho a ofrecer holocaustos, víctimas, y hostias pacíficas;
a fin de que por ningún caso digan mañana vuestros hijos
a los nuestros: No tenéis vosotros parte en el Señor. [28] Que
si se les antojare decirlo, podrán responderles: Mirad aquí
el altar del Señor que levantaron nuestros padres [17], no
para holocaustos, ni sacrificios, sino para testimonio en-
tre vosotros y nosotros. [29] Guárdenos el cielo de tal maldad
que nos apartemos del Señor, y dejemos de seguir sus pa-
sos, erigiendo un altar para ofrecer holocaustos, sacrifi-
cios y víctimas, fuera del altar del Señor Dios nuestro que
está erigido delante de su Tabernáculo.

La paz recobrada

[30] Oídas estas razones, el sacerdote Finees y los principales
del pueblo que los israelitas habían enviado con él, se apa-
ciguaron y admitieron con suma satisfacción la
respuesta [18] de los hijos de Rubén y de Gad, y de la media
tribu de Manasés. [31] Y les dijo el sacerdote Finees, hijo de
Eleazar: Ahora conocemos que el Señor está con nosotros,
y no nos abandonará; puesto que estáis tan ajenos de se-
mejante prevaricación, y que habéis librado a los hijos de
Israel del temor de la justa venganza del Señor [19].
[32] Después, dejando Finees a los hijos de Rubén y de Gad, se
volvió con los principales del pueblo desde la tierra de Ga-
laad, que confina con Canaán, a los hijos de Israel, y les dio
cuenta de todo. [33] Y habiéndolo oído, quedaron satisfe-

chos: y alabaron a Dios los hijos de Israel, y ya no hablaron
más de salir contra ellos a hacerles guerra y asolar la tierra
de su posesión. 34 Y los hijos de Rubén y de Gad pusieron
por título al altar que habían edificado: Testimonio
nuestro 20 de que el Señor mismo es el Dios nuestro y
suyo.

¿Sabías que?

En la isla de Elefantina, en el Nilo, frente a Asuán, una colonia de soldados judíos tuvo en el siglo V a. C. un templo dedicado a Yahu, el Dios de Israel, con su altar. Fue destruido en el 410 a. C., y los papiros arameos hallados allí, reunidos por A. Cowley en su edición de 1923, conservan la petición de ayuda que enviaron al gobernador persa de Judá y la respuesta: podían reconstruirlo y ofrecer en él ofrendas de harina e incienso. Otro documento promete que no se ofrecerán allí en holocausto ovejas, bueyes ni cabras. Un altar lejos de Jerusalén, pero sin holocaustos: el problema del capítulo 22 siguió vivo siglos después.

PAUSA

1. Los israelitas pensaron lo peor de sus hermanos antes de preguntarles. ¿A quién has juzgado tú sin escucharlo primero?
2. Las tribus del este temían que sus hijos quedaran fuera de la fe. ¿Qué haces para que los más jóvenes sientan que tienen «parte en el Señor»?
3. ¿Hay en tu vida un «altar del testimonio», un signo que te recuerde a quién perteneces?

Para orar. *Señor, Dios de las dos orillas, líbranos de juzgar sin escuchar y haznos instrumentos de tu paz.*

23

Los consejos de Josué anciano

Han pasado muchos años de paz y Josué, ya muy viejo, reúne a todo Israel para despedirse. Su discurso, el primero de dos testamentos (el segundo es el capítulo 24), mira hacia atrás y hacia delante. Tiene tres partes: lo que Dios ha hecho y hará todavía (vv. 1-5); las condiciones de la fidelidad, que son guardar la ley, no mezclarse con los cultos de los pueblos que quedan y, sobre todo, amar al Señor (vv. 6-13); y la advertencia final: el Dios que ha cumplido sus promesas cumplirá también sus amenazas (vv. 14-16). Sobre los discursos de despedida, ver el ensayo de Dt 1.

Lo que el Señor ha hecho

1 Pasado ya mucho tiempo, después que había el Señor
dado paz a Israel [1], sojuzgadas todas las naciones circun-
vecinas; siendo ya Josué anciano y de edad muy
avanzada [2], 2 convocó a todo Israel con los ancianos, prín-
cipes, capitanes y magistrados, y les dijo: Yo estoy viejo y
muy entrado en días; 3 y vosotros veis todo lo que ha hecho
Dios vuestro Señor con todas las naciones del contorno, y
como él mismo ha peleado por vosotros [3]. 4 Considerad
que os ha repartido por suerte toda la tierra desde la parte
oriental del Jordán hasta el mar grande o Mediterráneo, y

que todavía quedan en ella muchas naciones [4]. 5 El Señor
Dios vuestro las exterminará [5], y disipará en vuestra pre-
sencia, y poseeréis el país, según que os lo tiene prometi-
do;

Las condiciones de la fidelidad

6 sólo con que vosotros os esforcéis y andéis solícitos en
guardar todas las cosas escritas en el libro de la ley de Moi-
sés, sin desviaros de ellas, ni a la diestra ni a la siniestra [6],
7 no sea que tratando con esas gentes que han de quedar
entre vosotros, vengáis a jurar por el nombre de sus
dioses [7], les sirváis y deis culto. 8 Sino antes bien persever-
rad adheridos al Señor Dios vuestro [8], como lo habéis es-
tado hasta este día.

9 Entonces sí que exterminará el Señor Dios a vuestra vista
naciones grandes y robustísimas; y nadie podrá resistiros.
10 Uno solo de vosotros hará huir a mil [9] de los enemigos:
porque Dios vuestro Señor peleará él mismo por vosotros,
como lo tiene prometido. 11 Una sola cosa habéis de procu-
rar con todo esfuerzo, que es amar al Señor Dios
vuestro [10].

12 Mas si queréis adherir a los errores de estas gentes que
habitan entre vosotros y celebrar con ellas
matrimonios [11], y contraer amistades, 13 tened entendido
desde ahora para entonces que el Señor Dios vuestro no

las exterminará de vuestra presencia; sino que serán para vosotros como una trampa, como un lazo [12], y una piedra de tropiezo junto a vosotros, y como una espina en vuestros ojos, hasta que os disipe y arranque de esta excelente tierra que os ha dado.

Promesas y amenazas

[14] Ved aquí que estoy yo para concluir la carrera de todos los mortales [13], y vosotros quedaréis bien convencidos que de todas las promesas que os hizo Dios, ni una sola ha quedado sin efecto [14]. [15] Pues así como de hecho ha cumplido lo que prometió, y todo os ha sucedido prósperamente, así también descargará sobre vosotros todos los males [15] con que os ha amenazado, hasta arrancaros y exterminaros de esta fertilísima tierra que os ha dado, [16] por haber faltado al pacto del Señor [16] Dios vuestro, que estableció con vosotros y servido a dioses ajenos, y adorádolos: el furor del Señor se levantará pronta y velozmente contra vosotros, y seréis arrojados de esta tierra excelente que os ha dado.

¿Sabías que?

En 1951, el rabino y filósofo Abraham Joshua Heschel, nacido en Varsovia y refugiado en Estados Unidos tras escapar del nazismo, publicó un breve libro sobre el sábado judío, *El Shabat*. Su primer capítulo se titula «Un palacio en el tiempo»: la civilización técnica, dice, se empeña en conquistar el espacio, mientras que el sábado enseña a santificar el tiempo, y los días santos son para el creyente lo que las catedrales son para el espacio. Heschel intervino después, como representante judío, en los contactos con el Concilio Vaticano II.

PARA PROFUNDIZAR

El *descanso que Josué no pudo dar*

«Después que había el Señor dado paz a Israel» (23,1). Es la tercera vez en pocas páginas que el libro lo dice (21,44; 22,4), con el verbo hebreo heníaj, «dar reposo» (ver nota a 1,13). Ese reposo era la meta de todo el camino desde Egipto. Moisés lo había anunciado: todavía no habéis llegado «al reposo y a la heredad» que el Señor os da, pero cuando crucéis el Jordán os dará reposo de todos los enemigos de alrededor, y habitaréis seguros (Dt 12,9-10). No es la inactividad, sino el fin de la errancia y del miedo: vivir en la propia tierra, sin amenazas, con Dios en medio.

El discurso de Josué deja ver, sin embargo, que ese reposo es frágil. Quedan pueblos y dioses (23,4.7); el descanso durará mientras Israel siga «adherido» al Señor (23,8), y si se aparta, perderá la tierra (23,13.15-16). La historia le dará la razón. Apenas muere su

generación, «se levantó otra que no conocía al Señor» (Jue 2,10), y el reposo se pierde una y otra vez. Vuelve con David, a quien «el Señor dio reposo de todos sus enemigos» (2 Sam 7,1), y con Salomón, «hombre de reposo» (1 Cr 22,9), que al dedicar el templo repite casi las palabras de nuestro libro: «Bendito sea el Señor, que ha dado reposo a su pueblo Israel; no ha fallado ni una sola palabra» (1 Re 8,56). Pero el reino terminará en el destierro (2 Re 17; 25), como Josué había advertido. El reposo de la tierra fue real, pero no definitivo.

Un salmo vuelve sobre el tema. Recuerda a la generación que se rebeló en el desierto y termina con un juramento de Dios: «no entrarán en mi descanso» (Sal 95,11). La Carta a los Hebreos lo comenta con un razonamiento sencillo (Heb 3,7 – 4,11): si el salmo, escrito mucho después de Josué, todavía dice «hoy» y habla de un descanso al que hay que entrar, es que el de Canaán no era el último. «Si Josué les hubiera dado el descanso, Dios no habría hablado después de otro día» (Heb 4,8). En griego, Josué se dice Iesús, como Jesús, y ningún lector de la carta podía pasarlo por alto: el primer Jesús introdujo al pueblo en la tierra, pero no pudo darle el descanso de Dios. «Queda, pues, un descanso sabático para el pueblo de Dios» (Heb 4,9): la palabra griega, sabbatismós, evoca el séptimo día, en que Dios descansó de sus obras (Gn 2,2; Heb 4,4.10).

El Nuevo Testamento pone ese descanso en una persona. Jesús invita: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré», y promete a quienes carguen con su yugo que «encontrarán descanso para sus almas» (Mt 11,28-29), con palabras de Jeremías (Jr 6,16). El Apocalipsis llama dichosos a los que

mueren en el Señor, porque «descansarán de sus fatigas» (Ap 14,13). San Agustín hizo de esta esperanza la frase más célebre de sus *Confesiones*: «nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (I,1,1; Catecismo, n. 30). Y al final de *La ciudad de Dios* describió el sábado eterno con palabras que el Catecismo recoge al hablar de «la entrada en el descanso de Dios» (Heb 4,7-11): «Allí descansaremos y veremos; veremos y nos amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que acontecerá al fin sin fin» (XXII,30; Catecismo, n. 1720).

Mientras tanto, la Iglesia vive ese descanso como anticipo. El Catecismo recuerda que, como Dios descansó el séptimo día, «la vida humana sigue un ritmo de trabajo y descanso», y que el domingo debe dejar tiempo para el culto, la alegría, las obras de misericordia y el descanso del cuerpo y del espíritu; y pide a los cristianos que pueden descansar que se acuerden de los que no pueden hacerlo a causa de la pobreza (nn. 2184-2186). La tierra de Josué fue un signo; el domingo es un anticipo; el descanso pleno es Dios mismo. No es casual que la despedida de Josué, entre tantas advertencias, ponga en el centro una sola cosa: «amar al Señor Dios vuestro» (23,11).

PAUSA

1. Josué habla en tiempo de paz, cuando el peligro es la costumbre. ¿En qué momentos tranquilos de tu vida te has alejado de Dios sin darte cuenta?
2. «Una sola cosa habéis de procurar: amar al Señor». ¿Qué lugar ocupa el amor, y no el miedo, en tu relación con Dios?
3. ¿Dónde buscas descanso cuando estás agotado? ¿Lo encuentras?

Para orar. *Señor Jesús, que prometiste aliviar a los cansados, haz que mi corazón inquieto descanse en ti.*

24

La alianza de Siquem

Josué reúne por última vez a todas las tribus en Siquem, el lugar del primer altar de Abrahán, y renueva con ellas la alianza. El capítulo tiene cuatro partes: Dios mismo cuenta la historia de su pueblo, desde Taré hasta la tierra regalada (vv. 1-13); Josué pone a Israel ante una elección, «escoged hoy a quién queréis servir», y el pueblo responde tres veces que servirá al Señor (vv. 14-24); la alianza se escribe y una gran piedra queda como testigo (vv. 25-28); y tres sepulturas cierran el libro: la de Josué, la de los huesos de José y la de Eleazar (vv. 29-33).

La historia contada por Dios

1 Finalmente congregó Josué por última vez todas las tribus de Israel en Siquem [1]; y llamó a los ancianos y príncipes, y jueces, y magistrados, y se presentaron delante del Señor. 2 Y habló así al pueblo: Esto dice el Señor Dios de Israel: Vuestros padres, Taré, padre de Abrahán y de Nacor, habitaron al principio a la otra parte del río [2], y sirvieron a dioses ajenos [3]. 3 Mas yo saqué a vuestro padre Abrahán de los confines de la Mesopotamia, lo conduje a la tierra de Canaán; y multipliqué su linaje, 4 y le di a Isaac: y a éste le di también a Jacob y Esaú; de los cuales a Esaú le entregué

la montaña de Seir en posesión: mas Jacob y sus hijos bajaron a Egipto.

5 Allí envié a Moisés y Aarón; y castigué a Egipto con muchas señales y portentos; 6 y os saqué de él a vosotros y a vuestros padres, y vinisteis al mar Rojo, y los egipcios persiguieron a vuestros padres con gran aparato de carros de guerra y caballos hasta el mar Rojo. 7 Entonces clamaron los hijos de Israel al Señor; el cual puso tinieblas muy densas entre vosotros y los egipcios [4], e hizo volver sobre éstos el mar, y los anegó en él. Vuestros ojos vieron todas las cosas que hice en Egipto, dice el Señor; y habitasteis mucho tiempo en el desierto.

8 Al fin os introduje en la tierra del amorreo, que habitaba a la otra parte del Jordán, y cuando combatían contra vosotros los entregué en vuestras manos, y os apoderasteis de su tierra, y los pasasteis a cuchillo. 9 Se levantó Balac, hijo de Sefor, rey de Moab [5], y movió guerra contra Israel. Y envió a llamar a Balaam, hijo de Beor, para que os maldijese. 10 Mas yo no quise escucharlo; antes al contrario por boca de él os bendije, y os libré de su mano.

11 Pasasteis después el Jordán y vinisteis a Jericó, donde se armaron contra vosotros los vecinos de aquella ciudad [6], los amorreos, los ferezeos, los cananeos, los heteos, los gergeseos, los heveos y jebuseos, y los entregué en vuestras manos. 12 Yo envié adelante de vosotros enjambres de

avispones [7], con que lancé de sus tierras a los dos reyes amorreos [8], y no por medio de vuestra espada y arco; [13] y os di tierras que vosotros no habíais labrado, y ciudades que no habíais edificado [9], para que habitaseis en ellas, y os di viñas y olivares que no habíais plantado.

Escoged hoy a quién queréis servir

[14] Ahora, pues, yo os digo: Temed al Señor y servidle con un corazón bien perfecto y sincero, y quitad de en medio de vosotros los dioses [10] a quienes sirvieron vuestros padres en Mesopotamia y en Egipto y servid a solo el Señor. [15] Pero si os parece malo el servir al Señor, libres sois: escoged hoy [11], según lo que más os agrade, a quien debéis antes servir, si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres en Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; que yo y mi casa serviremos al Señor [12].

[16] Respondió el pueblo y dijo: Lejos de nosotros el abandonar al Señor y servir a dioses ajenos. [17] El Señor Dios nuestro es quien nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud [13], y obró a nuestros ojos milagros grandiosos, y nos guardó en todo el camino por donde anduvimos, y en todos los pueblos por donde pasamos; [18] y echó a todas las naciones a los amorreos habitantes del país en que nosotros hemos entrado. Así que serviremos al Señor; pues él es nuestro Dios.

19 Dijo Josué al pueblo: No podréis servir al Señor: porque
es un Dios santo [14], un Dios fuerte y celoso, que no sufrirá
vuestras maldades y pecados. 20 Pues en el caso de que
abandonéis al Señor, y sirváis a dioses ajenos, se volverá
contra vosotros, y os afligirá y os arruinará, por más bene-
ficios que os haya hecho.

21 Replicó el pueblo a Josué: No, no será así como tú dices,
sino que serviremos al Señor. 22 Y Josué al pueblo: Testigos
sois vosotros mismos [15] de que habéis escogido al Señor
para servirle. A lo que respondieron: Testigos somos.
23 Ahora bien, añadió, arrojad de en medio de vosotros los
dioses ajenos; y rendid vuestros corazones al Señor Dios
de Israel. 24 Respondió el pueblo a Josué: Al Señor Dios
nuestro serviremos, y seremos obedientes a sus mandatos.

La alianza y la piedra

25 Con esto Josué ratificó en aquel día la alianza [16]; y pro-
puso al pueblo en Siquem los preceptos y las leyes.
26 Escribió también todas las palabras dichas en el Libro de
la Ley del Señor, y cogió una piedra muy grande, y la colo-
có debajo de una encina, que estaba junto al Tabernáculo
del Señor [17]; 27 y dijo a todo el pueblo: Ved aquí esta pie-
dra, que os dará testimonio de que oyó todas las
palabras [18] que os habló el Señor: no sea que después que-
ráis negarlo, y mentir al Señor Dios vuestro. 28 Despidió en
seguida al pueblo para que cada uno se fuera a su tierra.

Tres sepulturas

29 Concluidas estas cosas, murió Josué, hijo de Nun, siervo
del Señor [19], siendo de ciento diez años [20], 30 y lo sepulta-
ron en los términos de su posesión en Tamnat-Sare [21], ciu-
dad situada en la montaña de Efraín, al norte del monte
Gaas.

31 Israel sirvió al Señor todos los días de la vida de Josué y
de los ancianos que vivieron largo tiempo después de
Josué [22], y tenían presentes todas las maravillas que el Se-
ñor había obrado a favor de Israel. 32 Asimismo los huesos
de José [23], que los hijos de Israel habían traído de Egipto,
los sepultaron en Siquem en una parte de la heredad que
compró Jacob a los hijos de Hemor, padre de Siquem, por
cien corderos [24], y tocó en posesión a los hijos de José.
33 Murió también Eleazar, hijo de Aarón [25], y lo sepultaron
en Gabaat, posesión dada a su hijo Finees, en el monte de
Efraín.

¿Sabías que?

Hacia el año 386, santa Paula, la noble romana discípula de san Jerónimo, recorrió Tierra Santa. Jerónimo cuenta en su carta a Eustoquia, hija de Paula, que en la montaña de Efraín visitó los sepulcros de Josué, en Tamnat-Sare, y de Eleazar, «uno frente al otro», y que le sorprendió que quien había repartido la tierra hubiera escogido para sí un terreno tan áspero y pedregoso. Después, al pasar por Siquem, entró en la iglesia construida junto al pozo de Jacob, donde el Señor habló con la samaritana (*Carta* 108,13; Jn 4,5-6). Hoy el pozo está en la cripta de una iglesia ortodoxa griega, en las afueras de Nablus.

La alianza de Siquem y los tratados antiguos

Partes de un tratado de vasallaje	Josué 24
Preámbulo: el soberano se presenta	«Esto dice el Señor Dios de Israel» (24,2a)
Prólogo histórico: los beneficios del soberano	De Taré a la tierra regalada: «yo saqué», «yo envié», «yo os di» (24,2b-13)
Estipulaciones: ante todo, lealtad exclusiva	«Temed al Señor y servidle... quitad los dioses» (24,14-15.23)
Aceptación del vasallo	«Serviremos al Señor; pues él es nuestro Dios» (24,16-18.21.24)
Testigos	En lugar de los dioses, el pueblo mismo y una piedra que «oyó» (24,22.27)
Documento escrito, guardado en el santuario	«Escribió... en el Libro de la Ley del Señor»; la piedra junto al santuario (24,25-26)
Sanciones	«Se volverá contra vosotros, y os afligirá» (24,19-20)

En 1954, George Mendenhall comparó la alianza bíblica con los tratados de vasallaje hititas de los siglos XIV y XIII a. C. (ver el ensayo de Éx 19). Josué 24 se parece a ese esquema, aunque le faltan las listas de bendiciones y maldiciones (compárese Dt 28 y su cuadro). Muchos estudiosos prefieren hablar de un aire de familia con los tratados del antiguo Oriente, también los asirios del siglo VII a. C., más que de una copia directa; la fecha del capítulo se discute.

Josué en el Nuevo Testamento

Josué	Nuevo Testamento	Uso
1,1	Mt 1,21; Hch 7,45; Heb 4,8	El mismo nombre: en griego, Josué se dice «Jesús»
1,5	Heb 13,5	«No te dejaré ni te desampararé» (con Dt 31,6)
2; 6,25	Mt 1,5; Heb 11,31; Sant 2,25	Rahab, antepasada de Jesús, modelo de fe
6,20	Heb 11,30	«Por la fe cayeron los muros de Jericó»
7,1	Hch 5,2	Acán y Ananías «sustrajeron»: el mismo verbo griego
7,19	Jn 9,24	«Da gloria a Dios»: di la verdad
3,10; 14,1-2	Hch 13,19	Los siete pueblos y el reparto de la tierra
21,44; 23,1	Heb 4,8-9	Josué no dio el descanso definitivo
22,5	Mc 12,30	Amar al Señor con todo el corazón
24,15	Jn 6,67-69	Unidos por el Leccionario (21.º domingo B)
24,32	Jn 4,5; Hch 7,16	El campo de Jacob y los huesos de José

Algunos ecos son citas o alusiones explícitas (Heb 4,8; 11,30-31; 13,5); otros, coincidencias de vocabulario en la versión griega (Hch 5,2) o encuentros creados por la liturgia (Jn 6). Sobre Josué y Moisés, ver el cuadro del capítulo 1.

Siquem en la historia de la salvación

Cita	Qué pasó	Sentido
Gn 12,6-7	Abrán, junto a la encina de Moré, levanta su primer altar en Canaán	Empieza la promesa
Gn 33,18-20	Jacob compra un campo y erige un altar: «El, Dios de Israel»	La primera tierra propia
Gn 34	La deshonra de Dina y la matanza de Simeón y Leví	Violencia reprochada (Gn 49,5-7)
Gn 35,2-4	Jacob entierra los ídolos bajo la encina	Purificarse
Dt 27; Jos 8,30-35	Bendición en el Garizim, maldición en el Hebal; Josué lee la ley	La ley en el centro de la tierra
Jos 24	La alianza renovada; los huesos de José (24,32)	«Yo y mi casa…»
Jue 9	Abimelec, rey en Siquem; el templo de Baal-berit (9,4.46)	Una monarquía de sangre
1 Re 12	Rechazo de Roboán; Jeroboán la hace su capital (12,1.25)	El reino dividido
Jn 4,5-6	Jesús y la samaritana junto al pozo de Jacob	El agua viva

Siquem estaba entre los montes Garizim y Hebal. Sus ruinas, en Tell Balata, junto a Nablus, las excavaron E. Sellin (1913-1934) y G. E. Wright (1956-1964). Del Bronce Medio queda un gran templo-fortaleza que algunos relacionan, sin certeza, con el de Baal-berit (Jue 9,46). Muy cerca se veneran el pozo de Jacob y la tumba de José.

PARA PROFUNDIZAR

«Yo y mi casa serviremos al Señor»: la alianza de Siquem

El libro termina donde empezó la historia de la promesa. Siquem, en el paso entre los montes Garizim y Hebal, es el lugar donde Dios se apareció a Abrahán en Canaán y le prometió la tierra, y donde el patriarca levantó su primer altar (Gn 12,6-7). Allí compró Jacob un campo y erigió un altar que llamó, según el hebreo, «El, Dios de Israel» (Gn 33,18-20), y allí enterró los ídolos de su familia bajo la encina (Gn 35,2-4). Josué reúne a las tribus en el mismo sitio, para que la alianza se renueve donde comenzó la promesa (ver el cuadro «Siquem en la historia de la salvación»).

El capítulo tiene la forma de una alianza. En 1954, George Mendenhall comparó los pactos bíblicos con los tratados de vasallaje hititas (ver el ensayo de Éx 19), y Josué 24 se volvió uno de los ejemplos clásicos: el soberano se presenta, recuerda sus beneficios, pide lealtad exclusiva; el vasallo acepta; hay testigos, un documento escrito y la advertencia de las sanciones (ver el cuadro «La alianza de Siquem y los tratados antiguos»). El parecido no resuelve la fecha del texto, muy discutida, pero ilumina su sentido: las obligaciones de Israel responden a lo que Dios hizo primero. Por eso la historia de los vv. 2-13 es un credo, como el de Dt 26,5-9 (ver el ensayo de Dt 26), pero contado por Dios en primera persona: «yo saqué», «yo os di». Y empieza con una confesión incómoda: los padres de Israel «sirvieron a dioses ajenos» (24,2). La elección no nació de ningún mérito.

En el centro está la decisión: «escoged hoy a quién queréis servir» (24,15). La Vulgata dice «optio vobis datur», y Torres Amat lo traduce con fuerza: «libres sois». El Dios que eligió a Israel quiere ahora ser elegido. La fe no se hereda como un apellido: cada generación tiene que decir su propio sí, como pedía Moisés, «escoge la vida» (Dt 30,19; ver el ensayo de Dt 30). La Iglesia lo enseña con claridad: «el hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe ser obligado contra su voluntad a abrazar la fe» (Catecismo, n. 160, con *Dignitatis humanae*, n. 10).

Josué no se deja impresionar por el entusiasmo. «No podréis servir al Señor, porque es un Dios santo» (24,19). Tres veces responde Israel que servirá al Señor, y Josué lo hace testigo contra sí mismo (v. 22) y le pide que quite los dioses ajenos que todavía guarda (v. 23). Este realismo no es pesimismo. San Agustín vio en él la confesión de que servir con perfección a un Dios santo excede la fragilidad humana, y de que Israel debía apoyarse en su misericordia más que en sus fuerzas (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VI,28). Los profetas sacarán la conclusión: hará falta una alianza nueva, escrita en el corazón (Jr 31,31-34; Ez 36,26-27).

«Yo y mi casa serviremos al Señor». Josué decide por él y por los suyos, sin esperar a la mayoría. La primera Iglesia conoció conversiones así: el carcelero de Filipos se bautizó «con todos los suyos» (Hch 16,33), y Crispo creyó en el Señor «con toda su casa» (Hch 18,8). El Catecismo recuerda que esas familias eran «islotes de vida cristiana en un mundo no creyente», y que el Concilio llama a la familia, «con una antigua expresión», iglesia doméstica, primera escuela de vida cristiana (nn. 1655-1657). El Leccionario une esta página con el final del discurso del pan de

vida (Jn 6,60-69): cuando muchos discípulos se marchan, Jesús pregunta a los Doce si también ellos quieren irse, y Pedro responde por todos: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna». Es la respuesta de Siquem en labios de la Iglesia.

Los historiadores se han preguntado quiénes se reunieron en Siquem. En 1930, Martin Noth imaginó una confederación sagrada de doce tribus en torno a un santuario, como las anfictionías griegas, y vio en este capítulo su acta de fundación; otros pensaron que aquí se unieron a la alianza grupos que no habían salido de Egipto. Hoy esa teoría está casi abandonada, y los orígenes de Israel siguen discutiéndose (ver «Antes de empezar»). Pero el texto deja una enseñanza que no depende de esas hipótesis: el pueblo de Dios no se define por la sangre, sino por una elección renovada, en la que tienen sitio también los que llegan de fuera, como Rahab y los gabaonitas.

PAUSA

1. Dios cuenta la historia de Israel en primera persona: «yo os saqué, yo os di». ¿Cómo contarías tu propia historia poniendo a Dios como protagonista?
2. «Escoged hoy a quién queréis servir». ¿Qué otros señores compiten hoy en tu vida con el Señor?
3. «Yo y mi casa serviremos al Señor». ¿Qué decisión concreta podrías tomar para que tu casa sea un lugar de fe?

Para orar. *Señor, hoy te escojo de nuevo: yo y mi casa queremos servirte, porque solo tú tienes palabras de vida eterna.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Qué condición puso Dios a Josué para que le fuera bien? 1
2. ¿Qué pidió Josué a las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés? 2
3. ¿Dónde escondió Rahab a los exploradores? 3
4. ¿Qué señal debía poner Rahab para que su familia se salvara? 4

Capítulos 3 a 5

1. ¿Qué distancia debía guardar el pueblo respecto del Arca, y para qué? 1
2. ¿Hasta dónde se amontonaron las aguas del Jordán? 2
3. ¿Para qué mandó Josué levantar doce piedras sacadas del Jordán? 3

4. ¿Qué día salió el pueblo del Jordán, y dónde acampó? 4

5. ¿Por qué tuvo Josué que circuncidar a los hijos de Israel en Gálgala? 5

6. ¿Cuándo dejó de caer el maná? 6

7. ¿Qué mandó a Josué el príncipe del ejército del Señor? 7

Capítulo 7

1. ¿Cuántas vueltas dio Israel a Jericó, y en cuántos días? 1

2. ¿A quién salvó Josué en Jericó, y por qué? 2

3. ¿Qué tomó Acán del botín de Jericó? 3

4. ¿Cómo fue descubierto el culpable? 4

5. ¿Por qué se llamó Acor el valle donde murió Acán? 5

Capítulo 9

1. ¿Qué táctica usó Josué para tomar Hai? 1

2. ¿Dónde edificó Josué un altar después de tomar Hai, y qué escribió sobre piedras? 2

3. ¿Cómo engañaron los gabaonitas a Israel? 3
4. ¿Por qué no mataron los israelitas a los gabaonitas al descubrir el engaño? 4
5. ¿Qué oficio dio Josué a los gabaonitas? 5

Capítulos 10 a 11

1. ¿Qué pidió Josué en la batalla de Gabaón? 1
2. ¿Qué mató a más enemigos en la bajada de Bet-Horón? 2
3. ¿Dónde se escondieron los cinco reyes amorreos? 3
4. ¿Quién organizó la coalición del norte contra Josué? 4
5. ¿Qué ciudad fue la única que hizo la paz con Israel? 5

Capítulos 12 a 14

1. ¿Qué dos reyes había vencido Moisés al oriente del Jordán? 1
2. ¿Cuántos reyes vencidos al occidente del Jordán enumera la lista? 2
3. ¿Qué dijo el Señor a Josué cuando era anciano? 3
4. ¿Por qué no recibió Leví tierra en herencia? 4

5. ¿Qué adivino mataron los israelitas junto con los príncipes de Madián? 5

6. ¿Cuántos años tenía Caleb cuando pidió Hebrón? 6

7. ¿Cómo se llamaba antiguamente Hebrón? 7

Capítulo 17

1. ¿Qué recibió Otoniel por conquistar Cariat-Sefer? 1

2. ¿Qué pidió Axa a su padre? 2

3. ¿A quiénes no pudieron expulsar de Jerusalén los hijos de Judá? 3

4. ¿Qué ciudad dejaron los efraimitas en manos de los cananeos? 4

5. ¿Por qué recibieron herencia las hijas de Salfaad? 5

Capítulo 19

1. ¿Dónde se instaló el Tabernáculo del Testimonio? 1

2. ¿Cuántos hombres de cada tribu envió Josué a recorrer la tierra, y qué hicieron? 2

3. ¿Por qué recibió Simeón su herencia dentro de Judá? 3

4. ¿Qué ciudad conquistó la tribu de Dan, y qué nombre le dio? 4

5. ¿Qué recibió Josué al terminar el reparto? 5

Capítulos 20 a 22

1. ¿Cuáles fueron las tres ciudades de refugio al oeste del Jordán? 1

2. ¿Hasta cuándo debía quedarse en la ciudad de refugio el que había matado sin querer? 2

3. ¿Cuántas ciudades recibieron los levitas, y qué recibieron con ellas? 3

4. ¿A quién se dio la ciudad de Hebrón, y a quién sus campos y aldeas? 4

5. ¿Qué levantaron junto al Jordán las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, y con qué fin? 5

6. ¿A quién enviaron los israelitas a pedir explicaciones? 6

Capítulos 23 a 24

1. ¿Qué dijo Josué que haría uno solo de los israelitas, y por qué? 1

2. ¿Dónde reunió Josué por última vez a las tribus, y qué respondió el pueblo a su propuesta? 2

3. ¿Qué colocó Josué como testigo de la alianza, y dónde? 3

4. ¿Dónde fueron sepultados Josué y los huesos de José? 4

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunos nombres mal leídos, cotejados con la edición de 1824: Eglón en 10,34, Jabín en 11,1, Jaboc en 12,2 y la tribu de Gad en 13,24). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de las Biblias modernas, que en este libro coincide con la hebrea y se aparta en tres lugares de la Vulgata y de la primera edición de Torres Amat (1824). La Vulgata divide en dos versículos 4,23 y 5,14, de modo que 4,24 es su 4,25, y 5,15 su 5,16; en el capítulo 21, en cambio, reúne 21,36-37 en un solo versículo y 21,38-39 en otro, de modo que 21,40-45 son sus 21,38-43. Los versículos 21,36-37, las cuatro ciudades levíticas de Rubén, faltan en el códice hebreo de Leningrado, base de las ediciones críticas, pero se leen en muchos manuscritos hebreos, en la versión

griega y en la Vulgata. No falta ningún versículo. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.